



# DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 5 DE MARZO DE 1939

## Suplemento Dominical

En Este  
Número:



*Libros  
para Niños*



NOVELA  
EN SERIE



*La Técnica  
Matrimonial*



Lecturas Amenas  
Para  
Chicos y Grandes



Además:

Trucutu — El Capi-  
tán Aguila - La Vi-  
da es Asi y otras  
historietas en  
colores.



# TRUCUTÚ



CACHÓN, UN ARTISTA.



¡VOTO A SANES! ESE SE PARECE MUCHO A GUZIGÚ, ¿VERDAD?

¡UNJÚ!



POR LA CORONA QUE LLEVA SE LE CONOCE.



NUNCA ME GUSTARON LOS ARTISTAS. ¡CREO QUE VOY A RETOCAR ESE RETRATO EN LA DEBIDA FORMA! ¡ESTA MAL!

SU MAJESTAD IMPERIAL GUZIGÚ, REY DE LA SELVA.



¿CÓMO CACHÓN? ¿HAS PINTADO MI RETRATO?

¡SÍ, SU MAJESTAD! ¡VENGA A VERLO!

¡ES UNA DE MIS OBRAS MAESTRAS, SU MAJESTAD!

¡ESTOY ANSIOSO POR VERLO!



¡AHÍ ESTÁ, SU MAJESTAD! ¡PARA HONRA Y PREZ DE GUZILANDIA!

SU MAJESTAD IMPERIAL GUZIGÚ, REY DE LA SELVA-GELBA

# FRAGMENTOS

EN LA ÉPOCA PREHISTÓRICA



NUNCA HA HABIDO UNA RAZA DE GIGANTES, PERO LA ESTATURA HUMANA AUMENTA POCO A POCO...



DE ACUERDO CON LA RADIOACTIVIDAD DE LAS ROCAS, SE ESTIMA QUE LA EDAD DEL PLANETA TIERRA ES NO MENOS DE 1,725,000,000 DE AÑOS.



EL CRÁTER DEL METEORO DE ARIZONA DATA DEL PERÍODO INTERGLACIAL, HACE UNOS 40,000 A 75,000 AÑOS.



HACE 55 MILLONES DE AÑOS EN CALIFORNIA HABÍA ANIMALES PARECIDOS A LOS MONOS

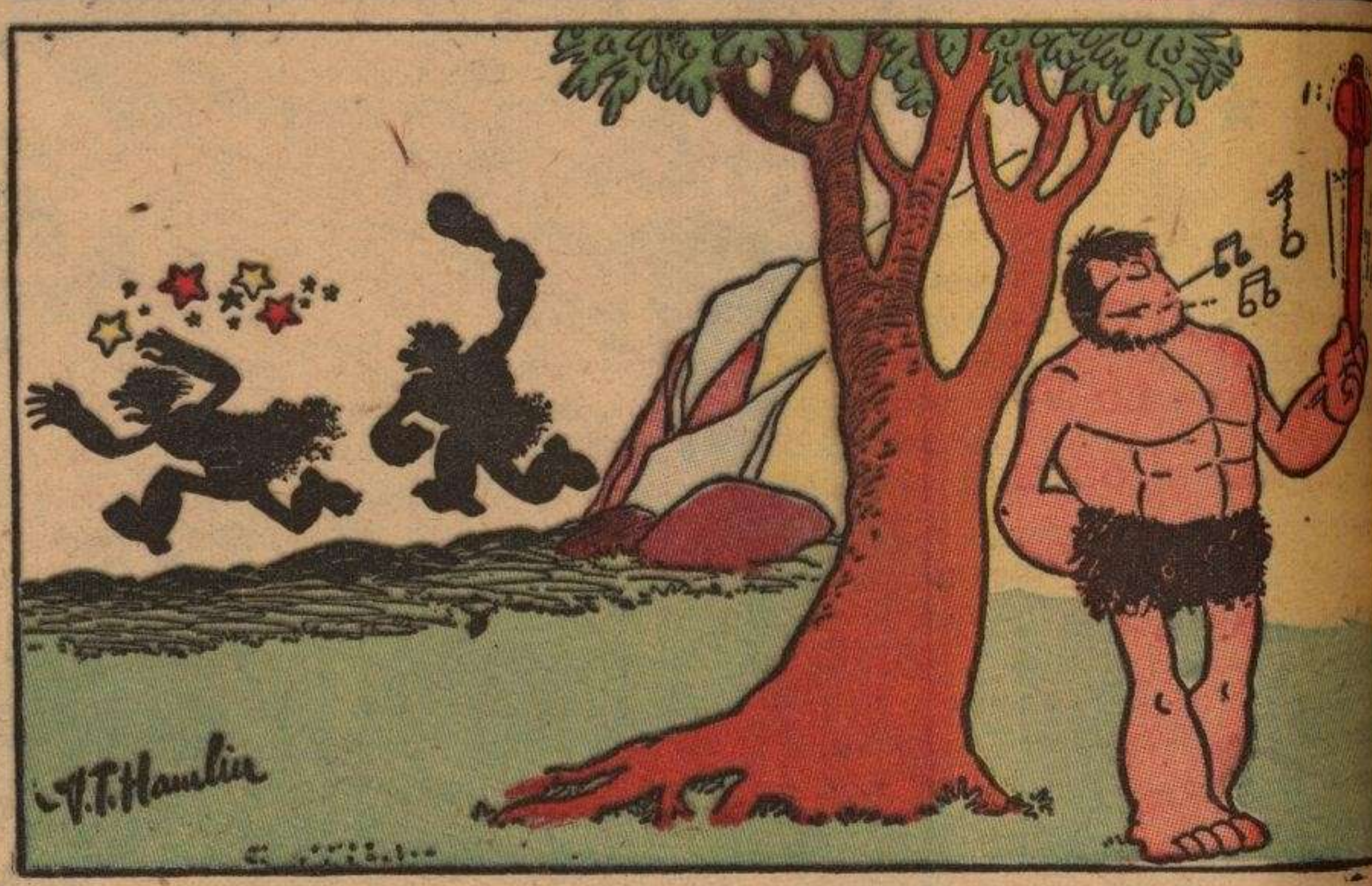


¿NO CREE QUE SE PARECERÍA MÁS AL VEJETE GUZIGÚ SI LE PUSIERA UNA NARIZ MÁS GRANDECITA?

¡UNJÚ!



¡CACHÓN! ESE TIPO NO DICE MÁS QUE ¡UNJÚ! ANDA MAL DE LA SESERA...



V.T. Hamilton

# Las Minas del Rey Salomón

por RIDER HAGGARD

## CONTINUACION

—¡Así es!— Somos buenos amigos. Pasa que os convenzáis, oh almas de las estrellas, que relampagueáis y dais muerte a tan lejos, sabed que yo soy Infandós, hijo de Kafa, antiguo rey de los kakuanas. Este mozo es Scragga, hijo de nuestro rey Tuala, señor de los kakuanas, es el mayor de sus enemigos, centinela de la gran Calzada, maestro en artes mágicas y jefe de cien mil guerreros; Tuala, el de un solo ojo; Tuala...

—Basta ya!—repliqué desdenosamente. —Llévados ante ese Tuala. Nosotros sólo acostumbramos a tratar con reyes.

—No lo dudo, señor. Pero ocurre que andábamos cazando por estos lugares y nos encontramos a tres largas jornadas de la residencia real. Es mucho el camino J...

—¿Qué más da? Los inmortales no hacemos caso del tiempo. Pero, ¡tened cuidado, Infandós, y tú también, Scragga, hijo de Tuala! Si acaso intentarais durante el camino tramar contra nosotros alguna traición o tan sólo llegáseis a pensar, entonces nosotros, que lo sabemos todo, lo visible y lo invisible, nos vengaremos de tal manera que se estremecerán los hijos de vuestros hijos. Ese del ojo fulgurante y de las piernas desnudas, ese severo espíritu de los dientes móviles, incendiará vuestras cosechas con el fuego de sus ojos, y despedazará vuestras carnes con sus agudos colmillos. Haremos rotular los tubos sonoros, vasta y paurosamente. Se secará toda el agua, perecerán los ganados. Y los malos espíritus, obedientes a nuestro conjuro, acudirán a dispersar vuestros huesos... Y ahora, ¡andando!

Casi holgaba la tremenda profecía, porque nuestros nuevos amigos confiaban demasiado en nuestras fuerzas sobrenaturales. Todavía en anciano Infandós nos hizo un saludo con una reverencia más servil y profunda y repitió por tres veces estas extrañas exclamaciones: ¡Krum! ¡Krum! ¡Krum! Después averiguamos que era así como los kakuanas saludaban al rey.

El anciano hizo una señal a los suyos. Al punto éstos cargaron nuestras mochilas sobre sus hombros, así como las mantas y demás efectos, a excepción de las escopetas, a las que miraban con extraordinario respeto y temor. Uno de los indígenas cogió la ropa del capitán, que aún estaba doblada cuidadosamente junto al agua. John, al ver que se los llevaban con las demás prendas, corrió a rescatar por lo menos sus pantalones. Originóse entonces la más graciosa contienda que he presenciado en mi vida.

—¡No, venerable espíritu!—clamaba Infandós—. Nunca consentiré que mi señor cargue con nada.

—Pero, ¡si lo que nuevamente deseo es ponerme mis pantalones!—bramaba indignamente John, pues el salvaje desconocía el inglés.

—¿Os he ofendido en algo?—continuaba Infandós, aturrullado—. ¡Aquí todos

somos siervos, todos esclavos de mi alto señor!

—¡Suelta los pantalones!

—¡Oh, señor mío!

—¡Suéltalos, idiota!

Fué necesaria mi intervención. Muerto de risa, dije:

—Oiga, John...

—¡Maldito sea!—rugía el capitán, sin hacerme caso—. ¡Ese bribón es capaz de dejarme desnudo!

—¡Escúcheme, John, por Dios! No sea indiscreto, que va a echarlo todo a rodar... Es más grave la cuestión de lo que parece. Una de las causas del terror que por fortuna inspiramos, es su monóculo, su rostro a medio afeitado, sus dientes postizos y esas blancas piernas que está usted enseñando. Todo esto se impone a la imaginación de los salvajes. Y si usted quiere que conserven el temor que les inspiramos, desengáñese usted. Hay que guardar también las apariencias. En cuanto lo vean a usted de otra manera, nos perderán el respeto. Se imaginarán que somos unos impostores, y entonces nuestras vidas no valdrán nada. De esta suerte vino usted a esta tierra, y así debe seguir. ¡No hay más remedio!

John, nervioso, turbado, miró a Lord Curtis:

—Pero... ¿también usted cree en esas cosas?—preguntó con amargura.

—El amigo Quartelmar está en lo firme —repuso aquél—. Debes dar gracias a Dios de que al fin y al cabo tenías puestas las botas y la temperatura es tan templada, tan agradable.

John suspiró resignadamente. ¡Y durante gran parte de nuestra prolongada estancia entre los kakuanas, se manifestó siempre y realizó grandes hazañas, calzadas las botas, desnudas las piernas, rapada una mitad del rostro, la otra cubierta de pelo, y con los faldones de su camisa flameantes al viento!

—VIII—

### EN EL PAIS DE LOS KAKUANAS

Durante toda aquella tarde caminamos por la espaciosa calzada de Salomón, que se continuaba interminable hacia el Noroeste. Nos precedía un pelotón de negros, que llevaban las lanzas al hombro. Los demás iban detrás, cargados con nuestro equipaje. Nosotros, en medio de la escolta, andábamos entre Scragga e Infandós.

Bien pronto el anciano guerrero y yo entablamos una conversación amistosa. El viejo negro era experimentado y locuaz.

—¿Quién hizo este camino,—le pregunté.



—Es muy antiguo, señor. Nadie lo sabe, ni siquiera la misma Cagula, que lo sabe todo y ha visto nacer y morir a muchas generaciones. Ahora ya ningún hombre se siente con fuerzas para realizar obras de esta naturaleza. Es una lástima: el mundo camina de mal en peor... Por eso nuestro rey se preocupa tanto de conservar esta calzada.

—Y ¿cuánto tiempo hace que vinisteis los kakuanas a este país?

—Nuestra raza llegó aquí desde las espaciosas tierras de allá lejos (e indicaba el Norte). De esto hará más de diez mil millares de lunas. Nuestros abuelos decían a nuestros padres, según refiere Cagula, que la raza no pudo seguir adelante por causa de esos elevados montes que nos rodean y principalmente del desierto, donde todo se aniquila. Pero como la región era amena y fértil, pudieron establecerse en ella. De este modo llegaron poco a poco a ser tan fuertes, que ahora, cuando el rey Tuala pasa revista a sus tropas guerreras, la tierra tiembla bajo ellas, y en todas partes, no se ve más que el resplandor de las lanzas y el ondear de las plumas.

—Pero... si el país está rodeado de montes y no tenéis vecino ni enemigo, ¿para qué os sirve tan numeroso ejército?

—Es que por allí (señalaba otra vez el Norte), la región está abierta, y de cuando en cuando viene una muchedumbre de guerreros extraños; pero los aniquilamos siempre. Ha transcurrido ya la tercera parte de una vida humana desde que acabó la última guerra. Desde entonces sólo ha habido otra, pero ésta fué entre nosotros mismos, hermano contra hermano.

—Y ¿cómo fué eso?

El anciano empezó a contar entonces una de esas narraciones tan abundantes en la mayoría de los países del mundo. El padre de Infandós, Kapa, que era rey de los kakuanas, tuvo sólo, entre sus innumerables hijos, dos mellizos con derechos maternos bastantes para heredar el trono. Una antigua costumbre de los kakuanas disponía, en tal caso, matar al más débil. Pero la madre, por compasión o por predilección (que eso sería muy difícil de comprobar con exactitud), ocultó al menos fuerte, que se llamaba Tuala, y,

con la ayuda de Gagula, la vieja hechicera, lo crió en secreto en una cueva. Al morir Kapa, su heredero directo, se proclamó rey al mellizo elegido, según la costumbre tradicional del país. Su nombre era Imotú; y, poco después de suceder a Kapa, tuvo, a su vez, un hijo, a quien se llamó Ignosi. Mas entonces las razas del Norte entablaron una guerra con los kakuanas. No se sembraron sino campos, sobrevino el hambre, y el pueblo quedó su «la mujer inmortal que todo lo sabe»—como la llamaba Infandós—, empezó a predicar que tantas desgracias provenían de que reinaba Imotú, que no era el verdadero rey. Imotú estaba enfermo en aquellos momentos y postrado en su choza real; sufría una herida que había recibido durante la guerra. El pueblo comenzó a murmurar de él. Un día Gagula reunió a los soldados, buscó a Tuala, el mellizo que estaba escondido en la cueva, lo presentó al pueblo, y desnudándole la cintura delante de todos, hizo ver la marca real que los reyes kakuanas llevan en el cuerpo desde su nacimiento: un tatuaje en el que figura una serpiente sagrada, que se enrosca en torno del vientre y sobre el ombligo real, la cabeza y la parte terminal de la cola. «Este es vuestro verdadero rey!»—gritó Gagula—. Yo misma le puse a salvo y oculté para que un día fuese vuestro libertador». El pueblo, furioso por el hambre, sin saber lo ocurrido, y asombrado ante la evidencia de la marca real, comenzó a dar gritos: «¡Este es el rey! ¡Este es el rey!» Sólo algunos, muy pocos, estaban enterados de la malvada impostura. En aquel momento, al oír los clamores de la muchedumbre, el rey Imotú salió medio desfallecido de la choza, en compañía de su esposa y su hijo, que sólo tenía tres años, para averiguar el motivo de tan extraño tumulto. Entonces su hermano Tuala, sin decir palabra, se abalanzó contra él y le hundió un cuchillo en el pecho. Y el pueblo, que siempre se deja fascinar por los actos violentos y rápidos, clamó a grandes voces: «¡Tuala es rey! ¡Lo ha probado ahora! ¡Viva el rey Tuala!» La infortunada esposa de Imotú, sobrecogida ante la muerte de su marido, cogió al niño con un gesto instintivo, lo apretó contra su pecho y escapó. Unos días después, se averiguó que se había refugiado en una vivienda de campesinos pobres, en despoblado, donde pidió de comer, medio muerta de hambre. Luego se dirigió hacia las montañas, con su hijo a cuestas; y no volvió a vérsela jamás.

—De modo—dije yo, intrigado con esa página de historia negra—, que Tuala no es el verdadero rey.

Infandós me miró con desconfianza, y respondió después prudentemente:

—Tuala, el gran Tuala, es rey. Pero si Ignosi estuviera vivo todavía, a él sólo

correspondería legítimamente el derecho a reinar en el país de los kakuanas. Lleva señalada la serpiente real alrededor de la cintura, y por lo tanto, él es el verdadero rey. Pero, ¡sin duda, habrá muerto hace ya muchos años!

Al volverme para hablar a mis compañeros, que venían detrás, tropecé bruscamente con Umbopa, que inmediatamente me seguía, casi pisándome los talones, en silencio y al parecer embebido en la narración de aquella curiosa historia. Sus ojos brillaban atención y nerviosismo, como si las palabras del anciano guerrero hubiesen suscitado de pronto en su espíritu reminiscencias de cosas lejanas, casi olvidadas y perturbadoras. Pero como todos los salvajes son, por lo general, tan curiosos o más que los niños, no me preocupé la actitud de Umbopa.

Habíamos ya recorrido algunas leguas sin reposar un momento. Los montes de Sabá se quedaban a nuestras espaldas, en la lejanía, envueltos en la transparente neblina. La llanura se dilataba delante de nosotros, cada vez más amplia y opulenta.

Al empezar la tarde, contemplamos al fin, un poblado. Infadós nos dijo que aquel lugar, donde había multitud de chozas, estaba bajo su dominio, y poseía una escogida guarnición. El anciano envió a algunos mensajeros, que corrieron como gacelas, para anunciar que llegábamos. Cuando estuvimos cerca a la aldea, vimos que salían por sus puertas a nuestro encuentro, y apiñadas, confusas huestes de soldados.

—Eso se pone feo—me dijo al oído lord Curtis.

Y con el codo, a la vez que con disimulo, me tocaba a cada instante, a medida que por los alrededores del poblado se esparcía la terrible y oscura masa. Por la manera de hablar y enarcar las cejas, Infadós advirtió sin duda el temor de lord Curtis (y hasta el mío), porque al punto nos insinuó con redobladas reverencias:

—No tengan mis señores la menor preocupación; no sospechen de mí. Ese es uno de mis ejércitos. Le hice salir y desfilar sólo con el propósito de que rindiese honores a los espíritus venidos de las estrellas...

Hice un gesto y una sonrisa de suma indiferencia. ¡Pero la turbación iba por dentro!

La aldea se encontraba a la derecha del camino. La separaba de él una amplia explanada cubierta de arena, por donde la tropa desplegaba sus filas de honor. Por lo menos eran unos tres mil hombres. Al acercarnos a ellos pudimos ver, con admiración y asombro, lo espléndida y formidable que era la raza a que pertenecían. Todos medían una estatura de seis pies, y todos eran ya veteranos, de cuarenta años, ágiles, expertos, extraordinariamente fuertes, endurecidos por los continuados ejercicios. Todos tenían en la cabeza la corona de largas y pesadas plumas negras, que oscilaban al viento. Alrededor de la cintura llevaban un mandil tejido con colas de buey, muy unidas y blancas; y en el brazo izquierdo sostenían unos escudos circulares de hierro, recubiertos de cuero. Las armas eran una azagaya o lanza corta, parecida a la de los zulús, con una hoja de hierro de seis pulgadas de ancho, y tres cuchillos grandes (uno en el cinto, y los demás colgados por la parte interior del escudo)—esos enormes cuchillos que ellos llaman «tollas» y que arrojan a unos cincuenta metros o más, con una destreza y empuje terribles.

Los soldados permanecían quietos como estatuas de bronce. Pero, según desfílamos por delante de ellos, cada oficial (que se distinguía por su capote de piel de leopardo), hacía una brusca señal, y todos los hombres, blandiendo en el aire sus azagayas resplandecien-

tes, gritaban «¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!» Era la salutación real.

Entramos en el poblado entre vibrantes aclamaciones, seguidos de los soldados cuyas pisadas hacían retremblar el suelo. La población tenía como una milla de diámetro. La defensa un foso amplio y una estacada de duros troncos de árboles. Ante la puerta principal, que daba a la calzada de Salomón, había un puente rústico y levadizo, que sostenían gruesas trenzas de cuero. La aldea parecía ordenada admirablemente. En el centro, entre las filas de árboles, se abría una extensa calle, que cortaban en ángulo recto otras más angostas, formando serie de manzanas. En cada una de ellas se alojaba una compañía. Las chozas, circulares y edificadas con espinos fuertemente enlazados, terminaban en cubiertas puntiagudas de paja, como la de los zulús; pero se diferenciaban de aquéllas en que sus puertas eran espaciosas y estaban rodeadas por barandillas cuyo suelo calizo y endurecido resplandecía al sol. A uno y otro lado de la calle se agrupaban las mujeres, que había salido de las chozas para vernos. Era una preciosa raza de mujeres cobrizas, elevadas y esbeltas, con el cabello más ondulado que ensortijado, las facciones aquilinas y los

lo, grandes pieles que servían de lechos, y vistosas jofainas llenas de agua. Nos dejó a solas Infadós; y en seguida, cantando y sonriendo, entró una partida de muchachas con leche, miel y cestos de frutas. Detrás dos mozos robustos llevaban por los cuernos una magnífica ternera. Uno de ellos, con el cuchillo que llevaba en el cinto, la derribó de un golpe y con gran destreza la abrió en canal y la dividió en trozos.

Ayudado por las muchachas, Umbopa preparó e invitamos a Infadós y Scragga. Observé que para comer no se sentaban en el suelo, con las piernas cruzadas, como los zulús, sino en una especie de banquillo que abundaban en la choza. El anciano guerrero se mostró muy afable, lleno de admiración y respeto. Pero Scragga nos miraba con desconfianza, estudiando nuestros gestos. Al ver que comíamos, bebíamos como cualquier kakwana, acaso dudaba de nuestro origen divino, lo que me molestó. Porque, a no ser el terror, ¿cómo podríamos asegurar la vida?

Encendimos las pipas y eso volvió el espanto a nuestros acompañantes. Los kakuanas, como los zulús, conocen y usan el tabaco, pero sólo en forma de rapé. A cada columna de humo que echábamos por las narices, retrocedía Scragga e



labios finos. Sorprendía sobre todo su expresión digna y grave. No hicieron muestras de asombro, ni siquiera sonrieron o nos injuriaron al vernos tan distintos de todos los hombres que hasta entonces habían visto. La rara figura de Jhon no les llamó la atención tampoco, y apenas si miraban de reojo las blancas piernas del capitán, que, avergonzado, murmuraba maldiciones entre dientes.

Al llegar al centro del poblado, se paró Infadós ante una choza rica y ancha, rodeada de otras dependencias y de una gran arboleda. Y con palabras de gran elocuencia, según la costumbre de los zulús, nos brindó hospedaje.

—¡Entrad, hijos de las estrellas! Esta será vuestra mansión. No temáis el hambre. En seguida os traerán miel, leche, una o dos vacas y algunos carneros. No es mucho, pero os lo ofrecen almas que se alegran de veros.

—Bien, Infadós—contesté.—Lo que más necesitamos es descanso, pues estamos fatigados de nuestro descenso a través de los espacios.

La choza era muy confortable. Había hierba aromática esparcida en el sue-

lo, asombrado, nos hacía una reverencia profunda.

Infadós tenía todo preparado para que continuásemos el viaje a la madrugada siguiente y había mandado emisarios a prevenir a Tuala de nuestra llegada. El Rey estaba en la gran ciudad de Lu, preparando la revista de tropas, la danza de las flores y la «caza de los hechizos», que eran la mayor solemnidad religiosa y militar de los kakuanas. Según Infadós, llegaríamos a las puertas de Lu al cabo de dos días.

Comenzaron a brillar las estrellas y en la aldea fueron apagándose los rumores del día, nuestros invitados abandonaron la choza. Tres de nosotros se echaron a dormir, sobre las camas de pieles, mientras el cuarto, con las carabinas cargadas a la mano hacia centinela, para prevenir, posibles traiciones.

La noche pasó tranquila, hasta que el canto de los gallos anunció, en torno de la aldea dormida, la dulce hora del amanecer.

—IX—

#### EL REY TUALA

Poco sucedió de notable en nuestro

viaje hacia Lu. Durante dos días caminamos por la calzada de Salomón. A cada paso encontrábamos pelotones de gente armada, regimientos de soldados de plumas, con escudos y caminando también hacia la aldea para asistir al solemne festival que se celebraba al atardecer. Al segundo día, al atardecer, desde donde divisamos a nuestras espaldas, extendida sobre una llanura curiosa, la ciudad de Lu, la capital de los kakuanas.

Para ciudad africana nos parecía enorme, de unos diez kilómetros de circunferencia, defendida por estacadas rodeadas de huertos y de grandes construcciones, donde se acuartelaban tropas. Por el centro corría un río, atravesado por puentes. Hacia el Norte, a una legua, se levantaba una colina en forma de herradura, en el fondo, muy lejos, destacaban tres cerros aislados, en triángulo, abruptos, cubiertos de nieve.

—El camino que hemos traído—dijo Infadós—, termina allí, en esos cerros, que se llaman las «Tres Hechizas».

—Y, ¿por qué acaba allí, Infadós?

—¡Quién sabe! Esos montes están llenos de cavernas, tienen una gran menasa. Es allí donde enterramos a nuestros reyes. Dicen que los antiguos reyes, etc.

—¿Qué cosas?—pregunté mirando a esas cavernas en busca de unas cosas que parecen prisas.

Infadós sonrió con malicia: —No sé. Los espíritus que vienen de las estrellas deben saber más que un pobre guerrero...

—Es verdad. Has de saber, que los hombres venían a estas tierras en busca de hierro amarillo y de piedras preciosas que relucen.

—no sé, no sé—balbuceó Infadós.

Al alejarse, dije a mis compañeros: —¡Allí—señalando las «Tres Hechizas»—, están las minas de Salomón.

Nos paramos a contemplar los cerros, en cuya entraña tal vez se escondían (según don José de Silveira) los más ricos tesoros del mundo... Pero nosotros quedamos mudos, absortos. Llegué a la plaza que soñaba.

De pronto, el sol desapareció y la noche, sin transición alguna, se nos presentó. Necesitamos un rato gozando la serenidad de la noche. Pero Infadós vino a interrumpirnos con la orden de desentender la ciudad.

Después de pasar un puente, entre piquetes de centinelas, Infadós dió en voz baja el «señal y seña», entramos por la calle de Lu, orlada de corpulentos árboles. Nos detuvimos a la entrada de un patio circular. En torno se alzaban grandes chozas, con techo de paja. Infadós, nos comunicó que aquellas eran nuestras «humildes estancias».

Había una choza para cada uno, sencilla y cómoda. Las camas eran de pieles sobre jergones de hierbas aromáticas. En el suelo había esterillas de juncos. Barreños de madera alternaban con hermosas vasijas llenas de leche. Después de habernos lavado, se presentó un grupo de muchachas, ofreciéndonos leche fría, carne asada y rubios plátanos de maíz, en bandejas de madera, que habían sido cuidadosamente labradas.

Después de cenar mandamos a lavar nuestras camas en la más espaciosa de las chozas, y abrumados de cansancio y de emociones, tardamos muy poco en dormirnos... Al despertar, nuestra primera impresión fué la de ver a las muchachas sentadas en el suelo de la estancia, aguardando nuestro despertar «para ayudarnos a vestir».

Cuando una de ellas nos lo explicó, capitán John, levantó indignado los brazos, gritando: «¿Es que un hombre, con sólo una camisa y un par de botas polvorientas, está en condiciones de vestirse? Y con la gente ahí fuera esperando para verme... No me muevan hasta que me devuelvan los pantalones!»

«¡Vengan mis pantalones! Tan enfadado estaba, que reclamé la bendita. Pero una de las muchachas voltiando diciendo que «esa sagrada reliquia», había sido enviada al rey.

La indignación de John fué tremenda. Tuvo que conformarse con afeitarse sólo la mejilla, porque de la izquierda no consentimos que cortara ni un solo pelo de la hermosa patilla que le había crecido. Aquella cara extraña era la señal más convincente de nuestra estirpe somnolenta. Poco más o menos, todos teníamos aspecto de fascinosos. El cabello de Curtis, que era rubio, le llegaba a los hombros, formando una ruda melena que le daba la apariencia bárbara de un normando del siglo X.

Después del desayuno llegó Infandós a decirnos que el rey Tuala nos saludaba y nos esperaba. Declaré con indiferencia que todavía estábamos fatigados, que queríamos fumar antes una pipa, etc. Porque, tratando con magisteres negros, conviene siempre no mostrar prisas ni cortesía alguna, porque les parece signo de temor. Así, a pesar de nuestra zozobra por ver al terrible Tuala aguardarnos todavía una hora mientras preparábamos presentes que le desahabamos: la carabina del pobre Vanavel, un pañuelo de seda y algunas joyas de vidrios de color.

Por fin, salimos de las chozas precedidos por Infandós y seguidos de Umbopa, que llevaba los regalos.

De esta manera llegamos a una explanada inmensa, encajada y cercada de chozas, alojamiento de las murallas del rey. En el fondo, frente de la puerta por donde entramos, había una plaza de enormes dimensiones, adornada con mástiles y abanicos de plumas sobre el techo de paja: era el palacio real. En la plaza de armas no había sólo un regimiento, sino que se apiñaban densos regimientos en formación, inmóviles, magníficos, con los altos penachos, escudos y lanzas brillando al sol.

Delante del palacio quedaba como un archedo con escabeles de madera. Infandós nos invitó a ocupar esos asientos privilegiados. Umbopa quedó de pie de los nuestros. Y allí estuvimos en un profundo silencio, sintiendo cómo se clavaban en nosotros las furiosas miradas de diez mil guerreros.

Abrióse al cabo la puerta de la choza, apareció una figura gigantesca, con un manto de piel de leopardo y una azagaya en la diestra. Le acompañaba Scragga y una criatura extraña, que parecía una mona, pero decrepita y arrugada, en vuelta en pieles. El gigantesco negro se sentó pesadamente en uno de los taburetes. Scragga permaneció al lado, de pie, apoyado en su lanza. La vieja se acurrucó en el suelo a la sombra.

Continuaba el angustioso silencio. Tras unos momentos, el coloso dejó caer el manto que lo cubría y poniéndose en pie mostró su real persona, verdaderamente temible. Jamás he visto ser tan repugnante que Tuala. Todavía recordo con terror sus labios gruesos y carnosos, de chatas narices de fiera y sus ojos (el otro no era más que un agujero negro) brillando malignamente con un brillo frío y cruel. Una cota de maila se amoldaba al formidable cuerpo;

a la cintura llevaba el mandil de uniforme, hecho de colas blancas de toro. Llevaba un collar de oro. Y en su cabeza se erguía, ondeando al viento, un espléndido penacho de plumas de avestruz con un enorme diamante sin tallar.

El silencio se hizo más profundo. Pero de pronto Tuala levantó su azagaya. Diez mil lanzas brillaron al sol, y diez «¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!»

Luego, al renacer el angustioso silencio, chilló una voz estridente, agudísima, repulsiva, que parecía salir de la vieja mona acurrucada a la sombra:

«¡Tiembla y adora, pueblo! ¡Es el rey!»

Y otra vez las diez mil voces guerreras gritaron:

«¡El rey! ¡El rey! ¡Tiembla y adora, pueblo!»

Todo enmudeció nuevamente. En el silencio resonó un estruendo metálico. Era un soldado que había dejado caer el escudo.

Tuala clavó su ojo feroz en el atribulado guerrero.

«¡Ven acá!» le dijo con voz de trueno.

Un robusto mocetón se destacó de las filas y se cuadró marcialmente.

«¡Perro asqueroso!» rugió Tuala. «¿Por qué ha caído el escudo? ¿Quieres que las gentes de las estrellas se burlen de mí?»

«Fué sin querer, ¡oh gran hechicero!» murmuró el soldado, palideciendo.

«¡Pues vas a morir sin querer!»

El soldado humilló la cabeza y dijo: «Soy esclavo del rey.»

«¡Scragga!» rugió Tuala. «A ver cómo manejas la lanza. ¡Mátame a ese perro!»

Scragga sonrió ferozmente, dió un paso y levantó la azagaya. El infeliz soldado se tapó el rostro con las manos. Nosotros no osábamos ni respirar.

Scragga blandió su lanza dos veces, y a la tercera arrójola con fuerza. La víctima levantó los brazos y cayó al suelo, retorciéndose, atravesado de parte a parte.

De las filas surgió un largo murmullo que rodó hasta desvanecerse en el angustioso silencio.

Curtis, inflamado en ira, arrancó la carabina de manos de Umbopa. Tuve que contenerlo, recordándole que nues-

tras vidas estaban en manos del rey y que éramos sólo cuatro contra todo un pueblo salvaje.

Tuala sonreía siniestramente: «¡Buen golpe! ¡Que se lleven esa carabina!»

Cuatro hombres se destacaron de las filas y retiraron el cadáver.

«¡Tiembla y adora, pueblo! El rey habló, el rey castigó; su voluntad es todo. Cubrid esas manchas. ¡Tiembla y adora, pueblo!»

Una muchacha salió con un gran jarro, y tomando puñados de cal, cubrió las manchas sangrientas. Tuala permanecía impassible como un ídolo.

Lentamente volvió hacia nosotros la faz repugnante:

«¡Seres blancos!» nos dijo—que venís de no sé dónde, ni a qué, Tuala os saluda.

«Lo mismo te digo, rey de los kakuanas—contesté con altivez.

Hubo otro silencio, durante el que estuvimos sin pestañear, fijos en el monstruo.

«Gente blanca—insistió Tuala—¿a qué venís?»

«Venimos de las estrellas. No te empeñes en averiguar para qué. Son cosas muy altas para ti.

El rey frunció el ceño.

«Altas son vuestras palabras—replicó—. Pero no olvidéis que las estrellas están muy lejos y mi brazo muy cerca. Pudiera suceder que saliérais de aquí como el que acaban de llevarse.»

Era indispensable mostrar un soberbio desdén ante la amenaza. Lancé una carcajada tan sonora como fingida.

«¡Ten cuidado, Tuala, que caminas sobre brasas. Atrévete a tocar un sólo cabello nuestro y tu muerte es segura. ¿Acaso no te han dicho qué clase de seres somos y qué magias poseemos? ¿Has visto entre los hijos de los hombres a alguno que se nos pareciese?»

«¿No te han dicho cómo matamos de lejos con un rayo y un trueno?»

«¡Mentiras!» exclamó Tuala, dando un manotazo en sus rodillas. Me lo han dicho, pero no lo creo. Si matáis a uno de aquellos hombres (señalaba una compañía de veteranos junto a la entrada del patio) acaso lo creeré.

Contesté que nunca derramábamos sangre humana a no ser como castigo. Pero dije que mandase soltar un buey en medio de la explanada, y antes de dar veinte pasos caería muerto. Tuala se echó a reír.

«¡Un buey! ¡Qué miseria!... Matad a un hombre, y me convenceré.»

«Conformes—. Levántate, rey, echa a andar y antes de que llegues a la puerta rodarás sin vida. Y si no manda a tu hijo.»

Al oír esto, Scragga arrojó su azagaya y dando un grito entró en el palacio real.

Tuala quedó profundamente perplejo. Su ojo nos miraba con nervioso inquietud. Luego en voz baja y bronca murmuró:

«Está bien. ¡Qué saquen una ternera!»

«Amigo Curtis, ahora le toca la vez. Mate usted a la ternera. No es conveniente que crean que sólo yo hago milagros.»

Curtis empuñó la carabina y quedó esperando en medio del tremendo silencio que nos rodeaba. Rechinó la puerta de la explanada y entró corriendo y cabeceando una ternera roja.

«Tire usted ahora, es un blanco magnífico.»

Sonó el disparo, y el animal, herido en el corazón, dió un tumbó. Los solda-



dos lanzaron un murmullo de admiración y terror.

—¿Ves, Tuala?—dije, mirándolo con desdén.

—Es verdad, es verdad.

Inclinó la cara, como atemorizado. Yo proseguí:

—Oye. De la misma manera podemos aniquilarlo todo, hombres, peidras y animales. Hasta las armas y los hierros más duros. Manda clavar allá abajo la lanza real que empuñas y que creéis invencible.

Asustado, Tuala cedió. Un guerrero clavó en el suelo la lanza real y con la hoja brillando al sol.

Disparé. La bala dió en la hoja de hierro, que saltó en pedazos. Un susurro de espanto brotó de las filas.

Di un paso hacia Tuala, con la carabina en al mano.

—¡Toma, mortal! Este ingenio mágico es un regalo que te hacemos. Si eres leal te enseñaremos la manera de usarlo y vencerás con él. Pero si hay en tí la más leve traición, él mismo se volverá contra tu pecho, y tu realza será como la ternera muerta o como la lanza rota. ¡Tómalo!!

Cogió el arma con desconfianza, y la dejó caer a sus pies, recelosamente.

En aquel momento, aquella rarísima criatura que nos había parecido primero una mona, y luego más tarde una bruja, surgió de la sombra en que había permanecido acurrucada. Se acercaba arrastrándose; pero al llegar ante el rey, se levantó rápidamente, se quitó las pieles que la cubrían y mostró la más rara y siniesra figura que pueda imaginarse. Era, evidentemente, una mujer de edad, indefinida, superior a todos los límites conocidos de la vida humana. El rostro no era mayor que una manzana mustia, lleno de arrugas profundas, áridas y amarillas, como entalladas en marfil. El sumidero de la boca apenas se veía, escondido entre la barba y el frontal saliente hasta lo increíble, con cejas espesísimas y completamente blancas. Hubiera parecido cabeza de una momia, a no ser los ojos que brillaban en el fondo de sus órbitas, como los de un tigre en la obscuridad de su cueva. Pero lo más repulsivo era el cráneo, desnudo y pelado, amarillo como pergamino, y que se contraía y arrugaba como la piel de las serpientes.

La espantable y hedionda bruja extendió su brazo, descarnado como una rama seca, armado de largas y encorvadas uñas, comenzó a decir con voz me-

tálica y crispadora:

—¡Oyeme, Tuala! ¡Pueblo! ¡Montes, cielos, cosas vivas y muertas, escuchad! El espíritu está en mí. ¡Voy a profetizar!

Sus palabras terminaron en un fúnebre y prolongado aullido. La multitud estaba sobrecogida de terror. Yo, que había visto antes los modos de las hechiceras africanas, sentí como un peso en el alma.

—«¡Oigo pasos que se acercan!»—prosiguió, con la mano en alto—. Son de gente blanca, que viene de lejos. La tierra se estremece bajo sus plantas. «¡Olor de sangre, hay un gran olor de sangre en el aire!» Va a correr a torrentes. La veo, la siento. ¡Toda la tierra está enrojecida! Los leones vienen a beberla. Los buitres agitan las alas.

Sus ojos brillaban como ascuas. Lanzó un grito espantoso, largo como el aullido de un chacal.

—¡Soy vieja, muy vieja! He visto correr mucha sangre. Pero veré más, y me alegraré con ella. ¿Qué edad es la mía? Vuestros padres me conocieron, y padres de aquéllos. Conozco a los blancos y sé el deseo de su alma. ¿Quién hizo la gran calzada? ¿Quién las figuras de las peñas? ¡Yo lo sé! Un pueblo blanco estuvo aquí ante que vosotros! ¡Un pueblo que volverá y asentará su reino cuando vosotros seáis como la nube de polvo que se lleva el aire!

Dió un paso, con los brazos extendidos hacia nosotros:

—¿Qué queréis, gente blanca? ¿Venís de las estrellas? ¡Ah! ¡Ah!... Venís tras uno como vosotros. ¡No está aquí! Vino hace mucho, muchísimo tiempo, y no volvió a su tierra. ¡Sé que buscáis las piedras que brillan! Conozco el deseo de vuestros corazones el mismo de todos los blancos. ¡Buscad, buscad! Quizá la encontréis cuando esté seca la sangre que va a derramarse. Pero, luego: ¿volveréis a las estrellas?, ¿os quedaréis aquí?... ¡Ja, ja, ja, ja, ja! No sabéis nada de eso.

Luego, volviéndose ferozmente hacia Umbopa, como si quisiera despedazarlo con sus garras, exclamó:

—Y tú, el de la piel oscura, ¿qué quieres? ¿Qué buscas aquí? Tú no vienes por las piedras. ¡Te conozco muy bien! ¿Verdad que eres tú?... Conozco el olor de la sangre de tus venas... ¡No me engañes, no! ¡Eres tú, eres tú!

Quedó un momento estática, mirando a Umbopa de hito en hito. Luego, con un gran temblor agitó su cuerpo, movió los brazos como aspas y cayó pesadamente.

Un grupo de muchachas recogió a la hechicera. Tuala se irguió sombrío, temblando también. Hizo un gesto, breve y muy rápido; y los regimientos fueron desfilar hasta que la explanada quedó desierta, blanca, inundada de sol.

Entonces se volvió hacia nosotros, con el rostro descompuesto:

—¡Gente blanca! Gagula ha anunciado muchos males. Creo que debo hacer un altar.

Yo sonreí tranquilamente:

—¿Qué dices? ¿Es que no te acuerdas de la ternera? ¿Quieres morir como ella?

—¡Gente blanca!—rugió el tirano—. ¡Mirad que amenazáis al rey!

—No es eso, Tuala. No amenazamos. Digo, sólo, que nuestros lobos lo mismo matan a una ternera como un rey. Por lo tanto, ¡tiembla y reflexiona, Tuala!

El enorme bruto apoyó la frente en sus manos, como reflexionando.

—¡Id en paz!—dijo al rato—. Esta noche es la Gran Fiesta. Venid. No veréis ninguna emboscada. Mañana veré.

—¡Conformes!—le dije, volviéndole la espalda con indiferencia.

Y, acompañados de Infandós, sanos y salvos, pero con el corazón en un puño, volvimos a nuestro alojamiento.

—X—

#### EL SECRETO DE UMBOPA

Al entrar, dejé el revólver sobre un asiento y volviéndome hacia Infandós, que venía con nosotros, le dije:

—Infandós, tu rey es un monstruo.

El guerrero suspiró hondamente.

—¡La nación entera clama contra sus iniquidades! Ya veréis esta noche la «Caza de los Hechizos». Gagula y sus brujas salen a «olfatear» quiénes, entre los soldados y el pueblo, meditan maleficios. Si el rey codicia el ganado de alguien o le detesta, o le teme, Gagula u otra de las hechiceras sagradas señala al elegido, y entonces debe morir sin remedio... ¿Quién sabe ¡Quizá hoy mismo me toque a mí! Si hasta ahora Tuala me trató con respeto, fué por mi experiencia en la guerra y porque los soldados me quieren. Pero, nadie puede estar seguro. Tuala es cruel, y el pueblo está harto de su sanguinaria tiranía.

—Entonces, ¿por qué no destronáis a esa fiera?

Infandós dijo con desaliento:



—¡Al fin, es el rey!... Y su Scragga, es más infame aún. Si su hijo muere o si su hijo muere, viera y lograrse volver, podrían una esperanza.

Entonces (y todavía me parecía soñaba ante un lance tan novelesco) sonó en la penumbra una voz que decía:

—¿Y cómo sabes tú que el muerto?

Volvimos el rostro, y era Umbopa. —Y tú, ¿quién te ha mandado?—replicó Infandós con toda su voz de antiguo jefe real.

Umbopa avanzó hacia nosotros. —Oye. ¿No es verdad que Infandós asesinado y que su mujer huyó? ¿No es verdad que también rrió la voz de que habían muerto huída en pleno monte?

Infandós asintió.

—Pues ni la madre ni el hijo. Cruzaron las montañas de el desierto, donde fueron recogidos unos cazadores y hallaron otros de sombra y de agua, caminando lunas, hasta dar con un pueblo zulús, también de raza de los kakuanas.

Infandós quiso hablar. Umbopa dijo:

—¡Oye más! Murió la madre y fué hombre en aquella tierra. Él a luchar y fué al país de los blancos, viendo de sus manos sobre el su corazón. Al saber que hombres valientes venían hacia el Norte con ellos, atravesó otra vez el desierto y trepó, escaló la sierra, llegó a la tierra de los kakuanas, está, Infandós!

Se arrancó el mandil de pieles se con majestad, abrió los brazos. —¡Soy Ignosi, verdadero rey de kuanas!

Infandós fué hacia él, con los ojos de las órbitas, y miró la cara de Umbopa, en la que se veía en azul la figura de una serpiente. Umbopa le deaba el talle y se mordía la cola. El tatuaje era el emblema de los kakuanas graban en el heredero del reino, recién nacido, tan evidente, que Infandós hinojos sollozando:

—«¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!» dijo de Imotú! ¡Es el verdadero rey kakuanas!

Umbopa dijo sonriendo:

—Levántate, querido tío, que he sido proclamado. Con tu ayuda de estos hombres que me acompañaré a serlo. ¿Quieres encajar en la mía y jurarme fidelidad? ¿Ves a correr los peligros necesarios para destronar al usurpador?

Infandós meditó un momento. Se inclinó nuevamente, extendió en silencio hacia Ignosi y murmuró con tanta la fórmula sagrada de un ritual:

—¡Oh, Ignosi, legítimo rey de kuanas; encajo mi diestra en la tuya te seré fiel hasta la muerte!

Nosotros permanecíamos atónitos, amigos, que no entendían la lengua. Tenían una vaga idea de lo que Ignosi tradujo el extraño diálogo. Y manifestaban su asombro con exclamaciones, cuando Umbopa, con un gesto nos dijo:

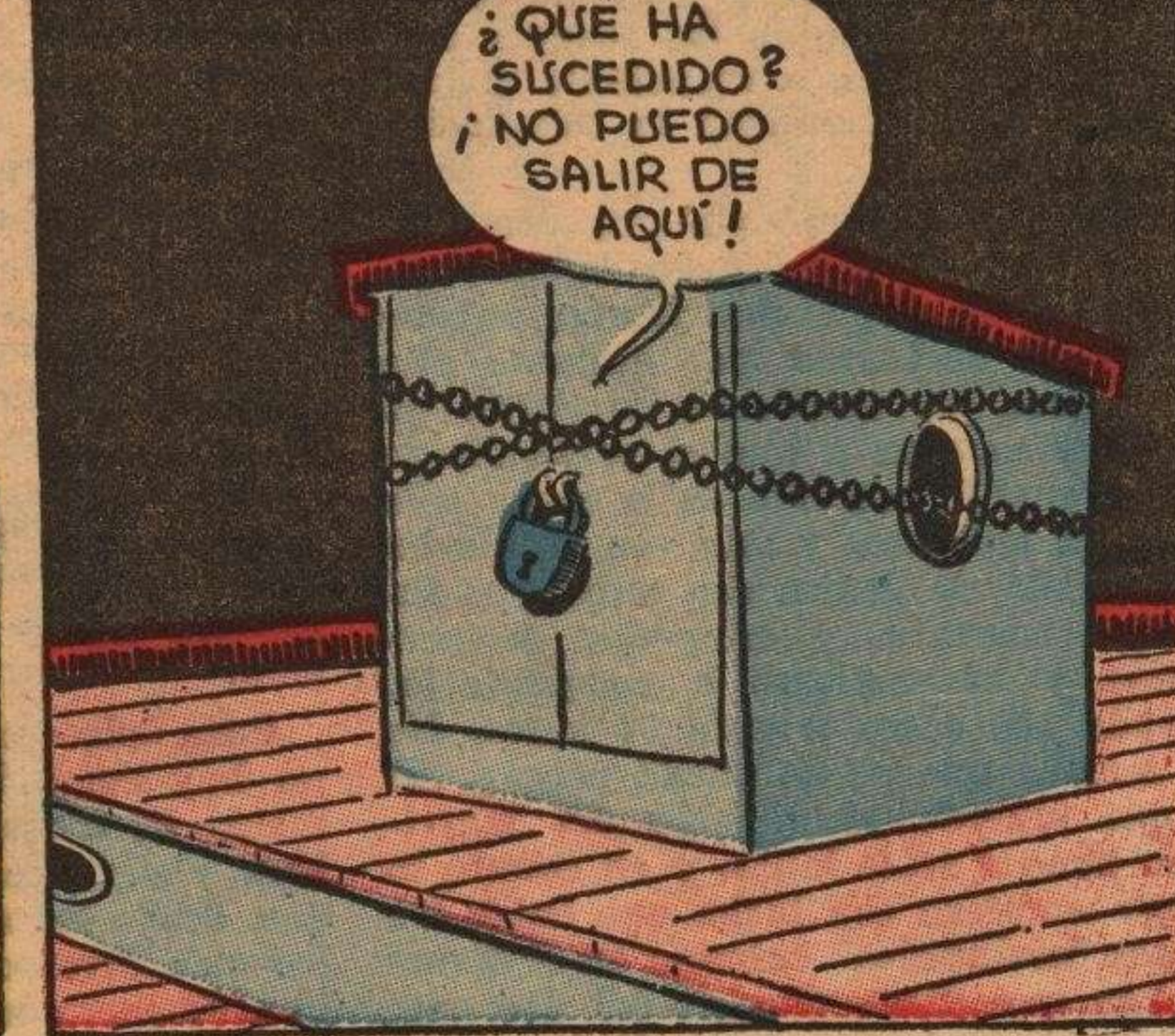
—Y vosotros, blancos, que me queréis comer vuestro pan, ¿queréis ayudarme? Nada puedo daros a cambio de amistad. Pero si con su auxilio llego a ser rey, y dueño de las piedras preciosas, podréis llevaros cuantas queráis. ¿Bastará eso?

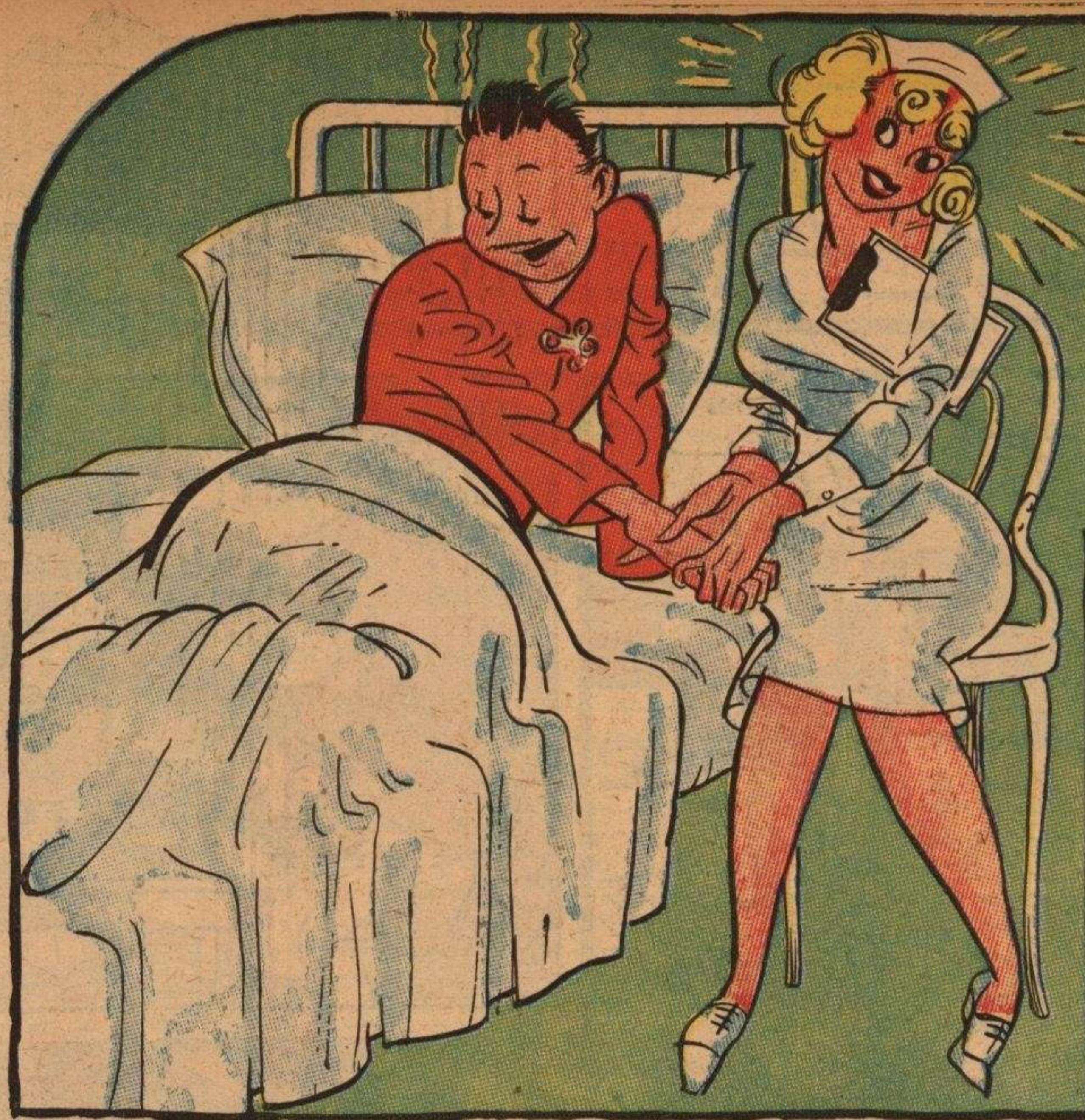
Traduje la deslumbradora oferta. Infandós frunció el ceño:

—¡Quartelmal!—me dijo—, contéstame un inglés no se vende por unos

Sigue en la Pág.

# EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE





# TÉCNICA Matrimonial

POR  
SAM LUKAS



La muchacha que quiera casarse y no tenga novio a la vista, debe considerar las posibilidades que les brindan los empleos. En los Estados Unidos se usa ese método con mucho éxito.

**H**UBO una época en el mundo en que se ataban los perros con longaniza. Era el tiempo de la candidez entre los hombres y las mujeres. Estas habían inventado la noble y bella institución de la corteja, y el varón, deseoso de defenderse del monopolio virtual que sobre sus actividades ejercían las del bello sexo, aceptó complacido el dogma de que a él le correspondía iniciar el galanteo en el amor.

Tenía una ventaja este aparente privilegio, y era que el matrimonio no se realizaba tan precipitadamente como se realiza hoy. Al hacer la corte, se iba estableciendo poco a poco, y con la mayor prudencia, un estado de ánimo favorable al éxito del idilio. Los padres participaban del encanto de los preliminares. Entre los eufemismos románticos, se reconocían las reglas estrictas del hogar fundado, y de consuno se acataban las que habían de prevalecer en el que los novios se proponían fundar. Hasta ese extremo, la llamada intervención de la familia era beneficiosa. De ahí en adelante, unidos el hombre y la mujer por el vínculo matrimonial, los suegros sensatos se mantenían a respetable distancia para no obstaculizar la adaptación de los cónyuges.

Se dirá que el método era demasiado ceremonioso; pero daba buenos resultados. Hoy día, el matrimonio es más fácil, y se desbarata por quitarse allá esas pajas. La muchacha moderna no tiene que esperar a que el pretendiente aceptable se le presente en la casa. Ella misma se lo busca, y una vez que lo ha seleccionado, se dedica con todas sus facultades mentales y su poder de persuasión y magnetismo a conquistarlo. En cada 100 casos triunfa 97 veces. No hay marido que no se pueda pescar. El hombre muere el anzuelo del matrimonio apenas se le lanza, y en cuanto lo muere empieza esa lucha que entre los pueblos "civilizados" culmina en el divorcio. Los que dicen elogios del divorcio, siempre encuentran razones lógicas para justificarlo. Lógicas, pero no por ello pueden ocultar el hecho de que un divorcio se levanta sobre los escombros de un desastre matrimonial.

LOS norteamericanos, que se le declaran a cualquier muchacha en venticu-

tro horas y están dispuestos a casarse a las cuarenta y ocho, han contribuido mucho a transformar a sus mujeres en cazadoras profesionales de maridos. La "girl" del Norte cree que ese es un deporte digno de su especie. Para ella no hay incertidumbre en cuanto al futuro. Sabe que, cuando lo desee, encontrará un señor muy trabajador, serio y responsable, que se hará cargo de la economía doméstica y de las cuentas pendientes.

Si a los dos meses o a los dos años cree que se ha equivocado, cambia de pareja. No hace mucho los periódicos publicaron la noticia del célebre cuadrilátero matrimonial en que dos amigos vivían con sus respectivas esposas bajo el mismo techo, y a poco llegaron a la conclusión de que sería más propio cambiárselas mediante dos divorcios y dos nuevos matrimonios. Se sienten felices los cuatro, pero a saberse si dentro de un par de años, el capricho de estas damas y caballeros encuentra compañeros más entretenidos por otra parte.

Se ha perfeccionado tanto la técnica de buscar marido entre las yanquis, que ya hasta han medido las posibilidades de cada gestión. Las colocaciones y profesiones, por ejemplo, tienen su categoría como campos matrimoniales. Una taquígrafa que sepa algo de español puede obtener trabajo en una oficina de exportación. Luego, el jefe la lleva o la manda a una sucursal en Sud América. Allí, conoce a un ingeniero que trabaja en las minas o en la fábrica de la compañía. El jovencito se siente solo. Le atrae la inteligencia en la mujer. Siente la nostalgia de su tierra. Caen en la red que se le tiende. Una taquígrafa y un ingeniero hacen una magnífica combinación.

Para episodios del corazón interesantes, no hay como la profesión de la enfermera. El trabajo es interesante, se paga bien y permite seleccionar buenos maridos, desde los médicos del hospital hasta los más diversos parroquianos. Además, la enfermera no necesita ser enfermera. Puede trabajar en las oficinas del hospital; puede ser secretaria de un doctor; puede alistarse en la sección médica del Ejército y la Marina y viajar por todo el mundo. ¡Quién sabe si en una de esas aventuras conquista a un Almirante, aunque sea octogenario! Los viejos y los enfermos son sumamente románticos...

**E**L teatro y el cine ofrecen en Norteamérica un campo fértil para las niñas casaderas, especialmente el teatro. La competencia es muy fuerte, pero si la chica posee un cuerpo hermoso, gracia y coquetería, las oportunidades están a montones. Pretendientes jóvenes y ricos, o viejos ricos simplemente, o solterones ni muy jóvenes ni muy ricos, pero muy amables de genio.

En el periodismo, contrario a lo que se cree, la situación es más difícil. Los reporteros siempre andan escasos de fondos, ganan poco, trabajan mucho, fuman, beben y se divierten hasta que ya no pueden más. La gente de recursos económicos en el ramo periodístico son los dueños y los jefes, casi todos casados, o demasiado gordos y cínicos para que les agraden a las entusiastas mujeres de la redacción.

La mujer que se casa con un reportero anda mal de los sesos o tiene madera de mártir. La selección de esa carrera, en primer término, revela en seguida el desequilibrio mental de que padece. Nada hay tan ingrato como el periodismo. El reportero muere seco de sabiduría e inflado de aspiraciones. Es un animal heroico, al servicio de la opinión pública y de gente brillante. Por eso vibra tanto cuando tiene que describir un doble asesinato o un atraco. Escribe con fuego sobre cuanto represente la acción violenta de la humanidad, porque él es el arquetipo perfecto de la inacción, el alambre eléctrico por donde circulan las corrientes del pensamiento y de la actividad sin dejar huellas hondas. La mujer que escoge marido entre los reporteros vive de esperanzas y muere de desencantos.

Campo más propicio al matrimonio es el radio. Si una muchacha sabe cantar o recitar o hacer papeles ante el micrófono, es muy posible que logre casarse como lo ambiciona, porque en el radio abundan los hombres de talento y de instinto comercial, y en cambio hay muy pocas mujeres empeñadas en conquistarlos.

Las norteamericanas no se inquietan cuando cumplen los 30 años de edad. Ahora han aceptado la doctrina de que "la vida empieza a los 40", para quitarse de encima la pesadilla de quedarse jamonas y pa-

ra inducir a los solterones desdichados a que continúen en el matrimonio. Uno de los oficios mejor remunerados en el periodismo para las mujeres es la estafeta de asuntos rosos. Dorothy Dix ha hecho una fortuna aconsejando a sus paisanos que deben hacer para ser felices con sus esposas. Como la Dix, hay una docena de sacerdotisas de la dicha humana que abundan los programas de consejos sentimentales. El otro día el comentarista de una casa de moda que la cosa más difícil del matrimonio es encontrar la armonía en el matrimonio. "Cuando se tienen los mismos gustos, las mismas predilecciones, todo se andará muy bien. También conviene que los esposos posean algo en común: una casa, un automóvil, una tienda, un negocio. Por tanto, compre usted una piel de zorro de la casa Fox y regálesela a su esposa, y pronto verá qué felices van a ser los dos."

que leen estos artículos y estas recomendaciones están sonrientes. Los solteros engullen la norteamericana hace su agostación de candidatos matrimoniales siempre tiene el recurso por delante. Un marido, ser algo así como un sombrero que cambiar de primavera y de verano para invitarlo a conservar es desafiante de la moda. Nueva York, hasta las camadas en el fundamento matrimonial. Reflexionan que tienen la oportunidad de tratar a muchos económicos, y que algunos hombres que conozcan se enamoran seriamente y con satisfacción. Y mirando algunas muchachas casi se convence uno que les asiste. Porque son las muchachas yanquis. Y de un restaurante, resultan que las parroquianas de la, aunque no les gusten a

que el hombre no pase tratando a la que ha de ser su norteamericana está en la Juana Siempre alerta. Su ideal Bernard Show en "hombre y Superhombre" ha todas las mujeres modernas heronina de su drama es de una pasmosa. Sigue a su través del continente europeo llega a Sierra Morena. en se topa bandidos. glorioso rodeado

no caer de su mesa con la que gozará su libertad.

los mismos gustos, las mismas predilecciones, todo se andará muy bien. También conviene que los esposos posean algo en común: una casa, un automóvil, una tienda, un negocio. Por tanto, compre usted una piel de zorro de la casa Fox y regálesela a su esposa, y pronto verá qué felices van a ser los dos."



Dos de las profesiones u oficios en que las mujeres norteamericanas encuentran marido con más facilidad, son la de enfermera y camarera de restaurante. Los enfermos "pierden el pulso" en cuanto se acerca la enfermera bonita, mientras que la camarerita gentil, es causa de que el parroquiano que se ha enamorado de ella, derrame todas las mañanas la miel del pastel de su desayuno. La secretaria que hable español puede ir a Suramérica donde la esperan montones de adoradores, incluso nativos...



# LIBROS Para NIÑOS

por N. Serrot Vidal

**L**OS LIBROS que se leen en la niñez y en la juventud juegan un papel a veces decisivo en nuestras vidas. Algunas autoridades eminentes, entre ellas el Dr. Edwin Diller Starbuck, director del Instituto de Investigaciones del Carácter en la Universidad del Sur de California, creen que los padres pueden corregir y orientar a sus hijos por el mejor camino, poniendo al alcance de ellos determinadas obras que ejercen una influencia efectiva en la formación de la personalidad.

Desde que varias organizaciones nacionales acordaron costear los gastos del estudio, los peritos de Starbuck han leído y evaluado más de 11,000 novelas, 5,000 biografías, 10,000 libros de cuentos de hadas y 150,000 poemas. Además, han hecho investigaciones para dilucidar incógnitas, como el origen de la mentira entre los niños.

Desde luego que la idea de enseñar a los niños a formar el carácter por medio de los libros, no es enteramente nueva. Hace cincuenta años, los padres se esmeraban en darles a sus hijos muchísimos libros serios y morales, en los cuales se elogiaban las siete virtudes del hombre. "Pero estas prescripciones de moral—dice el Dr. Starbuck—no surten efecto alguno en la generalidad de los niños. Los psicólogos han demostrado que los seres humanos no incorporamos en nuestra conducta un montón de nociones abstractas, como el honor y la valentía. La mejor manera de mejorar el carácter del niño no es dirigiéndose a su intelecto, sino a sus emociones. ¿Cómo? Dándole a leer libros entretenidos en los que aparezcan personajes humanos y reales que estimulen su admiración. A medida que vaya leyendo la historia de estos personajes que actúan con valentía y desinterés, el niño irá formando el hábito de creer que esa es la expresión decente y natural de la conducta humana. Entonces lo veremos revelar las mismas cualidades".

**P**INA el Dr. Starbuck que las biografías son excelentes para enseñar, porque no hay nada más contagioso que la personalidad. Según se deduce por un cuestionario contestado por más de 2,000 estudiantes de escuela superior, los gustos en materia de biografías son variadísimos. De cada 25 estudiantes, 24 se declararon a favor de obras sobre exploradores, y 1 en contra. Los precursoros de la conquista tienen 23 partidarios por cada oponente; los aviadores, 18. Siguen en el orden respectivo las obras acerca de inventores, héroes navales, y sobre la niñez de los grandes hombres y mujeres de la historia.

A los varones les interesaron menos las biografías de los predicadores, de los reformistas y de los hombres de estado, principalmente las de estos últimos. A las muchachas lo que más les agrada son las obras sobre actores, y siguen en orden de predilección las de muchachos campesinos que triunfaron, las que tratan sobre la niñez de los grandes hombres y mujeres, y sobre los habitantes de otras tierras. Tampoco les agradan a estas lectoras las obras sobre estadistas, predicadores y caudillos de pueblos.

Tanto los varones como las hembras declararon que la novela es su género predilecto, y después los libros de humorismo. De la lista de obras recomendadas por el Instituto, las que más preferencia recibieron fueron aquellas cuyos personajes son reales y humanos, como la historia de Tom Sawyer, por Mark Twain. Hay quien estima que Tom Sawyer no era un bello ejemplo como muchacho, porque hurtaba sandías e inventaba razones engañosas para hacer que sus amigos le ayudaran a pintar una empalizada, haciéndoles creer que aquello era un enorme privilegio. Pero el Dr. Starbuck alega que el episodio de la pintura no fué mal intencionado, sino cómico, y por tanto es perdonable en la caracterización del famoso mozalbete.

Los estudiantes también declararon tener predilección por otra obra de Mark Twain, "El Príncipe y el Mendigo"; por "Hans Brinker y los Patines de Plata", de Robert Louis Stevenson y por otras historietas novelescas como "El Caballero de Rheims".

**P**ARA los chicos de menos edad, Starbuck recomienda los cuentos de hadas, contra la opinión de otros educadores que las rechazan porque carecen de realismo.

"Los niños—dice este psicólogo—viven en el período de la fantasía, y debe estimularseles a que usen la imaginación. Así se acostumbran a salir del rincón solitario de las experiencias diarias. Claro que una dieta constante de fantasía puede resultar peligrosa, pues acaso podría alejarlos demasiado de la realidad."

Entre estas nuevas generaciones de lectores, los escritores modernos de cuentos de hadas, como Rachel Field, Elizabeth Maddox Roberts, Carl Sandburg y A. A. Milne, tienen legiones de admiradores.

Para determinar lo que hace malos a los niños, es necesario averiguar antes lo que los hace buenos. Se han realizado experimentos muy curiosos sobre este asunto. En un caso se le dió a un grupo de niños unas libretas de exámenes confeccionadas en un papel especial que permitía determinar si los estudiantes habían agregado respuestas mientras el maestro se encontraba ausente del salón. Contestadas las preguntas, los estudiantes debían certificar por escrito que las respuestas habían sido dadas con absoluta honestidad. En casi todos los casos, los muchachos que se valieron de métodos deshonestos para contestar, afirmaron que habían respondido de la manera más honesta."

El maestro seleccionó entonces dos grupos: uno de 70 que decían la verdad, y otro de 70 que decían mentiras. Los que decían la verdad eran más inteligentes, poseían más conocimientos y más coordinación, y eran más morales que los otros. Los inclinados a mentir reaccionaban con más rapidez, revelaban poseer una gran confianza en sí mismos, y no se apocaban ante las situaciones difíciles. En cuanto al efecto de las Sagradas Escrituras, apa-

Tom Sawyer, el gracioso héroe infantil de la literatura novelesca norteamericana, que inventaba razones engañosas para que los muchachos pintaran una empalizada que su tío le había ordenado pintara él.

rentemente la lectura de este hermoso libro no hizo diferencia notable entre los estudiantes honestos y los deshonestos.

El defecto del egoísmo, que es común entre los niños, ha sido estudiado en las secciones de párvulos. Al servir el jugo de naranja, en cada par de niños, uno tiene a su cargo el reparto del líquido. Se le observa de cerca para ver si se sirve él primero o si se sirve más de lo que le corresponde. Este y otros métodos sencillos permiten determinar hasta dónde llega en los menores el deseo de obtener ventajas, que es una de las características primitivas de la humanidad.



tes. Es porque, sí, por simpatía, por justicia, porque Umbopa me ha gustado desde que le conocí y porque me agradaría de derribar a ese canalla de Tuala, por lo que estoy pronto a prestarle lo poco que tengo, la fuerza de mis brazos. ¿Qué te parece, John?

El capitán se encogió de hombros: —¿Qué se le va a hacer? Vamos a ello. Creo saludable sacudirse el polvo o sacudirlo a los demás de cuando en cuando; pero con una condición; que me den mis pantalones.

Trasladé estas palabras a Umbopa, que fué a estrechar las manos a mis dos amigos.

—Y tú, Makumazán, ojo despierto, tirador único, más astuto que el búfalo, ¿estarás también a mi lado?

Yo me rasqué la cabeza: —Verás, Umbopa o Ignosi, como quiera que te llames... A mí no me agradan las revoluciones. Soy hombre de orden y además cobarde... No te rías, soy cobarde. Pero yo acostumbro a ser fiel con quien lo es conmigo, y tú, has sido siempre bueno, valiente y servicial... Soy un pobre cazador de elefantes, tengo que garmar la vida. En eso de los diamantes, tengo que decirte que los acepto, y mientras más, mejor. No es que yo crea o deje de creer en ellos; pero, en caso de encontrarlos, desde ahora te prometo que, con tu permiso, me llenaré los bolsillos.

—¡Cuántos quieras!—exclamó Umbopa, radiante.

Se volvía hacia Infandós con gesto triunfal, cuando le interrumpí:

—¡Espacio, Ignosi! Falta detallar otra cosa. Como sabes, nosotros venimos en busca del hermano del Inkubú. ¿Verdad? Pues, antes que nada, quiero tu promesa de hacer todo cuanto puedas, en calidad de rey, para encontrarlo... Preguntar a ver qué sabe tu amable tío.

Ignosi miró gravemente al anciano guerrero.

—Tío mío, por el sagrado emblema de mi cintura, y como legítimo rey, te mando que me habléis con verdad. ¿Sabes, antes de nosotros, ha venido algún blanco al país de los kakuanas?

—¡Ninguno!

—¿Podría haber venido sin que te enteraras?

—¡Imposible!

Curtis suspiró tristemente.

—¡Basta, basta!—dije, para no desvanecer la esperanza y apartar los tristes recuerdos—. Cuando seas rey, tendremos muchas más facilidades para buscar al hermano del Inkubú. Vamos ahora a lo de momento. ¿Tienes algún plan para recuperar la corona? Porque, ser rey por derecho divino, es algo; pero, no basta, hijo mío...

—No tengo ninguno. ¿Y tú, tío?—preguntó a Infandós.

Este meditó un instante.

—Esta noche habrá «caza de hechizos». Muchos morirán, y muchísimos más sentirán crecer su odio contra Tuala. Cuando termine, hablaré con algunos. Es necesario que vengan, que con sus propios ojos vean el emblema. Si ponen sus manos en la tuya, mañana contarás con veinte mil lanzas para luchar, combatir por tí; eso es lo principal, puesto que la guerra es inevitable. Si vivo, esta noche, si vivimos todos, volveré para tramar nuestro plan.

En aquel momento nos avisaron que llegaban mensajeros del rey y entraron tres hombres, trayendo sus cotas de maya, brillantes como plata, y fuertes hachas de combate.

Un heraldo golpeó el suelo con la lanza diciendo:

—¡Aquí están los regalos de Tuala, el rey, para los hombres de las estrellas!

—¡Gracias—dijo secamente—. ¡Marchaos!

Cuando se fueron, examinamos las cotas con enorme interés. Eran magníficas,

de malla tan fina, tan apretada, tan elástica y suave, que una cualquiera de ellas cabía en el hueco de las dos manos. Asombrado pregunté a Infandós si estaban nuevas.

—No—, contestó—. Son muy antiguas, y van transmitiéndose de padres a hijos. Quedan muy pocas. El que el rey os las mande, significa que está muy contento o muy asustado. No hay hierro que las atraviese; y no estará de más que os las pongáis esta noche.

Se fué Infandós y continuamos hablando del acontecimiento que convertía nuestro viaje en una aventura política, abocada a una guerra civil.

—Esto sí que merece ser consignado en mi diario—dijo el capitán.

Llamaba así a un almanaque náutico, con hojas blancas intercaladas, que lle-

gala, al mando de veinte guerreros, para escoltarnos hasta palacio. Nos pusimos los revolvers al cinto, cogimos las hachas de guerra, y salimos profundamente preocupados.

En la enorme explanada donde habíamos estado por la mañana, vimos otra vez la formidable parada, más de veinte mil hombres, formados de manera que entre cada grupo quedara un espacio abierto, para las hechiceras. No había más luz que la de la luna menguante, pálida, consumida, y el cárdeno resplandor de unas teas colosales, cuyas temblorosas llamas se reflejaban oscilando en los hierros de las lanzas. De aquel espectáculo, del vasto silencio, se desprendía una indefinible sensación de majestad y de tristeza.

—Aquí estará el ejército kakuana en-

me si en las estrellas vistéis tantos valientes juntos... Pero notad también cómo tiemblan los que no tienen limpio el corazón.

—¡Comenzad, comenzad!—gritó Gagula—. Las hienas tienen hambre; los buitres, sed...

Hubo un lúgubre silencio que pesaba agobiante como un presagio de horror.

Tuala levantó su lanza. Veinte mil hirieron la tierra con sordo rumor, tres veces consecutivas haciendo retremblar el suelo. Hacia el fondo, por entre las espesas filas de hombres, brotó un canto solitario, arrastrado, plañidero, infinitamente triste.

Los regimientos contestaban en masa, con voz unánime y aterradora.

Unas tras otras, las compañías fueron entrando en el canto, hasta que toda la muchedumbre armada formó un solo coro, inmenso, duro, en el que a veces podíamos distinguir, fugazmente, un eco de sentimientos humanos; notas dulces de amor, gritos triunfales, graves susurros de plegarias. Después los diversos ecos se unieron en uno solo, quejumbroso y continuo, como un lamento funeral.

El cántico terminó, se hizo un sombrío silencio, el rey levantó los brazos y oímos un rumor de pisadas ligeras; de entre las filas de soldados aparecieron, viniendo hacia nosotros, unas extrañas y medrosas figuras. Eran mujeres, casi todas viejas, con largas cabelleras plateadas flotantes sobre los hombros. Tenían los rostros cruzados con rayas blancas y rojas; por sus espaldas colgaban pieles de serpiente; de sus cinturas pendían sartas de huesos, que chocaban con fúnebre ruido. Llevaban en la mano un pequeño tridente de metal.

Ante Gagula se detuvieron. Y una de ellas gritó:

—¡Madre, aquí estamos!

—La bruja aulló, con voz estridente. ¿Tenéis bien despiertos los ojos, Isasusis?

—¡Bien despiertos, madre!

—¿Tenéis bien despiertos los ojos, Isanusis?

—¡Bien claros, madre!

—Pues, ¡id! ¡Rastread, rastread! Descubrid entre a los que envidian al vecino, a los que poseen ganado ajeno, a los que odian al rey, a los que deben morir ahora mismo. ¡Buscad! Ved los pensamientos que se esconden, oid las palabras que se callan. Los hombres de las trellas están ansiosos de ver nuestra justicia.

Las siniestras brujas se dispersaron con rapidez entre las filas, dando alaridos. Era imposible seguirlas a todas. Me fijé sólo en la que tenía más cerca, una vieja hedionda. Al llegar junto a los soldados, la arpa se detuvo a husmear como un perro de caza. Luego se puso a bailar, girando, con tal rapidez, que las greñas revoloteaban, mientras con rabiosa alegría gritaba: «¡Ya lo tengo, ya lo tengo al maldito! ¡Aquí está el que pensó mal del rey!»

Y bailando con mayor velocidad, dió vueltas, hasta que le asomaron por la boca copos de espuma. De pronto se quedó quieta, como petrificada. Luego, muy despacio, como una fiera avanzó con el tridente extendido hacia la fila de soldados, que al verla acercarse se encogían, presa de un indecible terror. Al fin, con un aullido, dió un salto, y golpeó con su tridente el pecho de un mocetón.

Dos de sus compañeros lo agarraron por los brazos y lo pusieron ante el rey. El infeliz caminaba sin resistencia, anodado. El grupo de verdugos avanzó.

—¡Mata!—sentenció el rey.

—¡Mata!—gritó Gagula.

—¡Mata!—dijo también Scragga.

Y el infeliz cayó muerto, con una azagaya en el pecho y el cráneo roto por un tremendo hachazo.

—«Uno»—contó Tuala, sonriendo.

Luego otro infeliz fué arrastrado, como una res, a presencia del rey. Era un jefe,



tero—dije por lo bajo a Infandós.

—Sólo una tercera parte. Otro tanto está de guarnición, y el resto se halla en las afueras, cerca del palacio, para mantener el orden si fuera preciso durante la matanza que se avecina. (1)

—Dime, ¿crees que corremos peligro?

—No sé; creo que no... Pero, no déis señal ninguna de temor. Si esta noche salimos con vida, tal vez mañana Tuala dejará de asustarnos para siempre.

Ibamos avanzando, entre las filas de guerreros inmóviles, hacia el espacio vacío ante la residencia real. Al acercarnos vimos salir de ella una escolta numerosa, con fulgor y ruidos de armas.

—Es Tuala—murmuró Infandós—. Y con él están Scragga, Gagula y los hombres que matan.

Los «hombres que matan» eran doce negros enormes y repugnantes, con penachos rojos, hachas y azagallas.

—¡Salud, gente de las estrellas!—gritó el rey—. Sentaos. No perdamos tiempo, que la noche es corta para las grandes cosas que hay que hacer. Mirad y decid-

vaba en el zurrón y en el que anotaba los más salientes episodios de la expedición.

—¿A cuántos estamos?—preguntó, con el cuaderno sobre las rodillas desnudas.

—A 3 de julio.

—¡Hombre! ¡Es curioso! Mañana, 4 de julio, habrá un eclipse total de sol, visible en el Africa central. Comenzará a las tres menos veinte de la tarde... ¡Buen susto se van a llevar los negros!

Cuando Curtis terminó sus apuntes, nos preparamos para asistir a la solemne fiesta. Según el consejo de Infandós nos pusimos las cotas, que nos parecieron cómodas y ligeras. La de Curtis se le ceñía como un guante; pero al capitán y a mí, más bajos y flacos, nos hacían pliegues muy poco marciales.

Era ya de noche cuando volvió Infandós, con todas sus armas y plumas de

(1) La escena de la matanza que va a describir el autor no es tan fantástica como pudiera suponerse. Hasta que los franceses se apoderaron del país las hubo espantosas en Dahomer. La organización militar y muchas de las notas que se atribuyen a los kakuanos están tomadas de Dahomer.—N. del T.)

de sus hombros colgaba una piel de leopardo. Dos cuchilladas certeras acabaron con él.

—«Dos»—exclamó el rey.

Y siguió la matanza, hasta «ciento». ¡Hasta ciento! Y nosotros horrorizados, impotentes para acabar la horrible carnicería, desesperados. En las filas, algunos guerreros, con los nervios agotados, locos de terror, se desplomaban pesadamente a la proximidad de las hechiceras. No podía más y cerré los ojos. Cerca de la media noche disminuyó la matanza. Las hechiceras, rendidas, agrupadas en torno del rey, se enjugaban el sudor. Respiré con fruición pensando que la espantosa escena había terminado. Pero de pronto vimos a Gagula de pie, apoyada en un bastón, dando pasos temblorosos que hacían vacilar su cráneo calvo de buitre. Era una visión aterradora la de aquel monstruo, que se dirigió a las filas para reanudar por su cuenta el siniestro ejercicio. Pero procedía de otra manera. En vez de bailar andaba a pasos cortos cantando en voz baja y triste, como para darse ánimo. Después de largo rato avanzó hacia un anciano, otro oficial, y le tocó con la punta del palo. Un murmullo de dolor, de indignación contenida, corrió entre sus soldados. Pero todavía hubo dos que lo sujetaron y lo condujeron al sacrificio. Después supimos que era un jefe rico y de gran prestigio, primo hermano del rey. Sucumbió en un instante, y Tuala contó «ciento uno».

Continuando su ronda Gagula vino hacia donde estábamos, muy despacio, muy quedo, con una expresión que helaba de terror.

—¡Vive Dios!—murmuró el capitán—. ¡Ahora se va a meter con nosotros!

—No temas—contestó Curtis, palideciendo.

Sudor mortal me corrió por la frente. Gagula, cada vez más cerca, seguía avanzando, con los ojos fuera de la órbitas. Por fin se detuvo cerca de nosotros, y los labios cubiertos de espuma.

—¿A quién va a elegir?—dijo Curtis.

Como contestando a la pregunta, dió Gagula un salto y tocó a Umbopa (o Ignosi) en el hombro, mientras gritaba:

—¡Muere! ¡Muere! Este perro está lleno de infamias. Lo huelo en su sangre. ¡Mátalo, rey, mátalo, si no quieades que su culpa caiga sobre todo el reino!...

Se hizo un silencio mortal. Sin saber cómo (porque ya he dicho que soy cobarde), me puse delante de Tuala y le hablé con altanera energía:

—Este hombre es un servidor nuestro, y quien se mueva contra él es como si se atreviese contra nosotros mismos. ¡Por la ley de la hospitalidad que los reyes deben cumplir, te exijo que dejes a ese hombre!

Tuala frunció el entrecejo:

—Gagula—contestó—, la madre de las Isanisis ha sentido la traición en su sangre y ha de morir sin remedio!

Di una furiosa patada en el suelo y grité:

—¡Quien va a morir es el primero que se atreva a tocarle!

—¡Cogedlo!—mandó Tuala a los verdugos suspensos, chorreando sangre.

Dos de ellos vinieron vacilantes hacia nosotros. Ignosi levantó la azagaya, dispuesto a defenderse.

—¡Atrás!—rugí como un trueno—. ¡Tocad a ese hombre, y vosotros, la hechicera y el rey, morís en el acto!

Bruscamente, apunté con el revólver a Tuala. Curtis hizo lo mismo con uno de los verdugos, y John encañonó a Gagula. Hubo un instante de asombro mortal.

—¡Decidete, Tuala!—grité, casi rozándole la frente con el cañón.

El infame, despavorido, dijo al fin con voz sorda:

—¡Guardaos los tubos mágicos! No por miedo a vosotros, sino por respeto a la

hospitalidad, perdono la vida a ese hombre... ¡Id en paz!

—Está bien—dije desdeñosamente—. Y ten por seguro que contra los hijos de las estrellas nada pueden los hijos de la tierra.

El rey, trémulo de furor levantó su lanza. Los regimientos marcharon con un sordo rumor que sonaba a cansancio y fiebre. La explanada quedó desierta al solitario fulgor de las antorchas...

En nuestras chozas, rendidos y excitados, convinimos en la necesidad y la justicia urgentes de sumarnos a la conspiración de Umbopa contra el vil Tuala. Y fumando nerviosamente, decidimos el destronamiento y la muerte del asqueroso tirano.



—XI—

#### NUESTRAS ARTES MAGICAS

De madrugada vino Infandós, como había prometido, con los jefes amigos suyos. La conferencia fué larga y curiosa. Ignosi, invitado a referir su historia y exponer sus derechos al trono de los kakuanas, empezó por quitarse el mandil de pieles, descubriendo la serpiente tatuada alrededor de la cintura. Los jefes, uno tras otro, tomaban el candil y, respetuosamente, examinaban la marca real; luego, sin decir palabra, pasaba la lamparilla al siguiente.

Luego, Ignosi se puso el ceñidor, y relató su extraña vida. Los jefes permanecían callados. Infandós recordó después

los numerosos crímenes de Tuala, las matanzas, e hizo un llamamiento al corazón de los jefes, para que escogiesen entre el monstruo que por codicia o capricho, quitaba la vida, y él que les garantizaba una existencia tranquila. Más, con gran asombro y espanto por parte nuestra, los jefes parecían dudar.

Por último, uno de ellos, un hombrón gigantesco, de blancas melenas, declaró que sí, que la tierra kakuana gemía bajo la opresión de Tuala; su propio hermano acababa de ser una de las víctimas aquella noche. Sin embargo, ¿quién les aseguraba que no iban a levantarse por un impostor? La guerra sería inevitable. Gran número seguirán a Tuala, porque muchos (tanto entre negros como entre

en la manga como un prestidigitador barraca. No había remedio: ¡el milagro de la vida!... Expliqué a mis compañeros ruidoso y peligroso trance en que estamos bambo metidos.

—¡Un milagro!—dijo el capitán John con tranquilidad, después de meditar un instante—. Creo que podremos servir a Quartelmar: diga usted a esos individuos que nos dejen solos.

Abrió la puerta y salieron.

—He pensado—dijo el admirable John— que podemos explotar el eclipse.

Se refería al eclipse de que se enteré al hojear su almanaque náutico, y que aquel mismo día (ya estábamos en la madrugada), a las tres menos veinte de la tarde, debía ser visible en el Africa central.

—¿Quieren un milagro ¡Pue sabí lo tenemos!—decía John con simpática frecuencia—. Sólo tenemos que anunciar a los jefes que, para demostrar la legitimidad de Ignosi y de que deben apoyarlo, nos comprometemos a apagar el sol.

La idea era magnífica, nuestro miedo estaba en que en el almanaque hubiese un error.

—¡Qué va a haber, hombre, qué va a haber!—protestaba John defendiendo a los fueros científicos de su profesión—. El almanaque náutico es una cosa muy seria que no falla nunca. Los eclipses están calculados matemáticamente. No hay nada en el mundo tan puntual como un eclipse.

—Yo creo también—declaró Curtis— que debemos probar fortuna con el eclipse.

—Pues, ¡vaya por el eclipse!—concluí.

Mandamos llamar a los jefes. Cuando entraron cerré la puerta con sombrío aire de misterio y les comuniqué, majestuosamente, que a los hombros de las estrellas nos contrarrestaba perturbar el orden natural de las cosas, pero por tratarse de una grande y justa causa, romperíamos nuestras costumbres para hacer un milagro. Y añadí solemnemente.

—¡Ilustres guerreros kakuanas! ¡Creed que un hombre es capaz de soplar el sol y apagarlo!

Los jefes se miraron en silencio y luego clavaron sus ojos en mí con infinito asombro.

—No—dijo uno de ellos—. Es imposible porque el sol es más fuerte que toda la tierra.

—Esa es la verdad; sin embargo, mañana, después del mediodía, nosotros «apagaremos el sol» durante una hora y llenaremos la tierra de tinieblas. Esta será la prueba de que Ignosi es el verdadero rey de los kakuanas.

El caudillo de las melenas levantó el brazo sconi asombro infinito.

—¡Oh, gentes de las estrellas, maestros del gran saber, ese milagro será más que suficiente para convencernos!

—Tendréis el milagro. Y tú, Infandós, que eres razonable, dínos qué momento será mejor para que apaguemos el sol.

—Gran señor, me parece demasiado terrible el milagro que nos prometéis. Creo que el momento mejor sería el de «la Danza de las Flores», al comenzar la tarde. Las muchachas más lindas de Lu bailan en presencia del rey. Y la que Tuala indique como más hermosa, será sacrificada por Scragga, en sacrificio a los «Silenciosos», las figuras de piedra que vigilan desde las montañas lejanas. ¡Apagad el sol en ese instante, salvad a la muchacha y el pueblo creará!

—¡Eso: el pueblo creará!—dijeron los jefes a coro.

—Cerca de Lu—prosiguió Infandós—, en la colina en forma de media luna que habéis visto, hay una fortaleza en la que están acuartelados mi regimiento y otros tres de estos jefes. Podremos hacer que esta misma mañana vayan a reforzar a aquéllos algunos regimientos más que me son fieles. Y si mis señores apagan el sol

blancos) se acercan al sol que más calienta. Por lo tanto, necesitaban una prueba consciente.

—Si Ignosi es el rey legítimo—terminó el jefe—, que los hombres venidos de las estrellas lo demuestren con milagro. Sólo así el pueblo tendrá la fe necesaria para empuñar las armas.

—Pero, ¿y la serpiente?—dije yo—. ¿Queréis más?

—La serpiente pudo ser tatuada cuando ese hombre era crecido... Necesitamos un milagro. Ni el pueblo ni nosotros haremos nada sin una prueba.

Nuestra situación era tan terrible como grotesca. Nos ocurría lo peor que nos podía pasar. ¡Nos habían tomado verdaderamente en serio! Y exigían un prodigio sobrenatural de tres sencillos mortales que no sabían siquiera escamotear una nuez

me será muy fácil, a favor de la oscuridad, mandar que otras tropas salgan del cuartel de la ciudad y llevarlas a la formación, donde quedarán a punto de emprender la campaña contra Tuala.

—Conformes—dijo yo—. Y marchaos, que tenemos que preparar los espíritus mágicos.

Con grandes reverencias, Infandós y sus colegas se fueron. Comenzaba a clarear.

—Amigos—preguntó con angustia Ignosi apenas salieron—, ¿estáis seguros de haber lo que habéis dicho o son vanas palabras para ganar tiempo?

—No, Umbopa. Creo que ese milagro va a darnos poco trabajo.

—¡Es maravilloso! ¡Nada menos que apagar el sol!... Si llegáis a realizar el milagro, ¿qué no seré yo capaz de hacer por vosotros?

—Desde ahora—dijo seriamente Curtis—debes prometernos que si llegas a ser rey con nuestro apoyo, has de acabar inmediatamente con las hechiceras y con las matanzas infames, no consentir que nadie sea condenado sin pruebas.

—Te prometo, Inkubú—dijo Umbopa—, que en mi reino no habrá ni matanzas festivas ni ejecuciones sin previo juicio. ¿Estás contento?

Curtis le estrechó fuertemente la mano. Dormimos rendidos hasta que Ignosi vino a despertarnos. Nuestra primera preocupación fué mirar el sol. Nunca el astro me había parecido tan brillante ni su luz tan clara. Ni el más leve signo de eclipse.

Nos pusimos las cotas de malla y nos ceñimos los revolvers con bastantes municiones. Al mediodía, marchamos hacia la explanada real, con pasos que la incertidumbre y la proximidad del peligro hacían lentos y pesados.

El enorme patio de armas nos mostró un aspecto nuevo para nosotros. Donde la vispera era todo horror, ahora reinaba la dulzura y la gracia de la juventud. En vez de inmóviles guerreros había multitud de muchachas kakuanas, negras, es verdad, pero graciosas y adornadas de flores. Cada una llevaba ingenuamente una palma verde y un lirio blanco. En los escabeles de honor estaban ya Infandós, Scragga, algunos guardias con altos y emplumados penachos, y la siniestra Gagula. Detrás del grupo real reconocimos a varios de los jefes que la noche anterior estuvieron con nosotros. En las furtivas miradas que nos dirigieron advertimos una profunda inquietud y un secreto recelo. El sol lucía escandalosamente, en la inmensidad del espacio desierto.

Tuala nos recibió con sospechosa cordialidad, mientras clavaba en Umbopa una mirada de rencor.

—¡Hombres de las estrellas, bienvenidos a la danza de las doncellas kakuanas! Es hermosa y grata; pero prefiero el rumor de las lanzas y el olor de la sangre. ¡Mirad en torno vuestro, gente de las estrellas! Y si quisiérais casaros en esta tierra, escoged las más bellas, las que más os gusten.

Yo le atajé:

—Gracias, Tuala; pero los hombres de las estrellas sólo se casan con las mujeres blancas que están en las estrellas... Tuala se sonrió:

—Está bien, está bien... Nosotros tenemos un proverbio que dice: «Aprovecha lo que está cerca, porque lo que está lejos te engaña». Tal vez en las estrellas no sea así.

Un bronco «tam-tam» resonó acompañado por flautas de caña que tres raperos soplaban. Las graciosas hileras de muchachas avanzaron, cantando una melodía muy suave y muy lenta, moviendo las palmas verdes y los lirios blancos. Era un baile bárbaro, pintoresco y vistoso. Las mozas, ora saltaban suavemente, con delicada languidez; ora, divididas y enlazadas,

formando parejas, revoloteaban ligeras; ora separadas en dos únicas y largas filas, simulaban batallas; ora, inclinándose con reverencia, ofrecían los lirios blancos al rey. Después hacían grandes desfiles rítmicos, y el canto adquiría una resonancia triunfal; luego, comenzaban a danzar tan vertiginosamente, que en el aire soleado había una densa lluvia de pétalos blancos.

Una moza esbeltísima avanzó muy despacio mientras las demás se retiraban, y emprendió una danza sorprendente, llena de gracia y agilidad, con movimientos y gestos que traducían admirablemente los más complicados impulsos de un alma tierna, impetuosa y salvaje; a sus giros vertiginosos, todo el cuerpo, envuelto en flores, se desvanecía detrás de un velo irisado y fragante. Por fin, cansada, sonriendo, volvió al grupo y allí se recogió, bajos los ojos, abanicándose con el ramo de lirios. Salió a bailar otra, muy alta y esbelta; y otras muchas le sucedieron todavía; pero ninguna podía compararse a la primera.



El rey hizo un gesto y el tambor enmudeció.

—Gentes de las estrellas—nos dijo—. ¿Cuál os ha parecido más hermosa?

—La primera—contesté yo sin reflexionar.

Y me arrepentí, recordando que la más bella debía morir, sacrificada a los ídolos.

Tuala, con maliciosa sonrisa, nos dijo:

—Veo, gentes de las estrellas, que de esto entendéis tanto como yo mismo. La primera me parece también la más hermosa. Y es una lastima, porque... ¡debe morir!

—¡Sí, sí!—confirmó Gagula.

—¿Morir?—exclamó yo, como si no hiciera caso—. Y eso, ¿por qué? Ha bailado admirablemente; además, es joven, es linda. Sería una crueldad recompensarla ahora con la muerte.

El salvaje mostró una falsa simpatía que me indignaba.

—Yo también lo siento—dijo—. Pero, es la costumbre. Los «Silenciosos», que están vigilando en las montañas, exigen su tributo. Y hay una profecía que dice: «El rey que el día de la Danza no sacrifique a los «Silenciosos» la más hermosa de las doncellas del pueblo, perecerá, con los suyos».

Y dirigiéndose a los guardias reales les ordenó:

—¡Vamos! Traedme a esa muchacha.

Tú, Scragga, prepara la azagaya.

Dos brutos avanzaron hacia la pobre doncella, que deshojada nerviosa un lirio blanco, y que pareció comprender por primera vez lo que le amenazaba, por ser pura y hermosa. Dió un grito y quiso huir. Dos fuertes manazas la sujetaron para arrastrarla, deshecha en lágrimas, a la presencia de Tuala.

—¿Cómo te llamas, hermosa?—le preguntó la infame Gagula—. ¿Contesta? ¿Quieres que el hijo del rey te hiera sin saber tu nombre?

Scragga, como si estuviese impaciente, blandió su azagaya. Al verla, a través de sus lágrimas, la víctima abandonó toda resistencia, sumisa y temblorosa.

Scragga lanzó una risotada bestial.

—¡Ah, canalla! ¡Como yo te coja!...—murmuró el capitán acariciando el revólver.

Gagula, con infernal zalamería, decía a la muchacha:

—¡Sosiégate, hermosa! Dime cómo te llamas. ¡Vamos, hija mía! No temas.

—¡Oh, madre!—balbució ella entre so-

gría tan honda que, todavía al recordarla, me remozca el alma, vi una línea de sombra, muy tenue, tocando el borde del disco solar.

—¡El eclipse! ¡Ya empieza el eclipse!—grité a mis compañeros—. John, no suelte la muchacha, ¡y adelante, con la ayuda de Dios!

Inmediatamente me dirigí al rey.

—Tuala—dijele con firmeza—, los hombres de las estrellas no podemos consentir un crimen como éste. ¡Y no será, aunque se empeñe el mismísimo diablo! Esta muchacha se irá en seguida a su casa.

Tuala se levantó temblando de sorpresa y de cólera. De entre los jefes y los grupos de mujeres brotó un murmullo de asombro y de esperanza.

—¿Y quién eres tú, perro blanco?—rugió el rey, con el ojo brillante como un ascua—. ¿Cómo te atreves a ladrar al león en su cleva? ¡No será! ¿Y quién puede impedirlo? Scragga: ¡mata! ¡Guardias, prended a esos hombres!

Un pelotón de soldados salió de la choza real. Curtis, Umbopa y el capitán (con Fulata agarrada a sus piernas), vinieron a mí lado con las carabinas amartilladas.

Miré al sol. El mordisco sombrío avanzaba lenta y gradualmente. Alcé las manos y grité:

—¡Deteneos! ¡Los hijos de las estrellas vamos a salvar a esa muchacha! Y, ¡ay de vosotros, si os oponéis! Al primer paso apagaremos el sol y sumiremos al mundo en tinieblas.

El efecto fué tremendo. Los soldados se detuvieron y Scragga se quedó inmóvil, con la lanza levantada, como una estatua. Gagula se irguió y sacudiendo con furor los brazos gritó:

—¡Oid a ese mentiroso que quiere apagar el sol como una luz de la tierra! Si lo hace, Fulata será perdonada. Pero si no, ¡que muera con todos esos perros que se han atrevido a ladrar contra ti!

Levanté solemnemente los brazos hacia el sol, y vi que mis compañeros me imitaban. El momento era augusto y terrible. A pesar de mis esfuerzos por mostrar serenidad, la cabeza me daba vueltas. Mis compañeros, más serenos, recitaban versículos del «Antiguo Testamento».

¡Y el sol parecía obedecerles! La mancha oscura y lívida avanzaba. Un inmenso terror agitaba a la muchedumbre. Volví a hablar en kakuana, con inmenso prestigio:

—¡Mira, rey! ¡Y tú también, Gagula! Ved si los hombres de las estrellas pueden apagar el sol. ¡Quisisteis tinieblas eternas, y aquí las tenéis!... ¡Pueblo! ¡Pueblo kakuana: el sol va a morir!...

En el silencio lúgubre comenzaban a resonar gritos de horror. Las mujeres de rodillas, lloraban, implorando misericordia. El rey temblaba. Pero el maldito eclipse proseguía muy lento, con astronómica regularidad, sin hacer caso de nuestra impaciencia, apenas había desaparecido una quinta parte del disco solar. Era poco. Las anunciadas tinieblas aun no asomaban por ninguna parte, y yo había agotado ya mi repertorio de exclamaciones fatidicas.

—¡John, por Dios, diga usted cualquier cosa, en inglés! La cuestión es entretener a esos cafres.

El capitán me lanzó una mirada de apuro; pensó un momento; miró al sol y apurando su honrada y estéril imaginación de hombre práctico, empezó por fin a recitar con énfasis:

—«Muy señor mío y distinguido amigo: El motivo de escribirle es...»

¡Excelente John! La carta era interminable. Hablaba de «pedidos» y «envíos» y de no sé qué otras vulgaridades. De pronto, resonó la voz silbante de Gagula:

**CONTINUARA**

# SAHONA

Reina de la Selva

Por W. MORGAN THOMAS

LA HORDA DE MONGOLES LLEGO AL FIN A UN VALLE OCULTO EN EL QUE CREYERON HALLAR UN REFUGIO CONTRA LA MUERTE LENTA QUE PADECÍAN EN EL ÁFRICA TROPICAL.



REUNIENDO LOS RESTOS DE SU LEGIÓN, EL JEFE GUIÓ A SUS HOMBRES HACIA EL FRESCO VALLE...



PERO AUN ALLÍ LA LUCHA NO HABÍA TERMINADO, PUES CENTENARES DE ABORÍGENES SALIERON DE LA MALEZA Y ATACARON A LOS TARTAROS...



UNA VEZ MÁS, LOS NÓRDICOS FUERON CONQUISTADORES ANIMADOS POR EL DESEO DE APODERARSE DEL VALLE, Y LUCHARON DESESPERADAMENTE HASTA TRIUNFAR.



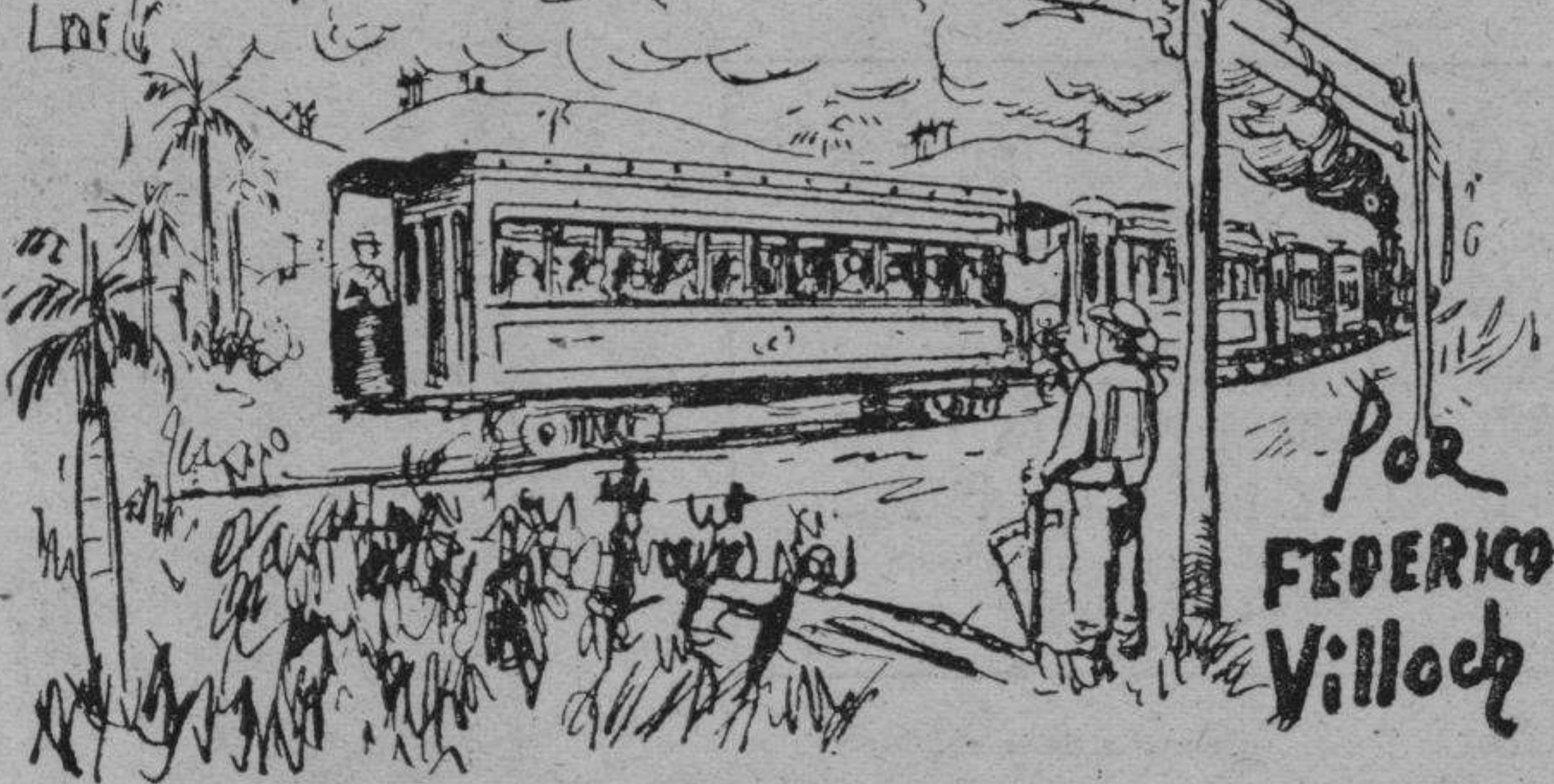
DESPUÉS DE LA VICTORIA, SE ESTABLECIERON DEFINITIVAMENTE ALLÍ Y MEZCLÁNDOSE CON LOS NATIVOS QUE HABÍAN CAPTURADO, FUNDARON UNA TRIBU DE SU PROPIA RAZA...



ESTA ES LA ÚNICA ALDEA QUE QUEDA DEL PEQUEÑO IMPERIO QUE FUNDARON Y ESTÁ LLENA DE RELIQUIAS DE LA CIVILIZACIÓN ORIENTAL QUE TRAJERON DE PERSIA Y OTROS PAÍSES POR DONDE PASARON. "PERO, SAHONA ¿QUIÉN ES SAHONA?"-PREGUNTÓ BOB AL CURANDERO. "ESA ES OTRA HISTORIA"-RESPONDIÓ EL ANCIANO BRUJO-"Y AHORA OS LA VOY A NARRAR..."

Editorial Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

DE LA HABANA  
A MATANZAS

—Mira, abuela, ahora está llegando el vaporcito de Regla.

—Y decían ustedes que no llegaríamos nunca; janas de hablar.

—Vean si ven por ahí a «Sambullo», el maletero, que es el que nos carga siempre... Mírenlo, allí está... Toma, Herminia, este centén; y ve allí al café de Luz para que te pongan en una cajita una libra de jamón en dulce; y seis «Pios Nonos», y una panetela grande, para la tía Javiera; y págale al cochero; y cómprame dos «vigésimos» en la vidriera de cigarros y billetes de la esquina; y fíjate que te tienen que dar doce pesos cincuenta centavos billetes por el centén.

—Córrese, señora, con cincuenta centavos, por la paradita del perro.

—Bueno, dáselos Herminia.

—Abuelita, que este cochero nos venga a esperar el lunes que viene, por la tarde.

—Si le llega el caballo al lunes que viene, que venga.

—Veniremos. Más vale mal conocido...

—¿Lo dice por nosotras?

—Por ambos a dos, señora.

—¿Cómo tarda la mulatica esa!... Ve tú llevando la maleta para el vapor «Sambullo».

—Ya viene Herminia.

—¿Cómo me das siete pesos cuarenta centavos nada más, mulata?

—Saque la cuenta, Doña Manena.

—Jamón, peso y medio; cinco «Pios Nonos», cincuenta centavos; panetela, cuarenta; billetes, dos pesos; y cincuenta centavos el cochero... Cuatro noventa, a doce pesos y medio, tienen que devolverte siete sesenta y me traes aquí cuarenta nada más; te faltan veinte centavos... Camina que te lo den.

—Abuelita, que se va a ir el vaporcito.

—Señora, dice el billettero que se había equivocado y que dispense.

—¿Miten cómo va gente a veranear al campo!

—¿Y esos coches de lujo, abuela!

—Los de los Condes de Jaruco; de Jibacoa; de los Marqueses de Chacón y Calderón; los de los Armenteros; los de Duraño; los de la familia de Fernández de Castro; de la de Averbhoff, etc., etc., que tienen sus ingenios y sus fincas en este trayecto de la Habana a Matanzas, por el ferrocarril de la Bahía.

—¿Qué fresco hay en la bahía, abuela!

—¿Y ese vapor tan grande, Doña Manena?

—Ese es el vapor correo «Alfonso XII», que llegó de España esta mañana.

—¿El barco que trae las pipas de vino, y las ristras de cebollas?

—Y los nombramientos; y las cesantías.

—Ya llegamos a Fesser.

—Dos pasajes de segunda: uno entero; y dos medio, para Matanzas.

—De segunda son los carros con los cojines de hule, ¿verdad, abuela?

—Ya está tocando el chino la campanilla de salida.

—Me alegraría que viniera de conductor Pancho Casas, porque ese no se anda fijando en si ustedes pasan o de los siete años... o si no, Villegas, que también es bueno... Pero no ¡ay Dios mío! que el que viene es Cacho Negrete, que es un rabioso del demonio... Herminia, encoje un poco esas piernas tan larguiruchas que tienes... y tú, Lucasita, mira para el campo, para que no se fije mucho en tí...

—¿Y no pasará nada en el viaje, señora?

—Según el maquinista que llevemos. Si es el gallego Montero, vamos bien, porque ese es muy precavido; y Cayetano o Pepe Sopo, también; pero si es Domingo Valladares, que le dicen «Botijita», a lo mejor descarrilamos, porque le gusta correr como al diablo... Deja asomarme a ver... ¡Virgen de la Candelaria, llevámonos a «Botijita»!

—¿Cuánto tarda el tren en llegar a una estación, abuela!

—Sí; este es el tramo más largo del viaje: de Regla a Minas. Mira, ya llegamos. Aquí no se embarcan más que botijas de leche.

—Campo Florido.

—Fíjese, señora, cómo se huele desde aquí el café con leche que despachan en la cantina.

—Como que es famoso el café con leche de Campo Florido. Dile ahí a uno, Herminia, que te alcance una taza de café con leche.

—Tómalo pronto, abuelita, que se va el tren.

—¿Pero, hijita, si está tan caliente, que no puedo ni acercármelo a la boca!

—¿Qué nombre más bonito el de esta estación! ¿verdad, abuela?... Campo Florido... ¡Mira qué bonito el río ese con su puente, que parece de un nacimiento de Noche Buena!

—¿Qué alto cruza el tren, abuela!... Si se cae desde aquí, no queda uno para contarlo... (¿Cómo puedes suponer, niña inocente, que un día caerá este propio tren en que vas, desde esta altura, volado por una bomba de dinamita en una guerra histórica, y que serán las primeras víctimas, precisamente, esos dos maquinistas, Montero y Sopo, que acaba de nombrar tu abuela? ¡Corren los trenes; y corren los tiempos!)

—Y aquí en San Miguel también hay botijas de leche, abuela.

—Aquí más que en ninguna estación; todas esas que están desembarcando ahora, mañana vuelven para la Habana llenas de leche.

—Ese caserón que se ve ahí enfrente, ¿qué es, señora?

—Ese es el Ingenio de Don Sebastián Ula-cia... Mira, de ese señor que acaba de apearse ahora del carro de tercera, y que va hablando con aquel guajiro...

—¡Ay, abuela, si más que amo de ingeniero, parece por la ropa un albañil o un carpintero!...

—Porque es así, hijita, muy campechano, sin pretensiones, y dicen que es muy bueno y muy caritativo.

(También, ¡oh, niña, tendrá su fin trágico este hombre bueno y campechano que te llama la atención, al correr de los tiempos!).

—¡Mira, abuelita, qué cascada más linda esa que está corriendo allá abajo!

—Esos son «los chorrillos de Jaruco».

—¿Ahí se hacen los cigarrillos de los Chorrillos, señora?

—No; más arriba.

—¿Dónde está más arriba, Doña Manena?

—En la Habana, burra.

—Jaruco... Eso sí yo lo sé, abuela, por mi Historia del Colegio, que fundó la ciudad Doña Teresa Beltrán de Santa Cruz, que luego se tituló Condesa de Jaruco.

—Oiga, señora: dice Lucasita que ciudad, ¿ciudad un pueblo de campo?...

—Ciudad es un calificativo, un título de honor, muchacha.

—¡Ah! ¿Y Pijirigua, donde yo nací?

—¿Y ese tinglado, señora?

—Este es el apeadero de los ingenios «Lotería» y «Catmen», de Don Pedro Fernández de Castro.

—¿Y ese trencito de caballos, abuela!

—Para llevar la familia al ingenio.

—Mire, niña, se parecen a los cochecitos que hay en el Parque.

—Bainoa. ¡Miren cuántos quesos y cuántos dulces de guayaba! Compra una pasta, abuelita.

—Que te den una, y un queso. Aquí hay tantos guayabales, y es tan penetrante su perfume, que por la noche, cuando se duerme la gente, todo el mundo se cree que está comiendo dulce de guayaba.

—Y quisiera vivir aquí, Doña Manena.

—Y amanecerías todas las mañanas con una indigestión.

—¿Usted no se ha fijado, señora, que todos los pueblos de este camino tienen un olor especial? Minas y Campo Florido huelen a requesón; San Miguel a azúcar, y Bainoa a guayaba.

—Parece mentira que con esas narices chatas, tengas tan buen olfato, muchacha.

—Aguacate.

—Esto huele a guacamoles.

—El guarda-almacén de esta estación se llama don Mauricio Caballero; se sacó el año pasado un pedazo del premio gordo de la lotería colorada, y también un pobre reparador de la línea, quien al enterarse de la noticia arrojó las llaves, la mandarría y todo lo que llevaba a cuestras, y continuó su viaje sentado muy orgulloso en un coche de primera clase... Era el número del billete 13309. (2).

—Quizás abuela, si tú también te saques el premio gordo con los dos pedazos que compraste en Luz.

—Todos somos hijos de Dios.

—¿Y esos ingenios, abuela?

—Aquel de allá lejos es el «Antonia», de los Averbhoff; y este al lado del paradero, el «Rosario», de Pelayo; te tiene una gran casa y una frondosa arboleda. (3).

—Miren, miren cómo corre este maquinista de los demonios, y cómo toca el pito de la máquina continuamente; y cómo van los carros saltando y dando bandazos a pique de saltar de la línea y hacerse añicos!... Este trayecto se llama del «Puente de Calderón», porque aquí cerca se levanta el famoso

(Continúa en la pág. DIEZ Y SEIS)

**D**ATE prisa, abuela, mira que van a dar las tres, y el último vapor sale del Muelle de Luz a las cuatro menos cuarto, para coger el tren de Matanzas, que sale de Regla a las cuatro y diez.

—Esta nieta anda siempre con apurillos.

—Yo ya estoy lista desde el mediodía.

—Hay tiempo para todo, Lucasita; y además, que yo no voy hasta que la mulatica Herminia no me traiga mis panes de gloria, que ha ido a comprarlos ahí al «Guanche», en la esquina de Belascoáin. A mí no me gustan más que esos del «Guanche», y si no los llevo, los voy a extrañar en Matanzas.

—Ya llegó Herminia con el pan de gloria.

—Bueno, que vaya a llamar un coche.

—¿Tú crees, abuelita, que Moncha y tía Javiera nos estén esperando en el paradero de Matanzas?

—Yo les he escrito que vamos hoy en el tren de la tarde, así que creo que vayan a esperarnos.

—¿Qué buena temporada vamos a pasar en el potrero del tío Santiago, en La Cidral!

—Aquí está el coche, doña Manena.

—¿Pero este demonio de Herminia, que siempre ha de llamar el primer arrastrapanza que se encuentra? ¿Usted cree, cochero, que vamos a llegar hoy al Muelle de Luz, con ese caballo flaco que parece un violín?

—Señora, no creerá usted que por cuarenta centavos billete le vayan a poner el caballo de la bomba.

—El caballo de la bomba, no; pero bien podía ponerse usted un saco más limpio y un sombrero sin tantos agujeros.

—Usted se calla, molaticia relambida.

—Mulatica, pero no de su cocina.

—Vamos, Herminia, mete las maletas y los bultos; y deja quieto al gallego.

—¿No tienen ustedes más borujones?

—Falta el perrito.

—A ver si me hace una gracia ahí dentro, y me echa a perder la alfombra del coche.

—Mire que llámale alfombra a ese pedazo de saco.

—Además, les azvierzo que en el tren no se admiten perros.

—No; es que ahora cuando bajemos por Luz, se lo vamos a dejar a Tomasa la lavandera, para que lo cuide hasta que volvamos.

—¿De modo, señora, que tengo que hacer parada en Luz?

—¿Y esos cañonazos que están tirando, abuelita?

—Saludando el nacimiento del Príncipe de Asturias. Cuando sea Rey llamará Alfonso XIII. (1)

—¿Sabe Dios lo que le espera al mocha-chito!

—Bueno, arre, que se nos va a hacer tarde.

—Pero ¡ay! abuela, cómo brinca este coche!

—No es el coche, señorita; son los baches, que no los coje el Ayuntamiento.

—¿Cuánto tardaremos a este paso, cochero?

—Pues eche usted la cuenta, de Neptuno y Escobar al Muelle de Luz, sus tres cuartos de hora.

—Lo justo para alcanzar al vapor.

—¿Pero déle cuero al caballo!

—No; si aunque le ponga usted banderillas; es que me han cogido ustedes al caer la muda, y no dá más de sí el animal.

—Cada vez va usted más despacio.

—No, y como diga a pararse, tienen ustedes que cambiar de coche.

—Esta Herminia del demonio, que siempre llama al coche más malo.

—No crea usted que hay muchos mejores, señora.

—Abuelita ¿qué es «La Hebra», que dice en ese anuncio de teatro?

—Una ópera que ponen esta noche en Tación.

—¿Y qué quiere decir Hebra, señora?

—Judía.

—¿Los judíos ¡ay! qué horror!...

# Los Peregrinajes a la Meca y al Califato del REY FAROUK

CUANDO MUSSOLINI SE DECLARÓ "PROTECTOR DE LOS MAHOMETANOS", INGLATERRA DIO UN SALTO Y SE PUSO A TRABAJAR EN SILENCIO. AHORA PRETENDE GANARLE LA PARTIDA AL "DUCE" ACLAMANDO AL REY FAROUK DE EGIPTO, CALIFA DE SU RELIGION. LA GUERRA SANTA Y LAS PEREGRINACIONES DE LA "MAHMAL" Y LA "KISWA" DEL CAIRO A LA MECA

EN 1937 se reanudó una tradición que había estado suspendida durante diez años: la de la procesión «Mahmal», que cada año parte del Cairo para la Meca. Se trata de una litera profusamente decorada, la cual viaja a lomo de camello con la «Kiswa» (alfombra sagrada) que en otra época elaboraba Egipto cada año y que se destinaba a cubrir la tumba de Mahoma, en la peregrinación anual a la capilla más venerada del mundo mahometano.

Desde muy temprano, en la mañana, miles de egipcios se sitúan en la ruta que ha de seguir la caravana. Y el ejército toma parte en la manifestación y su presencia es saludada con una salva de 21 cañonazos, que coincide

con la puesta en marcha de la comitiva.

El camello en que viaja la litera toma la delantera y tras él son colocados otros cinco dromerarios llevando flautistas. Después viene la «Kiswa», de complicado tejido, bordada con letras de oro. Cuando termina la parada militar, comienza el desfile hacia la mezquita de Saiyidna I-Husein, de donde la «Mahmal» y la «Kiswa» partirán para Suez.

El camello que conduce la litera «Mahmal» irá a la Meca. Y nadie se puede montar en él, sino que es conducido por la brida. Retornará al Cairo con la «Mahmal» y nunca se le hará trabajar.

En otras épocas la jornada hasta la Meca se hacía a lomo de camellos, formando una grande y pintoresca caravana, pero en esta época esos viajes resultan inconvenientes por



LA CARAVANA «MAHMAL» HACE SU PEREGRINAJE DE EL CAIRO A LA MECA

He aquí la caravana «Mahmal», preparándose en El Cairo, capital de Egipto, para su peregrinación anual a la Meca, ciudad sagrada del mundo islámico. El rey de Egipto, Farouk, aclamado recientemente como Califa de la religión, acude a la ceremonia de la partida.

lo que se utilizan medios más modernos de locomoción. Ahora la litera y la alfombra sagradas, irán hasta Suez por tren, allí se las embarcará en un vapor que las conduce a través del mar Rojo, y la última etapa del viaje, desde Jeddah a la Meca, la harán en automóvil.

Dice la tradición que la «Mahmal» fue originalmente la litera de la reina egipcia Shagaret edDurr, quien hizo innumerables peregrinaciones a la Meca en grandes caravanas que superaban en esplendor las de las principales princesas mahometanas. Y cuando esa reina murió las autoridades egipcias continuaron la costumbre hasta que hace unos doce años surgió una disputa entre los dos gobiernos—de Egipto y de Heyaz—y los egipcios renunciaron a continuar tomando parte en las sagradas ceremonias. Cuando, hace unos tres años, se restableció la armonía entre los dos estados, la tradición se restableció.

Aunque ciertos detalles de la ceremonia y los medios utilizados para la transportación de la litera y la alfombra sagrada hayan sido

pepándose y entredándose las tres con sus malletas, sus lios, sus paquetes, su cartucho de pan de gloria, sus cajas de dulce de guayaba y sus quesos de Banoa, chorreando crema; y son recibidas con estrechos y cariñosos abrazos por la tía Javiera, hija mayor de la abuelita; y la llamada Moncha; y muy satisfechas todas de haber rendido en menos de tres horas y sin novedad, su viaje «De la Habana a Matanzas. Por el Ferrocarril de la Bahía.

(1) 17 de mayo de 1886.

(2) Verídico.

(3) Hoy pertenece a la compañía de «Hershey». En su principio fué el ingenio Moralitos, del Marqués de Morales.

(4) Convertidos hoy en grandes colonias de caña.

cambiados, la significación religiosa y sigue en pie. Y no cabe duda que Inglaterra ha visto con muy buenos ojos la reanudación de una ceremonia que, aunque parezca que está hasta cierto punto ligada a su historia en los viejos parajes donde se escucha que se viviera—la mayor parte de la alfombra sagrada. Por algo el rey Farouk ha tomado su candidatura para el puesto de Califa de la secta mahometana, un movimiento que caminado a neutralizar primero y después las incursiones de Mussolini en las

Sabido es que Mussolini se proclamó protector de los árabes con la intención de levantar el resentimiento de los árabes contra Inglaterra en Palestina y otras regiones. Y se dice que había buscado un árabe amigo para establecerse como Califa, un puesto que había estado vacante desde que Kemal Atatürk, el líder recientemente fallecido, abolió el califato en 1924.

Los sultanes de Turquía eran al mismo tiempo los califas islámicos, y en esta tradición el sultán Abdul-Hamid, emperador de la secta, declaró la Guerra Santa contra los aliados al entrar en la guerra mundial en el otoño de 1914, del lado de Alemania. No se puede decir que la Guerra Santa viera éxito, pero Inglaterra y Francia se vieron que hacer toda clase de esfuerzos evitar que sus 106.000.000 de mahometanos les causaran quebrantos.

Con el fin de evitar otra Guerra Santa pudiera tener más éxito que la pasada—temida nueva conflagración europea—se acordó a estallar—el joven rey Farouk, aliado de Inglaterra y mahometano pío, ha sido acompañado por quinientos oficiales egipcios nuevos alifas del mahometanismo. Como por consecuencia, el Emir Husein de Yemen y los otros emires Feisal y Khaled de la Arabia Sur—los tres muy poderosos entre los árabes—presenciaron la aclamación.

## Viejas Postales Descoloridas

(Viene de la pág. QUINCE)

cafetal «Santa Teresa», del Marqués de Casa Calderón... Y aquí ocurrió no hace muchos años un horrible descarrilamiento, precisamente de este tren en que ahora vamos, y al que se le echó encima otro tren de Villanueva, que venía detrás... y del que se conserva en la Ermita del Monserrate en Matanzas un cuadro al óleo, ofrecido a aquella santa y milagrosa Virgen, como voto y recuerdo, por uno de los pocos pasajeros que salvaron la vida en la catástrofe!...

Y todo esto se lo dice in mentem la abuela, cerrados los ojos y fuertemente agarrada a los brazos de su asiento, porque ni a gritos que hablara se le pudiera oír, entre el ensordecedor estruendo que forma el tren al desatarse en desenfrenada carrera, vía abajo, por entre aquellas altas excavaciones y profundos derriscaderos... La voz de su nieta Lucésita la llama otra vez a la realidad del presente viaje.

—Mira, abuela, mira qué pueblecito más lindo ese que se ve allá abajo, con su cementerio, su iglesia, sus calles, sus casitas, sus platanales...

—Muy lindo, mi nieta, sí, ese el pueblecito de la Mocha, con su iglesia de la Virgen de la Candelaria, la que invoqué desde un principio, pidiéndole que nos protegiera en este viaje. Gracias, Virgen milagrosa, gracias por éste y por todos los viajes de mi vida.

—¿Y aquella loma grande que se ve allá lejos, abuela?

—Ese es el «Pan de Matanzas».

—¿No verdad, señora, que parece una hogaza grande de a peseta?

—¿Y la otra loma, abuela?

—Esa se llama «El Palenque». En las faldas de esas lomas hay tres ingenios muy nombrados: el «San José de Cuanabaco», de don José María Gálvez; el «Santa Elena», de Torriente; y «El Pan», de don Ramón de Zanetti. (4).

—Esta otra es una estación chiquita, con un ingenio muy grande.

—La estación se llama «Benavides», y el ingenio, «Central China», de los primeros que empezaron en Cuba a denominarse «Centrales».

Y ya entra el tren, conducido por el dinámico y jovial «Botijita», que no cesa de tocar el pito de su veloz locomotora como un prolongado y jubiloso saludo de llegada, en el ancho y pintoresco valle, en cuyo fondo, surgiendo del seno de una atmósfera azulada—emanaciones de sus ríos—se va destacando, como en una decoración disolvente, la bella ciudad del San Juan y el Yumurí, con la Ermita de Monserrate, allá, en la cúspide de una empinada loma; la alta torre de su iglesia parroquial de San Carlos; la gran cúpula de la capilla central de su Cementerio... Y ya descienden en su estación—que entonces no era ni con mucho el elegante edificio que fué más tarde, de cantería, estilo americano, pintado de manera que luciese como fabricado de ladrillos rojos; sino un vasto y destartado barracón de madera y tejas, que hacía las veces de estación provisional, en tanto se diera fin a la que allí junto se estaba fabricando—y ya desembarcan, decíamos, Doña Manena, la abuelita; Lucésita, su nieta; y la mulatita Herminia, la criada; tro-

# Desde hace XVI siglos el mundo toma TE

Los miembros de la Comisión de Expertos en Té de los Estados Unidos, seleccionados por el Secretario de Agricultura, Wallace, para determinar el grado de los que pueden ser importados a los Estados Unidos, han sido retratados cuando iniciaban su tarea en Nueva York. Los Estados Unidos son el único país del mundo que tiene una comisión semejante.



Cuarenta millones de ingleses consumen diariamente doscientos setenta millones de tazas de la popular infusión.—El té no es bebida de afeminados, sino muy conveniente para los atletas.—Un libro sobre la historia del té que tiene 1,152 páginas y 1,700 ilustraciones, y cuesta 25 dólares.—A un filósofo chino y a un profeta indio, se achaca el descubrimiento de sus propiedades vigorizantes.

malos, no tengan entrada en los Estados Unidos.

Cada año el Secretario de Agricultura selecciona siete expertos de la Comisión Nortamericana del Té, quienes tienen a su cargo el determinar, incluso por el procedimiento

de ingerirlo, cuáles son los tés que pueden ser importados y cuáles no alcanzan el grado de bondad que en esa materia requieren los Estados Unidos para sus ciudadanos. Mediante el pago de cincuenta dólares y los gastos, siete comerciantes en té, procedentes de distintas

poblaciones de los Estados Unidos, acuden a la ciudad de Nueva York donde, en un laboratorio del Edificio Federal de Valuaciones, tocan, pulverizan y prueban el té para llegar a una conclusión sobre su calidad y pureza. Naturalmente, es posible que alguno de ellos no quisiera abandonar sus importantes intereses y negocios por una suma tan exigua, pero es obligado responder a la llamada del Estado, de la misma manera que lo hacen los jurados en este país o los soldados donde existe el servicio militar obligatorio.

Hace unos tres años se publicó en Nueva York una obra en dos volúmenes, 1152 páginas y 1700 ilustraciones, titulada «Todo sobre el té». La edición fue limitada, y el precio... ¡de 25 dólares!

Se asegura que el libro recoge todo lo que, en materia de té, se haya podido decir en el mundo desde que, hace mil seiscientos años, se tuvo noticia de su existencia. ¿Cómo y por qué comenzó el hombre a ingerir esa rica infusión que tanto se ha popularizado en Inglaterra? Entre las leyendas que se refieren, están las siguientes:

Un filósofo chino usaba troncos y ramas de una planta de té para hervir el agua de un caldero. Un día algunas hojas cayeron dentro y la fragancia de la infusión lo tentó a probarla. ¡Era delicioso y vigorizante! Y entusiasmado dió cuenta de su descubrimiento a los vecinos.

Otra leyenda pretende que hace mil quinientos años, el profeta Bodhirharma hizo viaje de la India a China, sin que nunca abriera los labios para hablar. Cuando llegó a China anunció que no dormiría en nueve años, tiempo que dedicaría a pensar en las virtudes de Buda.

Durante tres años se sentó, despierto, detrás de una muralla de piedra, pero, al cabo, una noche se quedó dormido.

Cuando despertó, se puso furioso, y jurando que no volvería a dormirse en los seis años restantes se cortó los párpados con una afilada navaja.

Otros cinco años pasaron y otra vez se quedó dormido. Desesperado comenzó a arrancar las hojas y las ramas de una planta que crecía a su lado y resultó ser de té.

Bodhirharma fue inmediatamente estimulado por el jugo tánico de la planta. Entonces bendijo las hojas que tenía en la mano y terminó sus nueve años de vigilia, fuerte y reconfortado.



LA CONFERENCIA DE LONDRES.—El Rabi Stephen Wise, de New York (izquierda) aparece con el Secretario de las Colonias, Malcom Mc Donald, antes de la apertura de la Conferencia de Londres, en la que se trata de resolver el problema de árabes y hebreos en Palestina.

El té se consume cada día más en los Estados Unidos y pudiera decirse también que en el resto del mundo. Los ingleses gustan de beber, y el té constituye su bebida favorita. Cada veinticuatro horas, los británicos ingieren doscientos setenta millones de tazas de té, un promedio de más de seis tazas diarias por cada persona, joven o vieja, que vive en su territorio. Los ingleses consumen más de la mitad del té que se produce en el mundo.

Los norteamericanos quieren tomar también té, que no es una bebida afeminada, según pretenden algunos, sino una infusión que se recomienda para los atletas. Recientemente se ha iniciado una campaña de anuncio destinada a poner ante los ojos de los yanquis todos los beneficios que les proporcionará el té. Naturalmente, esa campaña que costará este año un millón de dólares, será pagada por compañías exportadoras inglesas y holandesas, que controlan el té procedente de la India y Ceilán y de Java y Sumatra. Pero habrá que decir que los productores japoneses se beneficiarán también con ella sin que cueste un solo céntimo.

Los mencionados países anglo-holandeses producen el 85 por ciento del té que consume el mundo fuera de China. De este té, 80 millones de libras vienen cada año a los Estados Unidos, que pagan por él diez y seis millones de dólares.

Hasta hace poco más de cien años, el té de esos países se desconocía en el resto del mundo y era China—que todavía produce más té que todos los demás territorios colonizados—la que abastecía al exterior. En 1826 Holanda comenzó a hacer experimentos en Java y ocho años más tarde los ingleses empezaron también a investigar las posibilidades del té en la India. Y no pasó mucho tiempo antes de que los ingleses prefirieran el té negro y fermentado de los nuevos productores, al verde y sin fermentar de la tierra de Confucio.

En los Estados Unidos, los esfuerzos de los productores del té han sido tremendos en los últimos años y han comprendido todos los procedimientos conocidos. El Bureau de la India ha llenado las droguerías norteamericanas de muestras gratis, y hasta lo servido sin costo alguno, por las tardes, a la manera de Inglaterra. Y el gobierno nortamericano lo ha auxiliado en sus propósitos reglamentando la calidad del té, de manera que ciertos productores baratos, pero



**S**E dice que Herman Goering y Adolfo Hitler están siempre identificados. Se asegura, inclusive, que sin el aliento del otro, ni Hitler ni el jefe de sus fuerzas aéreas se hubieran atrevido a dar todos los pasos decisivos—para Alemania y para el mundo—que han dado en los últimos tiempos. Sin embargo, nada más distinto que la atmósfera en que uno y otro vieron transcurrir su niñez.

Hitler era el hijo de un minúsculo empleado de Aduana cuyo sueldo se evaporaba demasiado rápidamente en medicinas para su mujer enferma y comestibles para su familia numerosa. El padre de Goering, en cambio, había sido escogido por Mismark para la Comisaría de la primera colonia alemana del Africa del Sur y se había batido como oficial del arma de caballería en las guerras de 1866 y 1870. Todos los hechos heroicos que su padre le contaba al pequeño Hermann, fueron grabándose en su imaginación y su espíritu hasta el punto de que a los quince años ya realizaba, a su vez, actos de heroísmo que admiraban a todo el mundo. Por esa época, habiéndose dislocado un hombre en la peligrosa ascensión del Mont Blanc, se empeñó en subir en esa condición hasta los picos más altos y no hubo manera de hacerlo desistir de su propósito.

Tras de haber atendido a las escuelas de cadetes de Karlsruhe y Lichterfelde, Goering, en 1914, fué destinado a la Alsacia en calidad de segundo teniente. Mientras los alemanes se batían con los ejércitos de Francia, un día uno de sus camaradas le pidió que lo acompañara en un vuelo, como observador. El viaje fué de mucho beneficio para los alemanes, a pesar de lo cual, por haber volado sin permiso, Goering fué condenado al calabozo. Sin embargo, tanto Goering como a su camarada les fué concedida, por aquella mañana, la Cruz de Hierro.

Hecho un observador y habiendo sido instalados aparatos de radio en los aviones, el primer mensaje de Goering por ese medio, decía lo siguiente: «La batería puede dejar de disparar. Las granadas están cayendo a mucha distancia del objetivo». Por hablar de esa manera brusca tuvo muchos disgustos, pero nunca supo hacerlo de otra manera.

A los pocos meses de aquel primer vuelo, Goering era uno de los pilotos más famosos de Alemania, comandaba una escuadrilla y había sido herido en combate y premiado por el Kaiser con la más alta condecoración que se le concedía al mérito. En 1918, tras la muerte de los célebres Richtehofen y Reinhard, Goering fué nombrado comandante del famoso escuadrón 3, cargo que mantenía al final de la guerra.

La decepción de Goering a la llegada del armisticio fué de tal naturaleza, que se asegura se negó a entregar sus aviones y cuando al fin se resignó a internarse hacia el interior del país, fué seguido de un aeródromo a otro por un oficial del Estado Mayor, quien lo obligó a aceptar los términos de la tregua. Al despedirse de sus camaradas, Goering les expresó con palabra emocionada: «La pelea con las armas ha terminado, pero ahora empieza otro combate para nosotros, una pelea



# GOERING, EL SUCESOR DE HITLER

**AL RETIRARSE A LA VIDA PRIVADA, TERMINADA LA GUERRA, EL HEROE DE LA AVIACION GERMANA DIJO A SUS CAMARADAS, EN DESPEDIDA, ESTAS PALABRAS PROFETICAS: "LA PELEA CON LAS ARMAS HA TERMINADO, PERO AHORA EMPIEZA OTRO COMBATE PARA NOSOTROS, UNA PELEA POR PRINCIPIOS, POR MORAL, POR UN NUEVO ESPIRITU..." CONOCIO A HITLER EN 1921, Y DESDE ENTONCES CIMENTARON UNA AMISTAD QUE ESTA POR ENCIMA DE TODAS LAS DEBILIDADES.**

por principios, por moral, por un nuevo espíritu»...

Goering no conoció a Hitler hasta 1921, con ocasión de una gran manifestación celebrada en Munich en protesta contra la rendición de Alemania a los aliados. El aviador asistió en uniforme, y cuando oyó hablar a Hitler se conmovió tanto que se presentó ante él y le ofreció sus servicios. Hitler, que se organizaba entonces y necesitaba un comandante para sus guardias de asalto, se dió cuenta inmediatamente que aquel héroe de la guerra era precisamente la persona que buscaba. que la vió. Se llamaba Carin von Fock y la A continuación vinieron dos años de contacto diario con Hitler, en cuyo tiempo se cimentó la amistad que los ha unido desde entonces y que llega hasta el extremo de que, a pesar

de Goering ser el sucesor de Hitler en caso de que éste desapareciera o quedara inhabilitado para continuar al frente del nazismo, el dictador alemán tiene en él una confianza ilimitada y le concede hasta sus más íntimos pensamientos.

Goering se había casado con una muchacha rubia y débil de la que se había enamorado perdidamente desde el mismo momento en que había conocido en Suecia, en donde había trabajado de piloto al final de la guerra. Cuando fracasó el «putsch» de Munich y Hitler fué encarcelado, Goering, que había sido seriamente herido en el intento, fué llevado por sus amigos a Baviera y después al Austria. El gobierno alemán, sin embargo, pidió su extradición y el aviador tuvo que

salir para Italia y después al país de su Suiza.

Entonces vino el período más difícil de toda la vida de Goering. No encontraba trabajo y su mujer estaba muy enferma. (poco después). Y esa situación continuó hasta que una amnistía concedida en 1926 le permitió retornar a Alemania.

Cuando Hitler salió de la cárcel y con sus esfuerzos, Goering estuvo otra vez en el lado y fué uno de los doce diputados elegidos por los Nacional-Socialistas en 1928. En enero de 1933 Hitler fué hecho Ciller del Reich, Goering se aprovechó del incendio del Reichstag—que tuvo lugar el 27 de febrero—para aniquilar a los comunistas. Más tarde creó la policía secreta conocida como Gestapo.

La carrera de Goering en los últimos tiempos, es bien conocida. Cada vez Hitler le va poniendo en sus manos mayor poder, fué resientemente decidido a que sea él quien le suceda en cualquier contingencia. Goering, de 45 años, es de naturaleza robusta y fuerte, tener por delante más años de vida que «fuehrer».

Aunque se ha casado dos veces—su primera y actual esposa es la ex actriz Emmy Wehlen—se asegura que Goering no le interesa cultivar la amistad de las mujeres, disfrutando mejor un rato de charla entre hombres que la compañía de las damas.

El 3 de junio de 1938 nació la primera hija de Goering. Le puso por nombre Eva y se dice que ello fué una galantería hacia la hija de Mussolini, del mismo nombre. Goering asegura que Goering ha sentido siempre gran admiración y afecto hacia el Duce, estimar que la vida de ambos ha tenido muchas semejanzas.

## SU PARTE

—¿No tienen ustedes vergüenza, señora, de esa manera a uno?

—Señora, respondió uno, estamos teniendo utilidades; él nos aconsejó que fuéramos a robar manzanas en cierta arboleda, ahora estamos dando su parte en lo que tocó a nosotros.—The Schoolmaster.



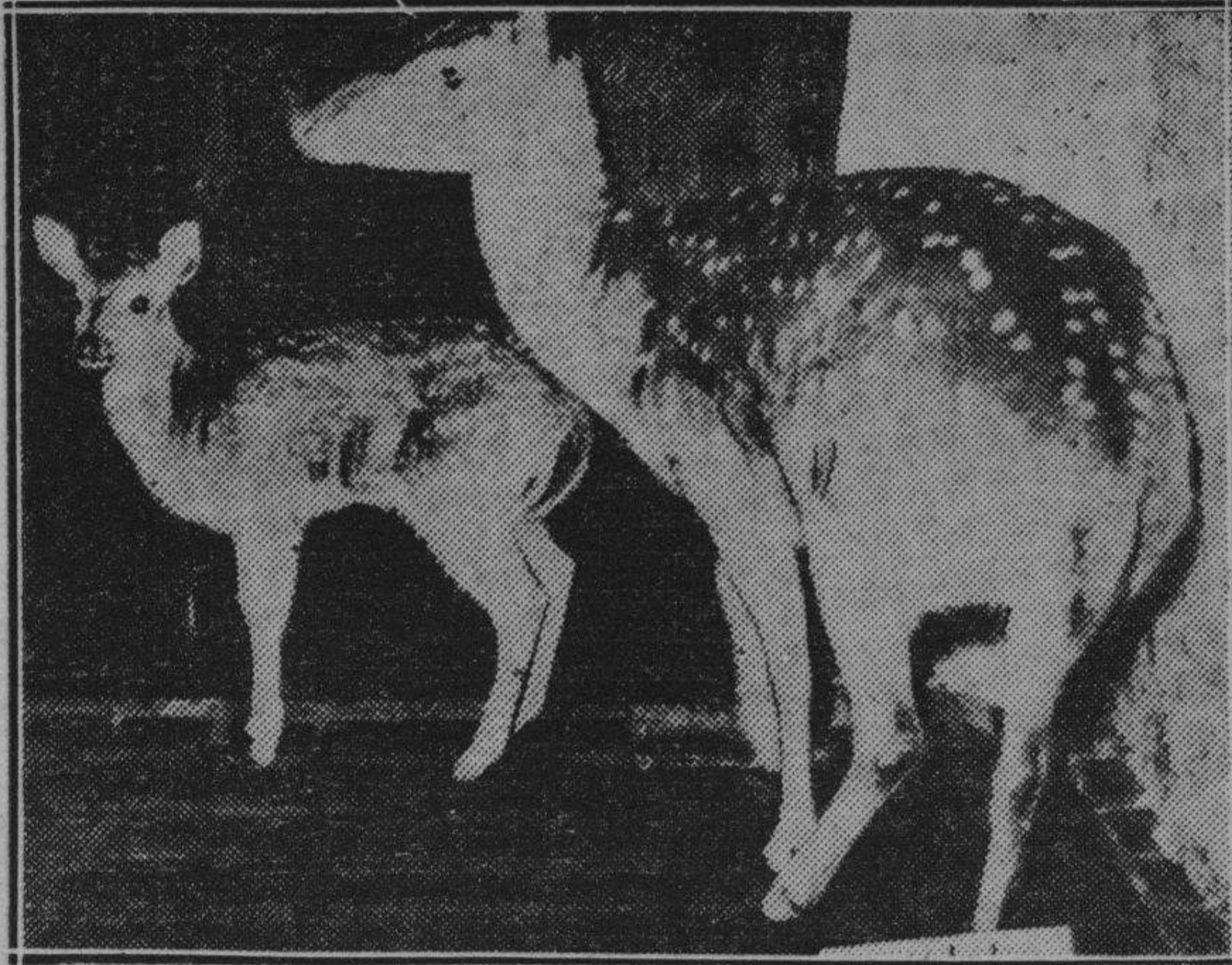
Por más que se miren al espejo buscando la explicación al fenómeno, ciertos chiles no acaban de comprender la experiencia conejil que algunos sombreros dan a sus cabezas.

CON la llegada del nuevo año, los parques zoológicos de las diferentes capitales europeas han visto enriquecidas sus colecciones de animales con el arribo de juveniles pensionarios. Como por un tático acuerdo entre los representantes de la fauna, la maternidad se ha prodigado en las bajas temperaturas invernales. En Francia, por ejemplo, se confronta el problema no sólo de la falta de aumento en la población humana, sino del decrecimiento de la misma. Los poderes públicos de Francia—como los de casi todos los países de Europa—a pesar de los millones de «sin trabajo» que tienen que mantener diariamente, tratan de estimular por todos los medios a su alcance el aumento de la natalidad. Aunque no haya pan, la guerra necesita soldados, futuros defensores para una patria en peligro. La paradoja no puede ser más sarcástica. La falta de trabajo parece evidenciar una super población; y, sin embargo, en el aumento de los nacimientos quiere verse una panacea para la supresión de los males...

En Europa, salvo en Alemania e Italia, las poblaciones lejos de crecer, más bien disminuyen. Los hombres comprenden que no están las cosas para aumentar la familia. Pero los animales, que tienen la inmensa suerte de suplir la inteligencia con el instinto, a pesar del cautiverio a que están sometidos lejos de sus selvas, de sus montes y de sus ríos, practican sin preocuparse el bíblico precepto de «creced y multiplicaos», que los hombres parecen haber olvidado por completo.

Y si esto no compensa los patrióticos intereses de los dirigentes de pueblos, al menos distrae a la muchachada de las grandes capitales. Desde Londres, desde Berlín, desde La Haya y de aquí mismo en París, las noticias nos llegan acreditando los nacimientos de rinocerontes, de tigres, de leones, de filosóficos elefánticos, de monitos jugueteros, de focas equilibristas y lustrosas... Aseguran las gentes que los extremos se tocan, y en realidad no les falta razón en este caso. Cuando los hijos de los obreros o de los burgueses nacen, sólo los familiares y algunos amigos se enteran del advenimiento. Pero cuando algún rey o alguna princesa coloca en el mundo un presunto heredero o el eje posible de una revolución futura, las campanas repican, el telégrafo también repica la noticia a todo el orbe, los periódicos y las revistas ilustradas recogen la foto del infante, entre hosanas y halagadores comentarios. Pues bien, lo mismo sucede cuando en los parques zoológicos nace algún miembro ilustre. Hace unas noches he visto en el cinematógrafo los temerosos movimientos del hijo de «Axis», popular cierva del Parque Zoológico de Londres. El cervatillo es primoroso, ágil y desconfiado. Todo Londres ha ido a contemplarlo, amparado en el regazo de su madre orgullosa. Los ingleses—que no por ser flemáticos carecen de «esprit»—han bautizado al nuevo cervatillo que asegura la estirpe de su raza con el nombre de Neville, en homenaje y recuerdo al Primer Ministro Chamberlain... En el apacible retiro del número del ya bien famoso Downing Street, fué informado del suceso el más responsabilizado de los hombres británicos del presente. Cuenta una gacetilla londinense que tengo a la vista, que Chamberlain sonrió al conocer el nuevo tocayo que tiene en el mundo. Dicha sonrisa la he visto reproducida en una fotografía. Aseguran los que se creen duchos, en el arte de interpretar las expresiones de los semblantes, que la sonrisa de Chamberlain es de agrado y satisfacción. También dijeron lo mismo cuando sus labios se plegaron después de firmar el Pacto de Munich...

Pero volviendo a la ola de maternidad que inunda los parques zoológicos de Europa y al interés que tales advenimientos despiertan, tenemos que reconocer que estos pueblos viejos—quizás precisamente por ser tan viejos—se producen como niños ante acontecimiento de esta índole. En Francia, y por citar a



La cierva «Axis», del Parque Zoológico de Londres, acaba de tener un heredero. Los ingleses, como un homenaje a Chamberlain, han bautizado al joven cervatillo con el nombre de Neville...

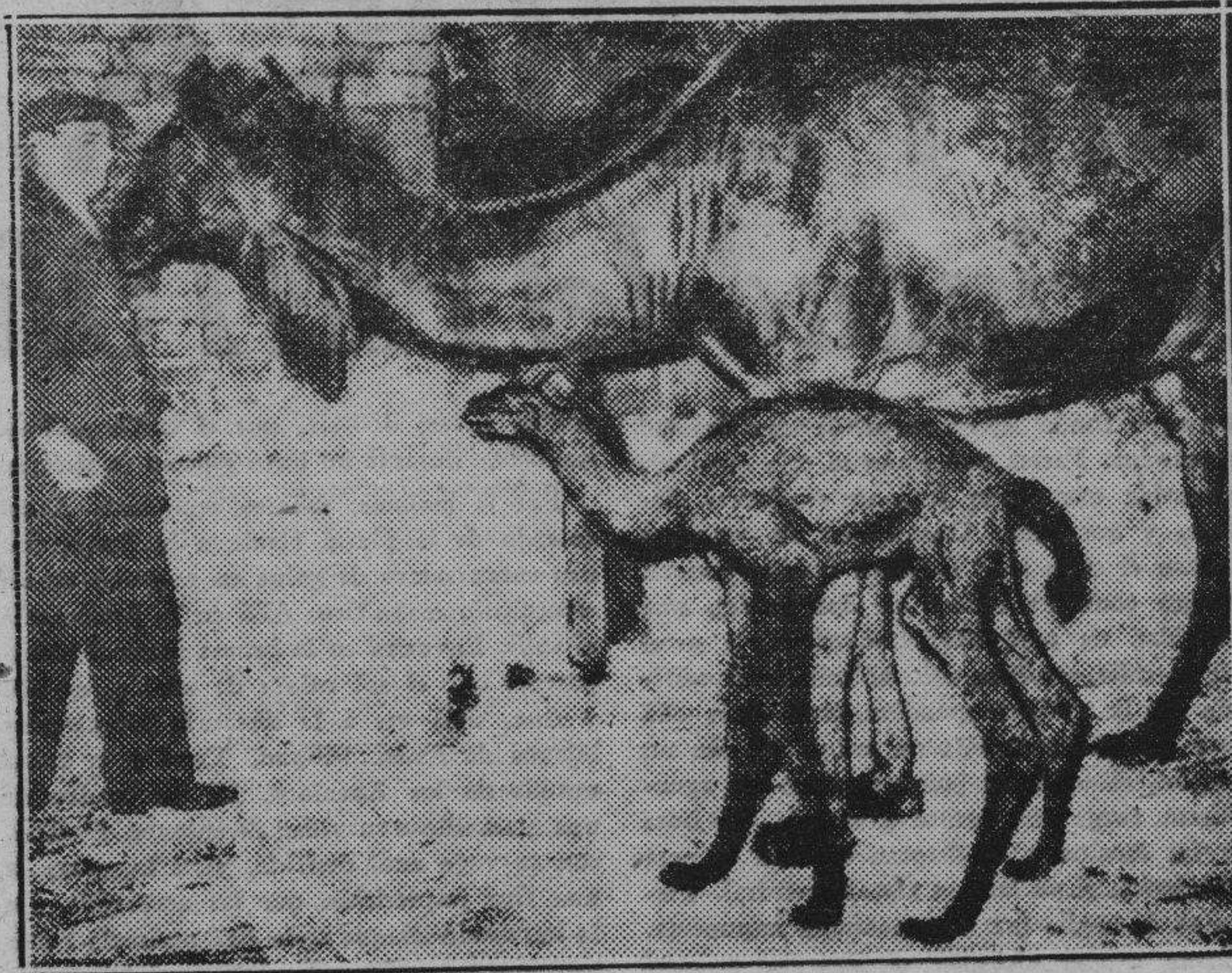
## EL HOMBRE Y LA FAUNA

Mientras en Europa decrece la población humana, aumenta la de los parques zoológicos. La gran popularidad de los animales recién nacidos.—El cervatillo de Londres, tocayo de Chamberlain.—Un poco sobre los mimados perros de París.—De actualidad la frase célebre de un filósofo.

Por RENATO VILLAVERDE

ejemplo que tengo más cerca, los animales gozan de un rango de privilegio. La cultura se mide por el amor al débil. En los parques zoológicos, los animales—un poco

como en los tiempos antiguos—son venerados cual verdaderos ídolos. Gozan de toda suerte de consideraciones y respetos. Nunca se les molesta en la confortable mansedum-



En el Parque Zoológico de Londres acaba de nacer un dromedario que ha recibido el nombre de «Sadie». En la foto aparece junto a su madre, «Fatima», bello ejemplar regalado por el Rey de Arabia, Ibn Saud. Los dromedarios nacen muy difícilmente en cautividad, siendo éste el cuarto caso que se registra en el «record» de los Parques Zoológicos.

bet de sus retiros. Los niños son incapaces de tirarles piedras ni de hacerles maldades. Esta forma de conducirse no está controlada por las multas que pagaría aquel que contraviniese tales principios humanitarios. Es un resultado educativo, de fácil comprensión asimilada a través de varias generaciones, de plena conciencia de los derechos que tiene el débil. El animal, como ser inferior que es en la escala de la vida requiere la protección del hombre. Y el hombre de Europa, plenamente convencido de su situación privilegiada, no escatima sus bondades y su cooperación al animal. Por eso bate palmas cuando nacen nuevos amigos en los parques zoológicos; por eso el cine recoge sus siluetas reproduciendo los cuadros verdaderamente maternales que prodiga la naturaleza; por eso los periódicos hablan de los advenimientos; por eso las filas de curiosos son interminables en las entradas de los parques donde viven los exilados de la selva; por eso los niños hacen camaradas y compañeros de juegos de los pensionarios del zoo...

Pero no vaya a pensarse que son únicamente los animales de los parques zoológicos aquellos que reciben el cariño y el interés de los hombres. Los perros son, por excelencia, los privilegiados; y éstos no viven en los parques zoológicos. El perro de París es quizás el más feliz de todos los compañeros del hombre. Casi podría asegurarse, sin temor a equivocarme, que no hay una sola casa en París donde no viva un perro por lo menos; y cuando el perro falta, el gato lo sustituye matemáticamente. El perro de París es el eterno niño mimado. Porque los niños crecen, se convierten en muchachones y terminan trocándose en hombres. Con decir hombres, está expresado todo. El perro, en cambio, también crece, envejece y muere. Pero en cualquier edad de su vida, para sus dueños, sigue siendo siempre el «eterno niño mimado».

En París, el perro hace una vida de relación de primer plano. Sale siempre con los dueños; pasea, va al cine, al teatro, al café, al restaurant. No ladra jamás inútilmente. Jamás baja tampoco de las aceras ni atraviesa una calle sin ser previamente autorizado por la voz de su amo. Es el eterno compañero de la mujer. Una dama que se pasee sin su perro, es una mujer a quien algo le falta. Las mujeres de París, elegantes y tentadoras, hacen de sus perros, ágiles y aristócratas, un complemento de su belleza. Los canes así parecen comprenderlo. Y quizás por ello siempre marchan junto a su dueña. Sólo pierden este ritmo cuando hallan en su camino un camarada de sexo contrario... En esto, a veces, también imitan a sus dueños.

En Europa se vive actualmente entre un frenesí doloroso producido por el porvenir incierto. Donde quiera que dirijamos nuestra mirada, sólo motivos de tragedia se dibujan en el horizonte. El hombre mira con recelo al hombre. Sabe que en su congénere tiene su enemigo. Quizás por ello sienta el imperativo de volverse hacia el animal, donde siempre encuentra comprensión y cariño. En este espejismo, un poco infantil si queremos, halla una calma relativa. He aquí una de las principales causas que hacen del animal un motivo de fiesta. Las Exposiciones de toda suerte de animales, especialmente las de gatos y perros, se organizan y suceden con precipitación de tobogán. Los parques zoológicos son más visitados que nunca. El hombre huye del hombre y se refugia en el animal. Por eso Europa entera se ha estremecido con júbilo incomprensible ante las nuevas que le llegan de los nacimientos ocurridos en los parques zoológicos. Tienen razón las gentes de este pedazo de tierra. Hacia el animal, todo afecto, se vuelven las espantadas pupilas. Las del más fiero de los tigres causan menos pavor que las de algunos hombres. ¡Y cómo se actualiza ahora la popular expresión del amargado filósofo del siglo pasado: «Mientras más conosco al hombre, más quicso a mí perro...!»

París, enero de 1939.

**T**ODI, en su altura escarpada, está en nuestro camino para llegar a Perugia. Tiene el prestigio del nombre de Iacopone da Todi, el suave poeta medioeval a quien la tradición atribuye el Stabat Mater Dolorosa y por sus admirables versos a la Virgen María. A causa de la hora apenas podemos dar una vuelta en automóvil por sus calles inquietas y estrechas de pequeña ciudad de otros tiempos. La catedral está cerrada. El sol, que ya descende, ilumina de soslayo las torres negras.

Cuando bajamos la cuesta, un sutil velo dorado envuelve la eminencia de Todi. A medida que el coche se aleja, la visión adquiere contornos fantásticos. La cúpula de Santa María della Consolazione brilla como un ascua. El caserío apeñuscado se decora a la distancia de todos los colores de un atardecer suntuoso.

Lentamente empieza a caer la noche. La paz infinita de un día invernal, sin una sola nube en el cielo ni un rumor en la tierra, baja sobre los campos, que se van envolviendo de tintes opalinos en insensible degradación. Cuando el aire es todavía clarucho aparece sobre la orla negra de la montaña una luna delgada y el fulgor ardiente de Venus. En la ruta la calma inmensa del mundo, es profanada por los faros. Un neumático estalla. Descendemos. Mientras el chauffeur cambia la rueda, seguimos a pie por el camino blanco. Sólo así se tiene la sensación espititual de la profunda belleza de la noche en aquel silencio total de la vida. El aire mismo está inmóvil. La tiniebla es completa y helada.

Media hora después nos alcanza el coche, cuyos faros horadan las sombras en una danza loca. Era tiempo ya, porque comenzábamos a alarmarnos. Al fin, cuando nos parece excesivamente tarde, la vía sinuosa nos deja ver, ora acá, ora allá, luces en una altura. Es Perugia. Se acercan lentamente a medida que el coche sube. Al cabo de un rato entramos en una ciudad desierta. No se ve un ser humano, porque el frío es intenso. De repente se abre una calle llena de gente y de vidrieras iluminadas. Una chapa en una esquina lleva un nombre que, al principio, me cuesta reconocer, porque estoy acostumbrado a no verlo nunca separado de su apodo en los libros de arte. Corso Vannucci dicen las letras. Cuando lo identifico con Pietro Vannucci, llamado el Perugino, que fué maestro de Rafael, siento la alegría de que la calle, por fortuna para el turista, no se llame corso Cavour o corso Vittorio Emanuele o corso Umberto o corso Garibaldi, como en las ciudades de Italia que han borrado los viejos nombres históricos de sus calles para reemplazarlos por otros que no necesitaban esta patriótica consagración para ser grandes o más reverenciados.

Después de comer salimos. El frío es glacial. El cielo, sobre el tajo negro de las paredes, fulge de estrellas. Es casi medianoche. Apenas uno que otro transeunte deja oír su taconeo, que se oye desde lejos. Las callejas que bajan o suben al corso están casi oscuras, en un silencio que parece ser el signo distintivo de la ciudad. De pronto, en medio de una irrupción de gente que debe salir del teatro, nos vemos ante una masa de piedra adusta. Tiene todo el aspecto de una fortaleza civil. No es menester conocerla para saber que es el clásico palacio comunal de una república de la Edad Media. Toda casa de gobierno necesitaba tener esa apariencia de castillo para defenderse del asalto que a cada momento podía sobrevenir. Por más que el arte la revistiera de una fina decoración de líneas y ventanales, sus muros tenían siempre una invencible consistencia. En ese instante la media luz le presta una magnificencia espectral. La fachada que da al corso Vannucci abre ante nosotros un portal negro,



Los leones guelfos de Perugia, en la fachada Norte del Palazzo del Priori.

# DOS DIAS en PERUSA, la ciudad del PINTOR

en cuyo fondo lejano se pierde una claridad mortecina. Parece una inmensa caja cuadrada revestida como una joya de esculturas, faros y rosetones. Dos hileras de ventanas cortan el cubo a lo largo en franjas góticas. Como contraste odioso de dos épocas, una cantidad de tenduchos comerciales, a nivel de la calle, profana miserablemente el edificio de la antigua grandeza civil. Más allá hay una plaza sumida en penumbra. En un rincón, dibujada en sombras como un aguafuerte, surge una fuente estupenda. La hora y las esculturas la decoran de una manera fantástica. A su lado se alza la catedral. Tiene en la media luz una severidad imponente. Junto a una «loggia» se alza un pedestal con una estatua en bronce del papa Julio III. Cuando vuelvo al hotel, los ojos van tan llenos de visiones de aquella rápida excursión de medianoche por una ciudad desco-

nocida y casi desierta, que el sueño se hace imposible durante un buen espacio de tiempo.

Por la mañana, salimos temprano. A un costado de la plaza, frente a la Prefectura, nos encontramos de golpe en presencia de un espectáculo magnífico. Allá en lo hondo está el valle. Envuelto en la bruma matinal transparente que el sol colorea de matices de oro y rosa, deja ver a la distancia los caseríos lejanos de Assisi, Filigno, Trevi y la cresta nevada de los Apeninos. Es un cuadro de una maravillosa suavidad de encanto. El cielo, con su vago azul desleído, viste las cosas de una fina imprecisión que las acuarela. De la impresión de que todo está patinado como una pintura antigua. La hora y el frío mantienen la plaza, por fortuna, en un silencio intacto. A medida que el sol sube, la niebla sutil se pierde en el aire y empiezan a aparecer los detalles del valle. Las ramas secas

de la arboleda del fondo sugieren de cómo ha de ser aquella tierra en plenitud solar del verano, cuando todo de en el árbol, color en el suelo y fuego en la inmensa lejanía.

Luego rebacemos el camino de la guerra. El corso Vannucci está lleno de gente. Las casas brillan, limpias y claras. El Palacio dei Priori nos muestra ahora una belleza y majestad de sus líneas. La imagen admirable del espíritu medioeval, el grifo y un león de bronce recuerdan los bolos que entonces creaban los hombres afirmar su valor en la guerra civil. El traste de los tenduchos abiertos es más a la luz del sol. En la plaza vecina, la Maggiore, erigida en 1280, está adornada con bajosrelieves y alegorías como un cofre cioso.

Un simpático muchacho del pueblo se nos ofrece como guía para ganar su pina, nos lleva después por los rincones deliciosos de Perugia. Al desembocar de callejuela aparece el Arco de Augusto, cimientos, de grandes piedras irregulares, ducen una fuerte impresión. Todos los se han juntado en ese rincón de la asísima Etruria. Inscripciones romanas sobre resto de muralla etrusca nos hablan con voz de dos mil años. A un costado sobre torre de la Edad Media, se levanta una ciosa «loggia» del Renacimiento. Damos vuelta, pasamos frente a una hermosa del valle ya en brumas y vamos a dar al torio de San Bernardino. El sol brilla esplendorosamente en una tibieza casi veral. El edificio fulgura. Es una joya. Lo tino di Duccio, escultor florentino del trocientos, lo ha ornamentado con un de orfebre. Santos, vírgenes y ángeles del muro en un vuelo armonioso y bello. Es una alegría pura de las formas. La queña fachada a cuya izquierda se alza el maje oscuro de los cipreses, resplandec su belleza inmaculada y espiritual. Será la hora, por la soledad, por el cielo, azul se ha hecho más profundo, o porque en realidad una obra de perfección el torio de San Bernardino es en aquel momento una cosa sagrada.

Al lado hay una iglesia en ruinas. Una mujer nos lleva a una cripta, oculta al do de un cementerio de restos viejos y cabalados de escultura y ornamentos giosos. Los muros están decorados de frescos ingenuos del siglo XIII. Mientras nos ena ra fechas y nombres de pintores con la sión que encanta a los turistas, para que visitar un monumento antiguo es hacer a pio de tales informaciones y olvidarse arte, yo miro los esponsales de la Virgen muerte en medio de un coro de ángeles. pintura del 1200, en la rigidez de su es y en la pobreza de su técnica, luce en escondrijo con un prestigio milagroso. los primeros albores del Renacimiento, empiezan a vestir de un arte intensamente humano en su expresión los misterios dogma. En la penumbra de la cripta lle de alma la miseria de una ruina. Cuando limos y Carlos Brebbia pone en la ma tendida de la mujer las liras de propina, go la sensación de que está pagando con la entrada en un museo: tan honda ha en mí la emoción provocada por los frescos decaídos que adornan con su inuidad los muros de la capilla de San Francesco al Prato.

Salimos de nuevo al sol. Miro la maravilla de las figuras de Duccio sobre la fachada de San Bernardino, como para fijarlas definitivamente en el recuerdo. El guía nos lleva entonces por las callejuelas de la ciudad antigua. Es un muchacho inteligente, de un acento suave y puro que hace sonar el italiano en sus palabras como una afluencia de notas cristalinas. Con la amenaza, varias

(Continúa en la pág. 25)

# SERA JAPON dueño del mundo para el año 2000?

Nostradamus predijo el bombardeo de París por un poder asiático en el 1966.

—La ofensiva económica de Japón en Manchukuo, jardín de aclimatación del nuevo imperio en China, que contará con 500 millones de almas.— El peligro amarillo sobre la América del Sur con motivo de la lucha por las materias primas.— Las últimas edades de la humanidad, según la profecía de Daniel.— ¿Serán bombardeados Washington y Río de Janeiro por los aviones del Mikado?

**S**I atendemos a la recopilación de datos y ordenación de circunstancias que Michael Olaf anota en su obra «Cuando los japoneses sean 500 millones» (Editorial Tor, Buenos Aires), no nos parecerán tan extravagantes las profecías que el sabio Nostradamus hizo con respecto al futuro de la humanidad; de esta humanidad de ahora que, según él, había de entregarse en los brazos de Lucifer 50 ó 60 años antes del año 2.000. Para esa época, dicen los vaticinios, París será bombardeado desde el aire por la armada de un formidable poder asiático.

La fecha coincide con el movimiento acelerado de los actuales acontecimientos mundiales, que parecen caminar hacia una decisión de repercusiones imprevistas en la década de 1940 a 1950. Por eso conviene que el vaticinio con los elementos de juicio que hasta ahora tenemos a nuestro alcance, y que el autor Olaf reúne en su libro como hebras de una madeja siniestra para el futuro de la civilización occidental.

Hablando del mesianismo japonés, dice Olaf cuando ya lleva medio libro dedicado al análisis del imperialismo asiático: «Los setenta millones de habitantes del Japón se hallan impregnados de un fanatismo incorregible sobre la grandeza de su destino. Y por eso, cuando dicen «civilización oriental» entienden «civilización japonesa». Confucio y Buda han sido expropiados y explotados por Araki y Toyama».

## EL COMERCIO AMARILLO INVADE TODOS LOS CONTINENTES

El extraordinario desarrollo de las actividades mercantiles del Japón en los mercados internacionales ha sido la cuña de entrada de este país al plano de las primeras potencias de Occidente. Aunque en el 1932 hacía solamente el 31.1 por ciento del comercio de exportación mundial, de 1933 a esta parte el aumento ha sido considerable, calculándose por algunas autoridades hasta en un 50 por ciento. Sir Charles Seligman, de la Misión Industrial Británica que visitó Japón y Manchuria en el 1934, declaró después de su viaje que dicho país «no tiene solamente la posición llave en la economía mundial, sino que ya es su factor determinante».

Las industrias más importantes del Japón son los textiles, la pulpa y el papel, los productos de caucho, el vidrio, los productos químicos, los artículos de celuloide y de toliete, las lámparas eléctricas, los aparatos de radio, las bicicletas, los fonógrafos, los neumáticos, los motores Diesel, la loza, las conservas, las vitaminas, las sedas y el lino, la porcelana y el hierro.

Con estos productos a precio bajo el Mikado penetra rápidamente en Europa, Amé-

Los japoneses bombardean a París en el 1966. Concepción artística del dibujante Robles basada en las profecías de Nostradamus sobre el futuro de la humanidad



rica, Asia y África, y lo está haciendo mediante métodos modernos que nada tienen que envidiar a los de los norteamericanos o los ingleses. Sugimura, Embajador de Tokio en Italia, dijo una vez las siguientes frases que revelan la astucia imponderable del oriental en marcha: «Considero que mis negociaciones con el Estado Pontificio son muy importantes. Creo que la mejor manera de estimular el comercio con la América del Sur es mantener buenas relaciones con el Papa».

Japón se cobija, pues, hasta bajo el palio pontificio para venderles a sus parroquianos de Sur América, y los cultiva comprándoles materias primas para sus industrias militares: níquel, tungsteno, estaño, algodón, nutria, trigo y nitratos. En esta lucha económica, según un famoso tratadista, «el hombre blanco se encuentra trabado no sólo por su poco agrado por el músculo y una depresión nerviosa general, sino por la conciencia poco a poco desarrollada en él durante su período de liberalismo, desde Rousseau a nuestros días, conciencia que como oposición a su filosofía de la supervivencia del más apto, hace de él un hombre dividido que combate contra sí mismo, y lo imposibilita en esta lucha contra los espíritus más simples y más unificados».

## MANCHUKUO, EL JARDIN DE ACLIMATACION DE LAS AVANZADAS JAPONESAS

El estado de Manchukuo, con más de 1.300 millones de kilómetros cuadrados de territorio, donde Japón realiza en grande escala su gran experimento de expansión imperial, es más grande que Alemania y Francia juntas. En los 28 años que van de 1907 a 1935 la población de esta zona aumentó de 20.000.000 a 34.200.923. Los nipones manejan a este país con la eficiencia de un estratega militar, y lo educan a su manera. Estiman que por ahí entrará en China la fuerza arrolladora de la hegemonía amarillenta y como la entienden ellos: un dominio en el que los progresos occidentales se utilizan subordinados al programa de absorción del Mikado.

Algún día, todos los chinos serán pasados por el crisol de Japón y quedarán conformados en modernos paladines del nuevo imperio. Serán entonces 500 millones de disciplinados que arrojarán de sus zonas de influencia a los

ingleses, a los franceses y a los norteamericanos. Cuando en septiembre del año pasado se creía inminente una crisis europea con motivo de la marcha de Hitler hacia el Sudeten, los japoneses estaban ya preparados para expulsar a los ingleses de Hong Kong y a los franceses de la Indochina. La toma de Cantón representa en el mapa político-militar del mundo lo que la conquista de Etiopía por Italia y la absorción de Austria y el Sudeten por Alemania. Cada uno de estos movimientos ha señalado el triunfo de una ofensiva deliberada de las dictaduras. En Cantón y en Addis Abeba hablaron los cañones; en Munich, bastó con la amenaza de una flota de aviones de bombardeo sobre Londres y París.

Cuando Nostradamus predijo que en el 1966 la capital francesa sería bombardeada por un poder asiático se refería, indudablemente, al Japón dueño y señor de China. Marguerite Stoffel había confirmado la profecía de Nostradamus en el 1848 al decir que «Alemania será teatro de terribles acontecimientos, porque uno de sus grandes jefes acudirá en petición de socorro a los pueblos del Asia».

¿No es eso el eje Berlín-Roma-Tokio? En la ciudad de Mukden, en Manchukuo, medio millón de almas ya dicen que esta antigua residencia de los emperadores de la dinastía de los Ching es la Chicago del oriente. Durante los tres siglos en que estos gobernantes rigieron los destinos de Manchuria y de la China, aquella fué la sección privilegiada y ésta el campo de reserva del imperio. Japón ha restablecido la soberanía del país sobre bases de legalidad, y para subyugar a los «indeseables» del sur y «regenerarlos», ha despachado a su escuadra y a sus ejércitos de ocupación.

Es la misión civilizadora de que se jactan los poderes imperialistas en todas partes de la tierra. Sólo que en este caso, la raza aria de Hitler parece facilitar el avance de los amarillos para poner a raya las futuras arrogancias de Francia o Inglaterra.

## LA DEFENSA CONTINENTAL DE AMERICA. DERIVADO DEL ASIATISMO ECONOMICO

Expulsados del Asia, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y planteado, como tendrá que ser planteado, el problema de la redistribución de las materias primas en el África,

¿a dónde tenderán su vista las potencias del mundo, sino a la América del Sur? Los Samurais del Mikado han visto el ejemplo de los alemanes y los italianos en el hemisferio occidental y no quieren quedarse a la zaga. Habrá guerra en América también, cuando hayan terminado las guerras por la posesión de Asia y África.

Será la última guerra de las naciones, antes del Juicio Final. Quizás en esta hecatombe América será llamada a luchar contra los viejos moldes de la Edad Neolítica, en un consorcio de fuerzas anglosajonas e indoantillanas. Un capítulo no previsto por Nostradamus, con la posibilidad de bombardeos aéreos sobre Washington, México, Río de Janeiro y Buenos Aires. El hombre blanco dividido mientras millones de chino-japoneses se arrojan sobre las desprevenidas huestes occidentales.

Quizás esta visión del futuro, en que el «Hijo del Cielo» japonés será el Dios de las generaciones venideras, no llegue a consumarse del todo. Es posible que ahora estemos en la sexta edad de la humanidad, que es la del Anticristo, y precederá, según la profecía, al fin del mundo y a la resurrección de la Atlántida. Pero antes habrá que exterminar a millones de almas sobre la faz de la tierra: sus religiones, sus progresos científicos, sus avances en el arte de la guerra. No será fácil tarea para los orientales apoderarse del arsenal europeo y trocarlo en instrumento de destrucción sobre América. Matemáticamente, en el mundo sobra una potencia de primer orden, y esa potencia puede ser muy bien el Japón, aunque en Tokio piensan que es los Estados Unidos, y Alemania e Italia están empezando a creerlo así.

Michael Olaf califica de «fantástica la inconsciencia de los hombres dirigentes de la América Latina» ante el peligro amarillo. Se alarma ante el desarrollo de 200 por ciento que el comercio japonés ha tenido en la Argentina en un solo año. Ve a Tokio negociando un puerto libre en el Río de la Plata, con industrias nuevas en que se emplee mano de obra japonesa. Ha mirado con recelo el busto del Almirante Togo que el Ministro de Relaciones Exteriores del Mikado le regalara a la ciudad de Montevideo, y el Instituto Cultural Argentino-Japonés que funciona en Buenos Aires. «Es necesario—exclama—que vayamos aprendiendo el idioma de nuestros futuros dominadores».



Lionel en «Arsenio Lupin».



Ethel en «Rasputin».



Ethel en «Nuestra Mrs. McChestney».



Ethel en «Cynthia».

# El inicio de John Barrymore en Hollywood

**C**UANDO se filmaba «Rasputin», mi hermana Ethel pasó por una experiencia que, de momento, pareció ir a tener consecuencias funestas. Como que estuvo a punto de dejar plantado a todo el mundo y retornar a Nueva York!

Hacia como una semana que se había comenzado la filmación de la obra y Ethel, la czarina, acababa de entrar en acción. Había estado ensayando una escena y al terminarla se mostró satisfecha, segura de que había actuado espléndidamente.

Uno de los expertos rusos que estaba sentado en un sillón para censurar los detalles de la filmación, se puso a comentar su trabajo, hablando en un idioma que era mitad inglés y mitad ruso y que nosotros no podíamos entender. Lo que sí entendimos fué el sonoro «piu» con que finalizó su parlamento.

Ethel, al oírlo, dió un salto en su asiento y dirigió una mirada interrogadora al director, al auxiliar del director, al cinematografista, al supervisor y a mí. Parecía querer decirnos: ¿No son hombres suficientes para darle su merecido a este tipo?

Nos quedamos helados de espanto, ya que comprendíamos que no se podía insultar impunemente a Ethel Barrymore. Y aquel «piu» despectivo, incuestionablemente constituía un insulto.

Al fin determinó mirar también al ruso, con una mirada capaz de hacer estallar un vaso. Y le dijo con voz gélida: ¿«Piu»? ¿Me ha dicho usted a mí «piu»?

El ruso asintió con la cabeza. —«Piu» —dijo—. No «pu».

—¿Pero qué quiere decir?—interrogó Ethel confundida.

—«Rasputin»—dijo el moscovita. —No «Rasputin».

Hubo una larga explicación. En las prime-

**COMO LA PRONUNCIACION DE RASPUTIN ESTUVO A PUNTO DE CAUSAR UN CONFLICTO CON LA "CZARINA", Y LO QUE EL GRAN ACTOR JOHN DREW, TIO DE BARRYMORE, HUBIERA HECHO EN ESAS CIRCUNSTANCIAS.—COMO ETHEL BARRYMORE, AL ELOGIAR A SU HERMANO DESPUES DE UN GRAN TRIUNFO EN EL CINE, LO LLAMO "ASNO".—LA SORPRESA QUE SUFRIO JOHN DREW CUANDO SE LEVANTO UNA MAÑANA AL VER A UN MAHARAJA DE LA INDIA.—EN HOLLYWOOD DESCUBREN QUE LO QUE EL PUBLICO QUIERE ES "AMOR", Y JOHN BARRYMORE SE CONVIERTE EN "EL GRAN AMADOR".**

por **JOHN BARRYMORE**

CAPITULO VII

ras escenas, antes de que los expertos hubieran ocupado su lugar, los actores habían pronunciado «Rasputin». Tal pronunciación había sido establecida en la película y si ahora se la cambiaba había que tomar otra vez todas las escenas anteriores. No podía ocurrir que unos personajes lo llamaran de un modo y otros en forma diferente. De manera que Ethel, aunque refunfuñando, tuvo que llamar al célebre monje «Rasputin».

**LO QUE LOS DETALLES SIGNIFICAN PARA LOS DREW**

La resistencia de Ethel hacia la pronun-

ciación de «Rasputin», era característica de los Drew, siempre decididos a guardarle fidelidad a la corección y el detalle. En las mismas circunstancias dudó mucho que mi tío John Drew hubiera permitido que el «Rasputin» saliera de sus labios.

Mi mencionado tío tenía dos grandes averciones, que habían de desaparecer del manuscrito si se quería que se encargara de un papel. Una era «la debilidad del pueblo» y la otra «rascar a una muchacha debajo de la barba». El decía que sólo en las novelas se encontraban muchachas que fueran la debili-

dad del pueblo y que los hombres no rascaban a las chicas debajo de la barba.

Mi tío John era el hombre mejor versado de la escena americana, y poseía una amplia cultura y gran refinamiento. Huía de las vulgaridades como del demonio y creía que, como el gran actor que era, estaba obligado a presentar la profesión como lo hubiera hecho un monarca.

Cada vez que entraba en el Club de los Actores de Nueva York, todas las personas que estaban en él, incluso las que se encontraban jugando, se levantaban a hacerle reverencia. El era el tercer presidente del Club habiendo sido Edwin Booth el primero y Joseph Jefferson el segundo.

Nosotros, sus sobrinos, nunca estuvimos muy cerca de él, porque nunca hacía nada para atraernos. Tenía la costumbre de decir una frase laudatoria, como el motivo no fuera realmente grande. Siempre daba impresión de asombrarse mucho cuando sus sobrinos o sobrinas hacían algo que merecía un golpecito en la espalda. Por eso una palabra encomiástica del tío Jack venía a ser como una medalla de honor.

Después de que me vió en «La Cenicienta Obstinada», una comedia musical en la que actué al comienzo de mi carrera, me preguntó:

—¿Qué esperas ser, Jack?

—Quiero imitarte, tío... —le dije.

Hizo un signo despreciativo con la mano. —Sigue en las comedias musicales—aconsejó. —Si trabajas fuerte puedes llegar a ser otro Fred Leslie. (Fred Leslie era entonces un popular actor del mencionado género).

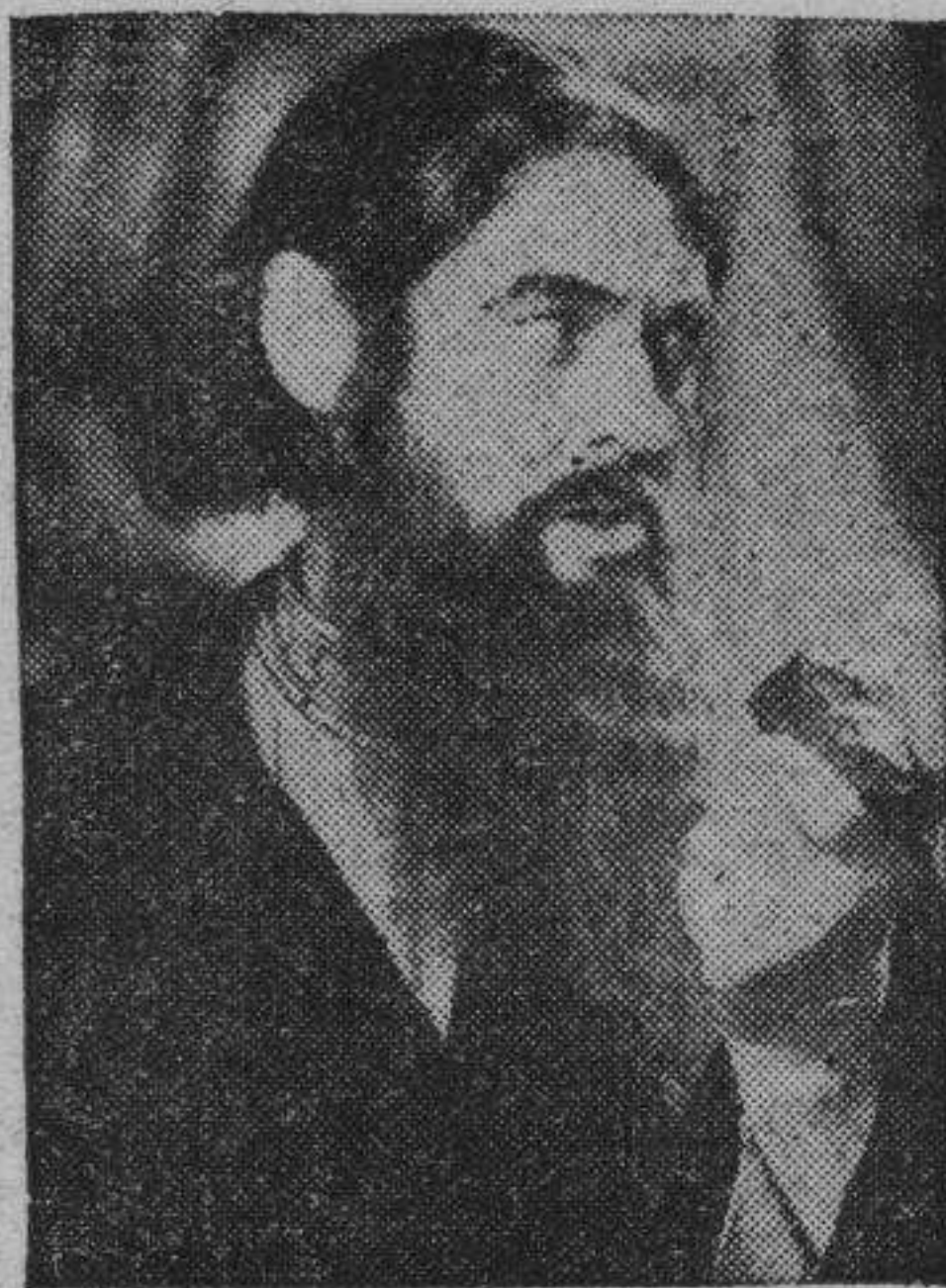
Ese fué el único consejo que me dió y no creo que nunca le dijera otro tanto a Lionel o Ethel respecto a sus carreras. Viene a ser como una ley no escrita en nuestra familia.



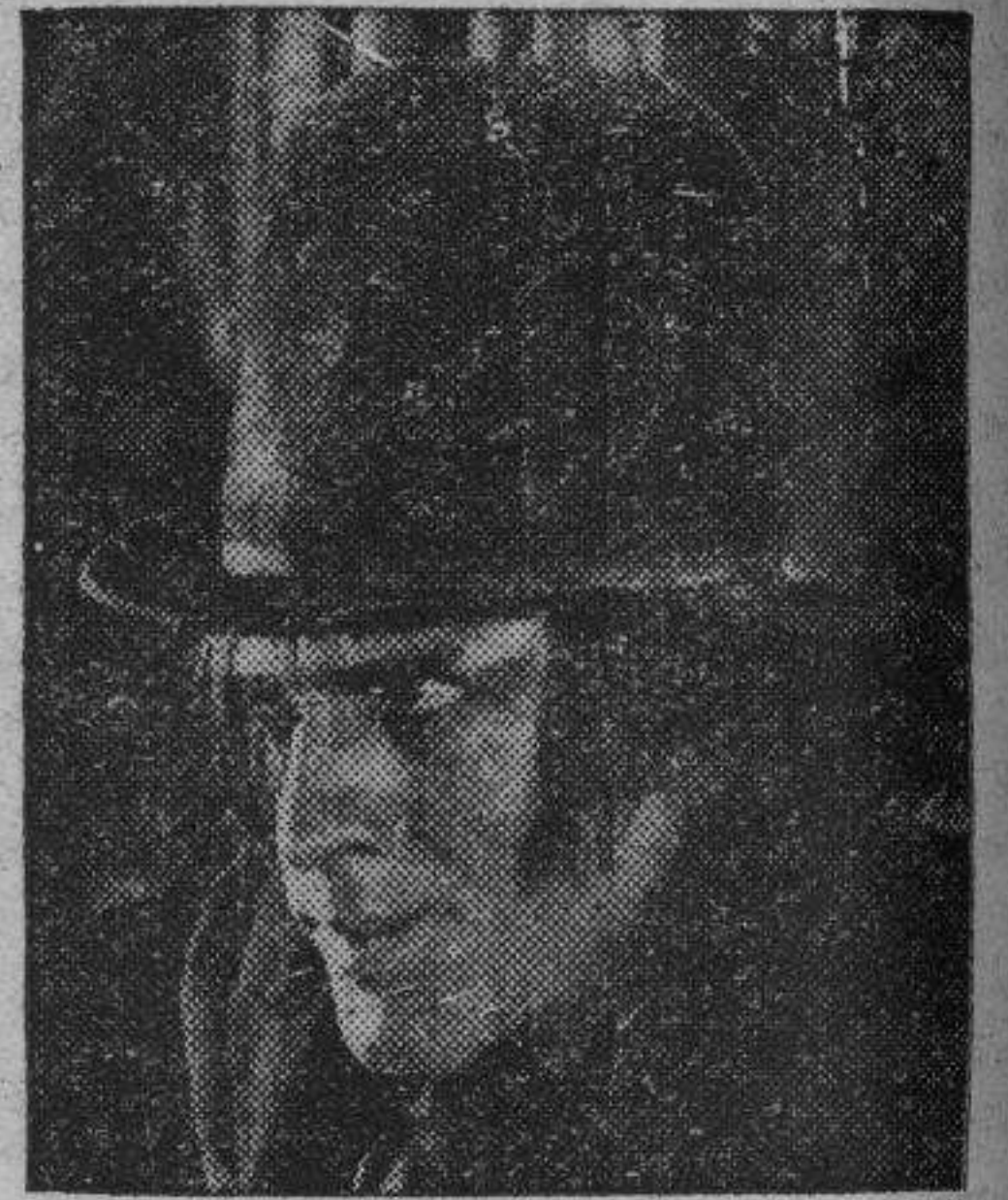
John Barrymore en «La Comida es a las ocho».



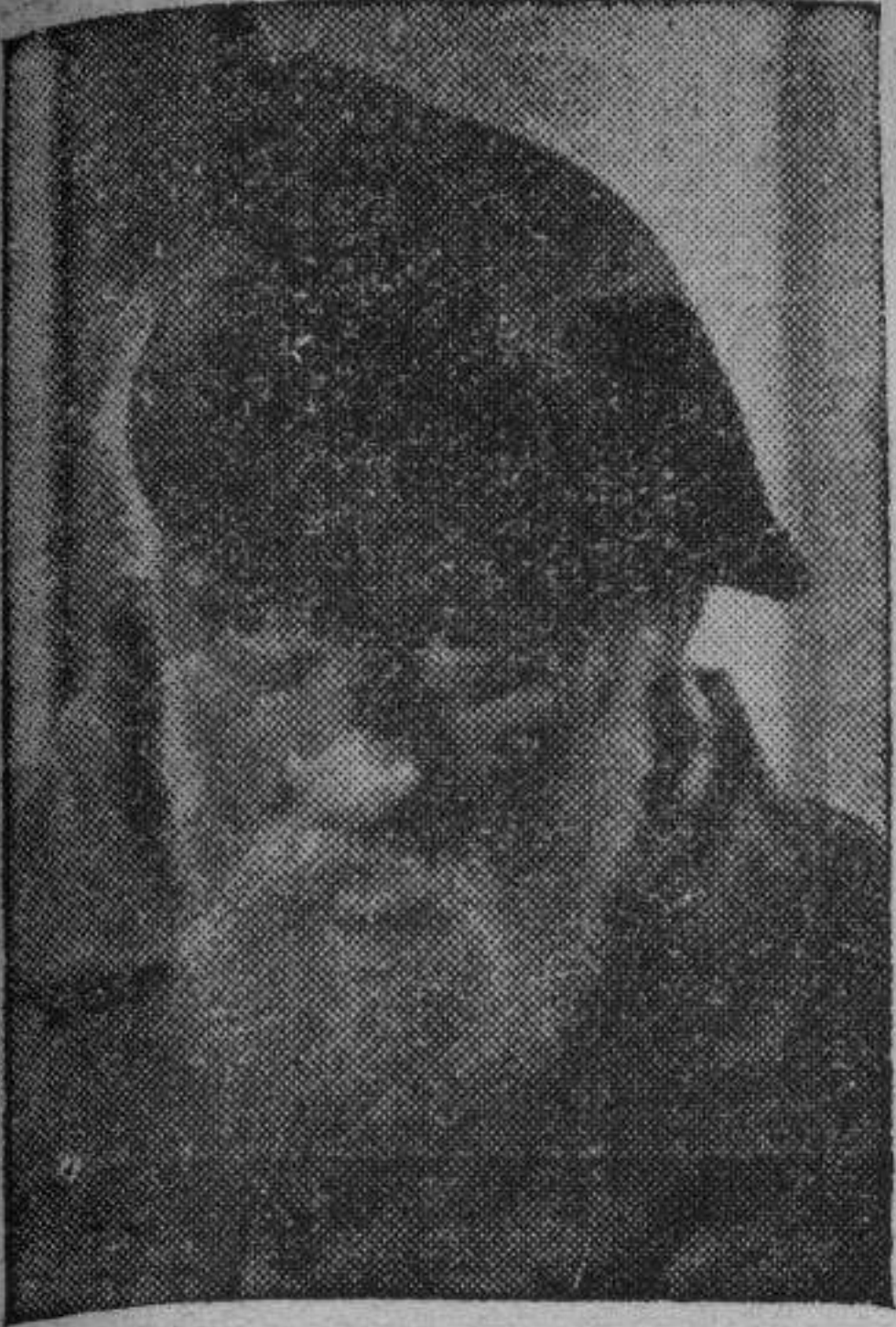
Ethel en «Domingo».



Lionel en «Rasputin».



John en «Dr. Jeckyll y Mr. Hyde».



John en «Arsenio Lupin».



Lionel en «Grand Hotel».



John en «Sherlock Holmes».



Lionel en «El extranjero retorna».

... que los comentarios vienen siempre después de los hechos, no antes.

Tal vez nuestros problemas se hubieran arreglado mejor muchas veces, si nos hubiéramos consultado, pero, aunque parezca paradójico, yo creo que si nos hemos llevado tan bien ha sido precisamente porque no nos hemos metido nunca en las cosas de los otros.

Nunca un Drew o un Barrymore ha tratado de aconsejarle a otro cómo tenía que actuar en la escena. Aunque en nuestros primeros tiempos nos hallábamos rodeados de grandes actores, ninguno nos enseñó la manera de llegar al éxito por el camino más corto.

Siendo actores experimentados, que sabían que el éxito sólo se logra tras haber recorrido un camino lleno de dificultades, nadie podía generalizar acerca de cómo debía ser el trabajo a realizar por cada cual, y dar consejos específicos acerca de ello venía a ser como instruir a una madre sobre la manera de dar a luz niños de 8 libras y media de peso, con los ojos azules y el pelo rizado. El temperamento artístico es un regalo de la Naturaleza, lo mismo que una nariz larga o unos pies grandes.

No somos nunca pródigos en las alabanzas de los otros, pero lo que decimos nos sale del alma. Cuando Ethel vió «Una Acción de Divorcio», una de mis mejores películas, me dijo solamente: —Estás muy bien. En ésta no te comportas como un asno!

Tras la primera representación de «Hamlet», Lionel vino a mi camerino, permaneció silencioso durante un minuto y luego me tiró del pelo y me dijo: —Muy bien, muchacho! Y salió de la estancia. Eso me supo mejor que mil adjetivos encomiásticos de la crítica.

#### UNA DISCUSION SOBRE UN NOMBRE

Billie Burke actuó conmigo en «Una acción de divorcio». Estaba trabajando en dicha película cuando Florenz Ziegfeld, su marido, murió. Fué una tremenda tragedia en su vida, a pesar de lo cual pasados tres días volvió al estudio e hizo uno de los mejores trabajos de su carrera.

Por extraña coincidencia, Billie Burke fué en una ocasión la primera actriz de mi tío Jack en «Mi esposa».

Cuando Charles Frohman decidió montar la obra con Drew haciendo de estrella, Frohman sugirió a Billie Burke como primera actriz.

—Billie Burke! —exclamó mi tío despectivamente. —Mi primera actriz no puede ser una mujer llamada «Billie».

—Frohman discutió con él.

—Tal vez consentiré—dijo al fin mi tío—si ella se cambia el nombre a Guillermina. Pero eso de que John Drew tenga como primera actriz a Billie Burke me pone los pelos de punta...

Mi hermana Ethel acompañó al tío John al muelle, el día que la actriz retornó de Inglaterra donde había estado trabajando largo tiempo, y desde el mismo momento en que la vió se olvidó de sus objeciones.

—Es usted, exactamente, la mujer que necesito—dijo.

No volvió jamás a hablar del cambio de nombre, pero tampoco la llamó «Billie». Le decía, simplemente, «Niña».

A John Drew le disgustaba la publicidad tanto como las bellezas de los concursos en traje de baño la ansían. Raras veces concedía entrevistas periódicas, creyendo que la vida privada de un actor le pertenecía sólo a él, y que lo único que el público tenía derecho a comentar eran sus personificaciones en la escena.

Una vez hizo un gran error. En una reunión, una noche después del teatro, en Washington, un amigo le dijo que le gustaría darle su nombre a una costosa marca de tabacos.

—Bueno!—dijo John Drew, pensando que todo era una broma.

Luego lo contaba en tono de angustia: —Figúrense, que a la mañana siguiente me desperté al sonido de trompetas que sonaban en la calle, debajo de la ventana de mi habitación del hotel. Bandas militares tocaban himnos marciales y yo me tiré de la cama para ver quién era el maharajá de turno. El público, a todas estas, aclamaba delirantemente. Separé las cortinas y vi la procesión, hombres llevando lo que parecían ser miles de banderolas enormes. Cuál no sería mi sor-

presa al ver que mi efigie—no muy bien copiada, por cierto—estaba pintada en ellas. Debajo decía solamente: «John Drew. Cinco centavos. Al alcance de todos!».

Trataron que mi tío hiciera películas, pero rechazó todas las ofertas. El había representado «Su casa en orden», pero vigorosamente rechazó la proposición que le hicieron «Famous Players», que iban a hacer la película. A pesar de lo cual su curiosidad fué grande, y cuando dicha cinta se puso en East Hampton, Long Island, donde vivía decidió ir a verla.

«Su casa en orden», según la había escrito Pinero, era una comedia sutil, que nada tenía que ver con las obras que por esos días se llevaban a la pantalla. No tenía escenas espectaculares con salvamentos heroicos o tiros al por mayor. Pero lo que Pinero no le había dado a la comedia se lo suministraron los productores.

Mi tío iba a comprar su localidad, cuando el «manager» del teatro le dijo:

—Es una gran película, Mr. Drew. El perro llena la mejor parte de ella. Ya verá cómo lo impresiona el trabajo del perro.

—¿Un perro?—preguntó extrañado. ¿Un perro en la comedia de Pinero?...

—Sí. La esposa cae desde un alto puente y el marido se zambulle a salvarla; pero el

perro es quien los rescata a ambos. Magnífico!

—Que Dios los acoja en su seno! —expresó mi tío dando media vuelta y alejándose del teatro.

—Qué escapada di!—me aseguró cuando volvimos a vernos. —Supón que hubiera aceptado esa oferta! Probablemente hubieran anunciado la película así: «Su casa en orden», por el magnífico Rover con la colaboración de John Drew».

Mi tío murió en servicio activo a la edad de 74 años. Estaba realizando una gira cuando fué atacado de artritis y tuvo que ser llevado a un hospital de San Francisco de California, donde murió en julio de 1927.

Uno de sus críticos dijo de él: «John Drew más que cualquier otro, contribuyó a elevar la profesión de actor hasta el rango que hoy ocupa. Cuando éramos jóvenes, a los actores se les consideraba poco menos que vagabundos. John Drew, un caballero en toda la extensión de la palabra, lo mismo en la escena que fuera de ella, le dió a la profesión dignidad y confianza en sí misma. Para lograr tan resultado, tenía que ser lo que en realidad era: un gran actor y un gran hombre».

Después de haber representado el «Hamlet» en Londres y abandonar el teatro «para siempre», fui a Hollywood donde Warner Brothers me pagaron tanto dinero que no tuve más remedio que tomar el asunto del cine muy seriamente. Eso ocurrió en el otoño de 1925 o tal vez en la primavera de 1926. No lo sé cierto ni me importa.

#### LO QUE EL PUBLICO DE CINE DESEABA ERA «EL AMOR»

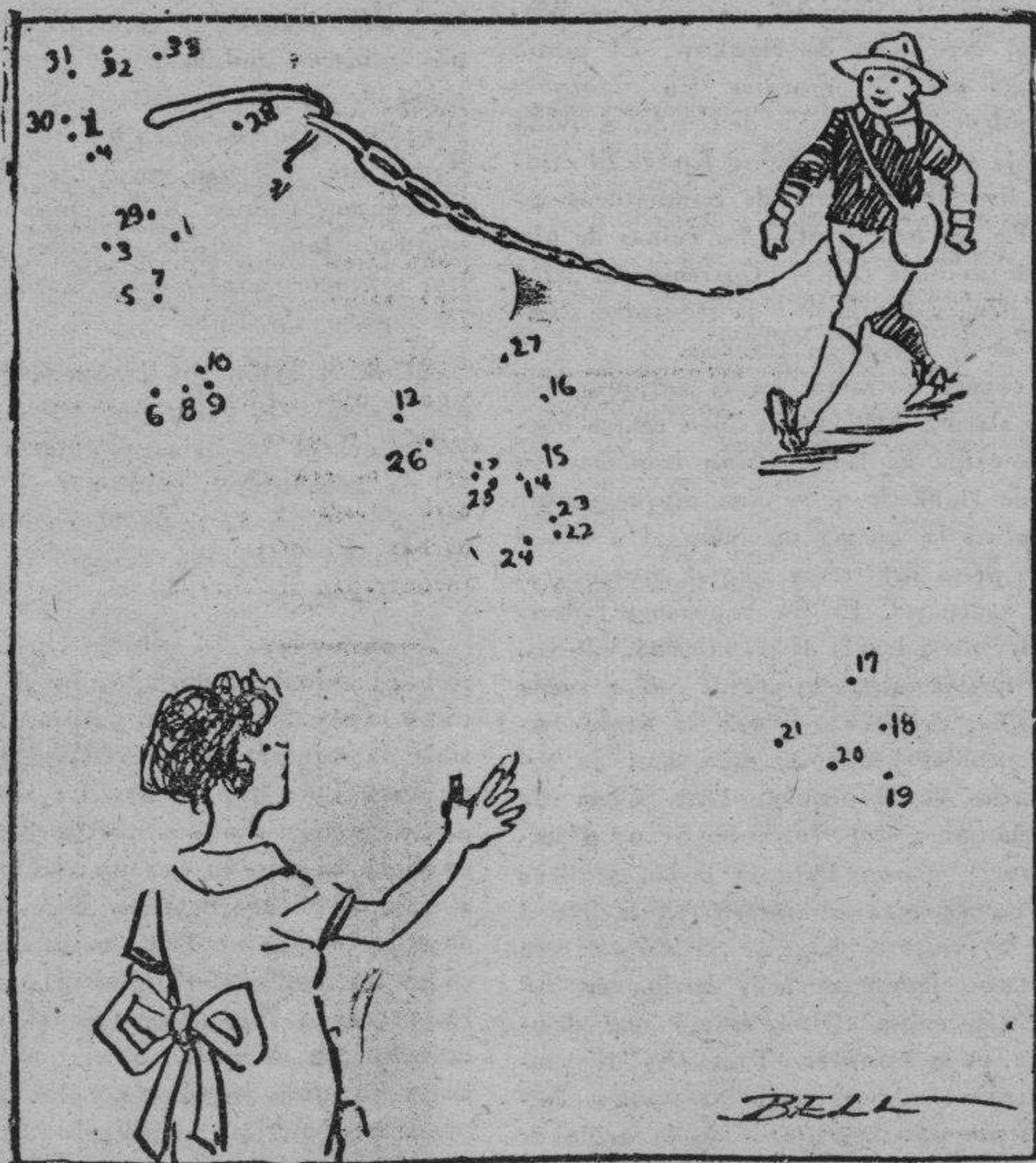
De todas maneras fui a Hollywood, donde era la primera vez que hacía una cinta. Las películas, sin embargo, eran viejas amigas mías, ya que en los estudios de Nueva York, diez u once años antes, había hecho una serie de comedias para «Famous Players». Más tarde, seis años después, mientras por las noches actuaba con Lionel en «The Jest» hice «Dr. Jekyll y Mr. Hyde», para la misma compañía, trabajando de día. Recibía quinientos dólares a la semana en el teatro y mil quinientos en la compañía de cine.

Pero ahora las cosas eran distintas, ya que el cine se había convertido en algo supercolossal.

Aquellos eran los días de la era de la prosperidad y Dios sabe que yo traté lo mejor que pude de hacerme digno de ellos.

Alguien descubrió que lo que el público quería era «amor», amor ardiente, pasional, «de cinco alarmas» como en los grandes incendios. El hogar y la madre, los jinetes y los caballos, las catástrofes ferrocarrileras y marítimas, las ruletas y la caballería del ejército de los Estados Unidos, estaba bien de vez en cuando; pero lo que vencía a la multitud, como un gigante a un pigmeo, era «el amor»...

De cómo nació «el gran amor», hablaré en el artículo siguiente.



—Dime, Teodoro, que es lo que tienes tan bien agarrado con esa cadena?...

Nada mamá; no es más que mi... de explorar. (Vaya trazando líneas rectas entre los números.)

**N**UEVA YORK. (Exclusivo). —William B. Courtney, as de los aviadores ingleses en la Gran Guerra, diseñador de aviones y uno de los grandes pilotos del mundo, en un artículo en el semanario «Collier's», del cual es redactor, describe la guerra aérea en China y llega a la conclusión de que la superioridad del aeroplano es absolutamente indispensable al estado que desee dominar a su vecino.

Courtney describe admirablemente lo que él ha visto en China. Su artículo es extenso, pero vamos a permitirnos transcribir los párrafos más interesantes. El veterano aviador hace constar que el sentimentalismo humano que derrama torrentes de lágrimas sobre los «niños y mujeres muertos» en los bombardeos aéreos, olvida convenientemente el mayor número de muertos causados por otras prácticas bélicas y recuerda que en la guerra no es posible esperar otra cosa que la tragedia.

«Estamos en Hankow—dice—en el calor vicioso del verano y los pilotos japoneses acaban de bombardear la Estación de Kiang An. Los chinos habían traído algunos carros-tanques llenos de gasolina a nive y los japoneses lo supieron a los pocos minutos. Al poco rato los aviones lanzaron sus incendiarias y sus bombas de 500 libras. Un tanque fué tocado y estalló en llamas que disolvieron a los 100 colies que trataban de empujar los furgones. Un grupo de casitas al otro lado fué incinerado. Al otro lado de los rieles estaba una hilera de vagones para pasajeros de tercera clase, un hospitalito y un corral lleno de caballos del ejército. Todo ello se convirtió en pocos minutos en una masa de madera humeante, de lata, polvo de ladrillo, fragmentos humanos—el pastel corriente, cocido por el acero chispeante de las bombas.

«Los corresponsales llegaron a Kiang An; las oleadas de humo y el número de objetivos tocados nos convencieron de que ésta era la más productiva de las tres zonas en las cuales los japoneses habían dejado sus tarjetas de visita. Centenares de colies habían corrido del cercano Bund del Yangtze. Empujando a la muchedumbre vimos las ruinas del corral. No fué tocado directamente. La mitad de los caballos estaban sanos y tranquilos, sin señales del efecto de las bombas que paraliza el organismo nervioso de los seres humanos. Los animales muertos habían sido destripados y destrozados; algunos aun vivos ofrecían el efecto más triste. Alguien me dijo que los chinos se estaban compadeciendo de los caballos. Miramos al enorme agujero donde había estado el hospitalito. Miramos a la plataforma donde los sanitarios prestaban auxilios, separando a los heridos de los muertos. Vimos la patrulla de emergencia trabajar sobre las casas quemadas. Oímos los lamentos fútiles de los heridos; de los atrapados bajo los escombros. Era la agitación que produce un incendio grande. Había centenares de muertos y heridos.

«La tragedia, la destrucción de hogares, amigos, vecinos—tal vez parientes de los que allí estaban compadeciéndose de los pobres caballos.

«Venid conmigo a ver una instantánea de la evidencia en China, si deseáis saber cuál es la utilidad de la aviación en la guerra. Encontraréis momentos agitados y excitantes. Pasaréis muchos sustos. Veréis lo necesario para responder a cualquier pregunta que se nos haga sobre el poder del ataque aéreo que tiene tanta importancia para vos y vuestros amigos y parientes. Por ejemplo, el día y las circunstancias de mi llegada a Hankow se obtuvo una respuesta inesperada a una pregunta corriente: ¿Puede el ataque aéreo acabar con la moral del paisanaje?

«Hankow está a 500 millas en el interior, algo más lejos de Hong Kong que de Shanghai, en el punto occidental del triángulo formado por las tres ciudades. No se puede ir de Shanghai sin atravesar las líneas japonesas y sólo se podía ir de Hong Kong. Durante algún tiempo había servicio de tre-

# COURTNEY

## as inglés, cree al avión factor decisivo en la nueva guerra

nes; eran cuatro días de viaje. Se corría de noche y se esperaba en los túneles durante el día. Si venía el bombardeo, había que lanzarse por las ventanillas y guarecerse en los campos de arroz. Los aviones bajarían y ametrallaban los vagones para coger lo que las bombas hubieran dejado. Entonces, en el ardiente verano, el poder aéreo japonés voló el ferrocarril del cuadro. La última línea útil de los chinos quedó fuera de concurso.

«Sólo se podía ir por el aire. Una compañía germano-china con pilotos alemanes y telegrafistas chinos. Luego los cazas japoneses destruyeron esta línea. Pero aquel día pasamos en un rápido trimotor Junkers, con el piloto de ojos azules mirando fijamente al espacio, listo a huir en cuanto viera los aviones grises con círculos rojos debajo de las alas.

«Aterrizamos en Changha para llenar los tanques de gasolina. Los japoneses pasaron por aquí hace dos horas. Los colies, con sus canastas, ponen tierra en los agujeros dejados en el aeródromo; los edificios están ardiendo. Fata mucho todavía para llegar a Hankow; veinte minutos sobre cerros escarpados; luego una hora sobre llanos que los mismos chinos convirtieron en un mar al volar los diques de Yangtze. Es un viaje peligroso. El piloto vuela con las ruedas casi tocando las aguas turbias. El telegrafista llama a Hankow. Si de ella dicen que hay bombardeo, el piloto busca la seguridad de los montes. Es por eso que leva los tanques llenos.

«Llegamos al campo de aterrizaje en Wuchang, al otro lado de Hankow. El piloto ni siquiera para los motores. En cuanto la correspondencia y el pasaje desciende, el avión vuelve a la seguridad de Hong Kong. El campo está lleno de cráteres de bombardeos recientes. En las orillas están las ruinas de una docena de aviones chinos. Corremos al ferry que nos lleva a Hankow y la seguridad comparativa de la concesión francesa.

«En cuanto entramos en el antiguo bote oímos la alarma. Millares de botes corren buscando la orilla de la concesión francesa. En el lado de Hankow se ve una muchedumbre corriendo en la misma dirección. Un oleaje humano, presa del terror que se apresura al pequeño santuario. Es un panorama fantasmagórico visto a través de las miasmas cálidas, mientras que la cabeza se aturde con el ruido de un millar de sirenas y uno se siente desfallecer entre el hedor de centenares de colies apiñados en el pequeño bote. Cree uno ver un choque a cada instante. Se oyen imprecaciones y gritos. Pero la huida se lleva a cabo con destreza admirable. Ya se oye el rugir de los motores sobre la cabeza y se ven los aparatos japoneses muy arriba en los cielos. Están sobre el aeródromo que dejamos hace unos minutos. Tratamos de aparentar la calma y de mirar a los aviones. Repentinamente pareciera que toda la orilla de Wuchang se va a derrumbar. Es un ruido ensordecedor y uno trata de afirmar sus pies sobre una masa de gelatina. Hasta la mitad del trecho que separa el cielo de la Wuchang se levanta una muralla de polvo, de rocas,

de gentes, seguidos por columnas de humo amarillo y verde. En seguida otro susto. Más cerca del lado de Hankow lo que ha lanzado el avión cae sobre los junkos amarrados a la orilla. Una columna de agua se levanta y la miniatura de una manga marina se dibuja en el río.

Courtney analiza al japonés como piloto. Dice que puede volar lo mismo que cualquier otro y que si el Japón carece de una fuerza importante se debe a la naturaleza del país que no se presta a volar, y al defecto de vista inherente en los japoneses. Dice que sólo hay 10 aeródromos militares y civiles en todo el Japón. Los aviones construidos en el país no han servido y la mayoría se ha destruido en accidentes. Ello se debe—dice—a que la construcción se hace mediante docenas de talleritos menores donde no hay ni experiencia ni destreza. Pero en cambio el Japón ha reunido una buena flota aérea mediante compras en los Estados Unidos y Europa. Luego pregunta:

«Puede el poder aéreo ganar victorias militares? La respuesta la dan China y España. La guerra aérea es la más eficiente y la más barata... En China el propio peso de la superioridad de humanidad hubiera sofocado al Japón. China tres millones de soldados; Japón apenas 300.000... Solamente cinco divisiones se usaron en la ofensiva contra Hankow y más tarde se emplearon otras cuatro, un total de 180.000 hombres. Un millón de chinos estaba de frente. Ni la artillería, ni las ametralladoras, ni la ineptitud de los chinos hubieran podido impedir que la superioridad de fuerza humana hubiera triunfado. Pero los japoneses tienen una fuerza aérea predominante. La han empleado para destruir las concentraciones chinas; para destruir sus comunicaciones, sus ferrocarriles y carreteras. Los aviones japoneses emascularon la infantería superior de China.

«Con el avión los japoneses han logrado que un soldado valga por 10. Los que creyeron que el Japón se arruinaría en la guerra no calcularon la economía de los aviones. Ninguna campaña en la historia se ha llevado a cabo sobre tan extenso territorio con poca gente».

Explica cómo los pilotos chinos destruyeron los aviones comprados en el extranjero; cómo la venalidad de los políticos hizo imposible la compra de enseres para las reparaciones. Dice que las baterías anti-aéreas no dan protección ninguna contra el ataque, y no recuerda un caso en que un avión haya caído a tiros de dichas baterías. Dice que la falta de organización en China se nota en la forma cómo los artilleros abandonan sus baterías y huye cuando llegan los aviones. Después de describir un duelo aéreo en que los aviones rusos huyeron del campo y los ametralladores de sus baterías, y media-docena de aviones americanos modernos fueron destruidos por los japoneses, dice:

«Los ametralladores que huyeron en el aeródromo de Hankow no eran cobardes; ni los pilotos que se escaparon; ni las escuadri-

llas de aviones rusos tuvieron culpa. Los rusos sirven en períodos de tres meses cada cuadrilla. Vuelan en etapas de Rusia a China y regresan en la misma. Vienen a entregar su misión es la de destruir los buques japoneses en el Yangtze. Los rusos se componen de grupos separados bajo sus comandantes y no toman órdenes ni del generalísimo. Su trabajo es de obtener experiencia en el bombardeo y hacer todo el daño posible y volver a China con el avión intacto. No pueden ser reemplazados en la fuerza aérea de China.

«Lo que pasó en Hankow fué debido a falta de dirección, y de moral. Detrás de esto está la corrupción fea, la explotación del pueblo chino por sus dirigentes y por los empresarios... Centenares de aviones costosos, mejores productos de América y Europa, han llegado a China. Pero en agosto de 1937 nos tenían menos de 60 aparatos capaces de volar. El agente de una compañía inglesa dijo que había entregado 20 aparatos al aeródromo de Kai Tek, en Kowloon, colonia inglesa. Fueron entregados a los japoneses chinos y ninguno de ellos llegó a Hankow. En el camino estaban los escombros de un millón de dólares en aviones.

«Otro inglés me contó exasperado que había entregado varios motores que eran las niñas de sus ojos. Habían sido ajustados con la precisión con que se ajustan los relojes. No necesitaban nada más que ser tallados para dar servicio espléndido. Sin embargo, cuando lo llamaron al hangar, encontró a los motores sobre el suelo sucios y chosos pedazos.

«Queríamos ver lo que tenían dentro, para arreglélos usted», le dijo el oficial chino.

Agrega Courtney que la influencia política mata a incentiva en China, y que los jóvenes no permiten a los extranjeros que enseñen. En cuanto pueden volar solos imaginan que son «ases». Revela que no hay un solo aeródromo en China sin docenas de motores echados a perder por ineficiente descuido. «En Hankow—dice—mi alemán me enseñó una docena de aviones moheciéndose. «Fijese—me dijo—300 dólares en máquinas inservibles por falta de mil dólares de repuestos. No queda lucro para los jefes en esa pequeñez. Con una fuerza aérea eficiente China se hubiera salvado. Hoy por hombre, el chino pelea tan bien como el japonés. Pero se trata de aeroplanos. Aquí una vergüenza!».

Sobre el efecto de las bombas en los buques acorazados, dice: «En Shanghai conversé con oficiales navales de la vieja escuela que están convencidos de que las bombas aéreas no pueden hundir a los acorazados. Pero su experiencia los hizo cambiar de opinión. Los japoneses no podían ocultar desastres navales serios porque las reparaciones tenían que ir al astillero de Shanghai. Los oficiales navales extranjeros trabajaban cuidadosamente al astillero. Han visto ocho vapores de guerra japoneses de varios tamaños—uno mostrando el fondo al hundirse—fueron remolcados a Shanghai. Conocíamos el trabajo de los aparatos de bombardeo rusos. Sabíamos que bombaban de altitudes inalcanzables por las baterías aéreas. Por supuesto, eran buques que no acorazados. Pero, lo cierto es que se trata de la resistencia del buque, sino de la precisión del bombardeo.

«El bombardeo de los japoneses costó muchas vidas. Pero no tantas como la invasión del Yangtze por los mismos chinos. Las bajas se debieron a que nadie enseñó a los chinos a librarse de las bombas; no se construyeron refugios; no se hizo nada para tener al paisanaje lejos de los objetivos militares, como las estaciones ferroviarias, los depósitos de gas, plantas de luz eléctrica y fábricas diversas... Esas son las cosas que China y España nos han enseñado. El paisanaje tiene que aprender tanto de los militares a librarse de los ataques aéreos y que a los aviones no los asustan las bombas en tierra. Al avión sólo se puede batir con otro avión».

# DOS DIAS en PERUSA

(Viene de la pág. 20)

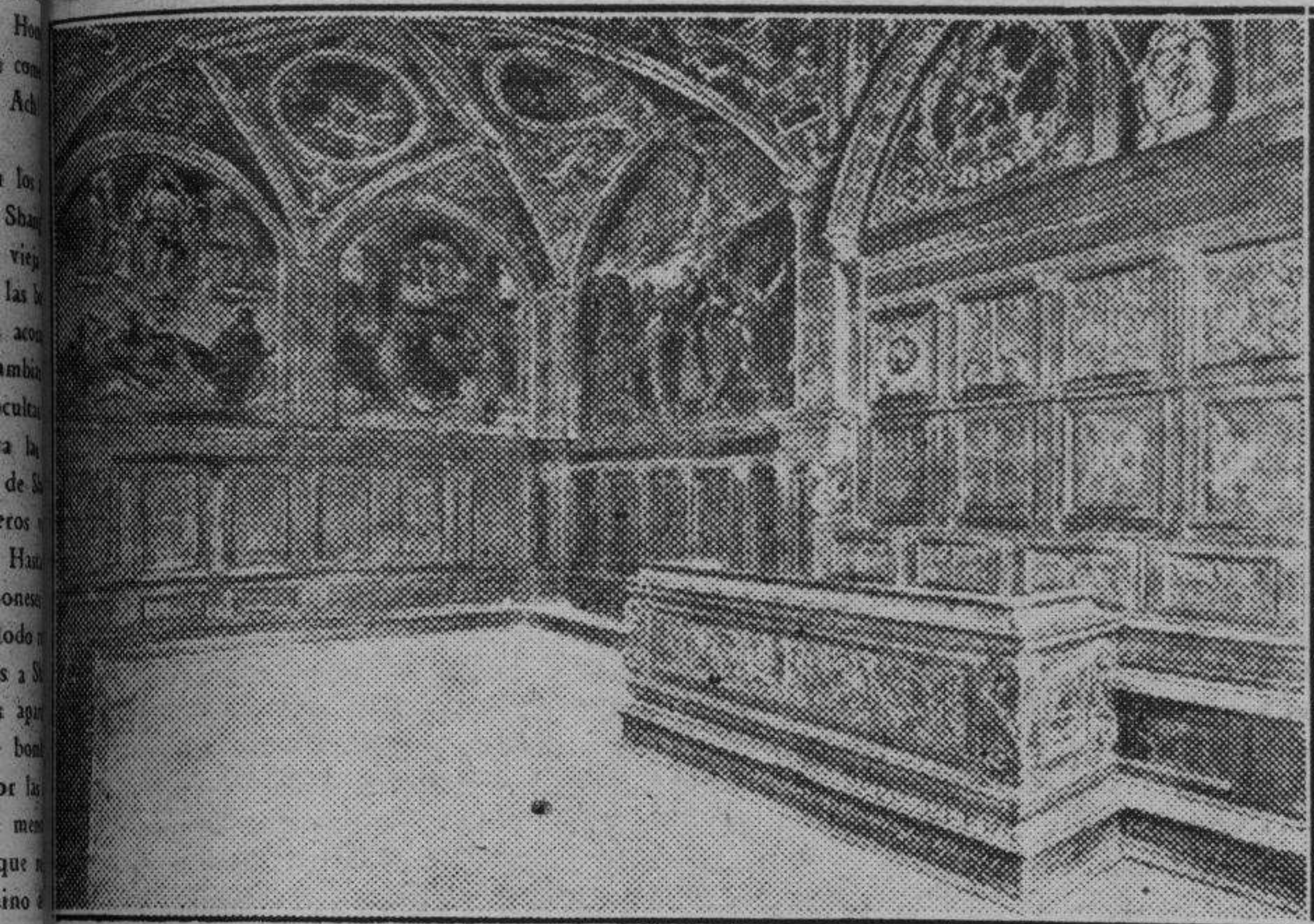
es repetida, de no darle la propina que busca si nos sigue diciendo las fechas y datos habituales en los guías, logramos hacer más interesante su compañía por aquellas calles tortuosas y pintorescas de rudos caserones, arcos de pared a pared, torres feudales, cuevas empinadas y curvas sombrías. Así llegamos a la casa del Perugino. Una inscripción dice al viajero el amor que Perugia ha consagrado al gran pintor ennoblecido con su apodo ciudadano. La humilde morada tiene el prestigio de una gloria. Por eso la villa entera vive todavía de su nombre. Por más que hubiera nacido en Città della Pieve, Pietro Vannucci fué llamado con razón el Perugino porque dió a Perugia la fama de una gran escuela de arte, antes de llegar a ser el maestro del divino Rafael.

Por cualquier parte que se vaya, las calles dan una impresión singular. Perugia está construida sobre una alta eminencia. A cada instante el valle de abajo y las montañas, distantes, cubiertas de nieve, se abren ante uno como un fantástico telón de fondo. Si bien no tiene los palacios de Siena, sus casas burguesas dan, en cambio, a cada paso cuadros de suma belleza decorativa.

La pintura, llega a tener el brillo de una escuela gracias a Pietro Vannucci. Por eso la ciudad se decora hoy con su nombre en todas partes. Tiene su calle, su estatua, su museo. La gloria del Perugino ennoblecía así a Perugia entera. Su templo es la pieja fortaleza comunal. La Pinacoteca Vannucci ocupa las altas salas del noble Palazzo Pubblico de la Edad Media. Cuando uno sube su ancha es-

tor que afirma su ciudadanía de adopción con su apodo. Flota sobre su arte, en lo exquisito del color y en la pureza de las formas, un sentimiento ideal de las proporciones y de la luz. Debíó aparecer como un milagro simbólico en medio de la trágica aspereza del alma perusiana. Las pasiones terribles, el odio atroz, la ferocidad sin medida que empapan de sangre su historia, encontraban en los cuadros delicados y extrahumanos del gran pintor la expresión divina de la paz en el amor y en el bien. Cuanto más ruda y frenética es la vida del hombre, tanto más alto y límpido es el sueño que embellece su aspiración de una ventura inaccesible. Las obras del Perugino debieron ser, a los ojos de su tiempo, un contraste absurdo con la dolorosa desolación del mundo material. Por lo mismo que sus figuras están envueltas de aire y se mueven en plena realidad con la armonía y la gracia de verdaderos cuerpos vivos, se prestan a convertirse en la encarnación sensible de un ideal. El eterno coloquio humano con los símbolos del misterio halló en sus formas, en sus actitudes y en su significación un bálsamo para calmar la trágica amargura de lo cotidiano. ¿Qué tiene de extraño entonces que la ciudad de las pasiones fuertes y de la guerra implacable haya hecho de un gran pintor la gloria más acendrada de su historia? Toda Italia fué así en el alba del Quinientos. El arte era en ella un atributo tan esencial para el hombre, en la trama de la existencia, como el amor, la riqueza o el poder.

Una vez que la Pinacoteca Vannucci ha dado al viajero esta lección simbólica, la ciudad parece menos desnuda en las calles viejas. Ya no se compara su falta de monumentos con la suntuosidad señorial de Siena o el esplendor del Duomo orvietano. Se busca lo que tiene de suyo nada más. Y en el acto se transforma. A medida que pasan las horas se sitúa en el espacio con sus formas peculiares, sus vastas perspectivas sobre el valle, su intrincada red de callejuelas, su color y su luz. La altura la hace original y bella por sí misma.



ORATORIO DE SAN BERNARDINO

calera y entra en ellas, un vasto silencio de par ampara los cuadros famosos de la escuela de Umbria. La casa de los Prioros, humillada en la calle por los tenduchos comerciales, no ha podido servir para mejor destino en sus galerías superiores. Telas, tablas y frescos de un color suave y generoso dicen al espectador de la larga evolución de una pintura que va desde la ingenuidad de los primitivos hasta la estilización final de las figuras religiosas del Perugino, cuya influencia es tan visible en la manera inicial de Rafael. Sólo allí se comprende por qué la ciudad se ha identificado con la gloria del pin-

tor que afirma su ciudadanía de adopción con su apodo. Flota sobre su arte, en lo exquisito del color y en la pureza de las formas, un sentimiento ideal de las proporciones y de la luz. Debíó aparecer como un milagro simbólico en medio de la trágica aspereza del alma perusiana. Las pasiones terribles, el odio atroz, la ferocidad sin medida que empapan de sangre su historia, encontraban en los cuadros delicados y extrahumanos del gran pintor la expresión divina de la paz en el amor y en el bien. Cuanto más ruda y frenética es la vida del hombre, tanto más alto y límpido es el sueño que embellece su aspiración de una ventura inaccesible. Las obras del Perugino debieron ser, a los ojos de su tiempo, un contraste absurdo con la dolorosa desolación del mundo material. Por lo mismo que sus figuras están envueltas de aire y se mueven en plena realidad con la armonía y la gracia de verdaderos cuerpos vivos, se prestan a convertirse en la encarnación sensible de un ideal. El eterno coloquio humano con los símbolos del misterio halló en sus formas, en sus actitudes y en su significación un bálsamo para calmar la trágica amargura de lo cotidiano. ¿Qué tiene de extraño entonces que la ciudad de las pasiones fuertes y de la guerra implacable haya hecho de un gran pintor la gloria más acendrada de su historia? Toda Italia fué así en el alba del Quinientos. El arte era en ella un atributo tan esencial para el hombre, en la trama de la existencia, como el amor, la riqueza o el poder.

# El Santuario de Aves más Extraño del Continente AMERICANO

En una isleta de los Grandes Lagos, las picoterías y los colibríes pasan el verano atraídos por las facilidades que para sus nidos y su alimentación les proporcionan los únicos habitantes del lugar, una pareja de refinados norteamericanos.—¿Es verdad la leyenda de que los colibríes hacen sus emigraciones desde los trópicos, montados en la cola de los patos salvajes?

POR B O B DAVIS

CHARLESTON.—No deja de ser raro que uno tenga que venir a la Carolina del Sur para oír los fascinadores detalles de cómo Mrs. George W. Maddox, de Gulfport, Miss., sedujo a los colibríes de Trinidad y a las picoterías del Canadá, para que pasaran el verano con ella en la isla de Round Top de los Grandes Lagos, a diez y seis millas al norte de Ottawa.

Supongo que se debe a que Charleston, la última capital de la cultura de los Estados Unidos, atrae solamente a las personas más refinadas e interesantes de las demás secciones del país. De todos modos ha sido aquí donde he tenido el placer de oír hablar a Mrs. Maddox de su gran afición, la ornitología.

—«Round Top» —me dijo— es una pequeña extensión de tierra rodeada de agua por todas partes y llena de pinos, abetos y cerezas silvestres, donde con mi marido tan amante de la naturaleza como yo, paso seis meses de cada año en soledad paradisíaca, rodeada solamente de los animalitos y las aves que encuentran en aquel lugar un santuario.

—¿Y cuánto tiempo hace que dura esa comunión con los proveedores de plumas y pieles?—inquirí lleno de curiosidad.

—Desde hace siete años—vino la contestación—en cuyo tiempo siempre hemos retornado a Round Top antes de que se iniciara la peregrinación de nuestros amigos, al inicio de la estación. En los comienzos de mayo llegan los primeros inmigrantes, colibríes procedentes de la región del Caribe.

—¿Y qué fué lo que los trajo?

—Yo misma—dijo la señora Maddox con firmeza.—Por lo menos yo atraje a seis de los primeros seis pares, toda vez que la primera pareja vino por su propio deseo el primer año que nos instalamos en nuestra cabaña; los otros, atraídos por la buena recepción de los primeros peregrinos, siguieron viniendo año tras año, anidando en la isla con los correspondientes resultados.

—¿Y cómo resuelve el problema de la manutención de los visitantes?

—Pues verá: el primer año que fuimos a la isla, nos detuvimos en Hull donde compré una maceta de petunias que coloqué en una ventana abierta. Dos colibríes aparecieron al otro día y almorzaron en las conocidas flores en forma de campana. Ello hizo que plantara solamente flores que tuvieran esa forma, tales como petunias, colombinas, y glorias de la mañana, así como malvas y madreelvas. El problema fué resuelto inmediatamente y a esas flores atribuyo yo el gran número de pájaros que vienen a visitarnos cada año, siempre en mayor proporción. El rojo y el amarillo parecen ser sus colores favoritos. Para que pudieran también beber instalamos tubos de prueba, extendidos diagonalmente. Es muy interesante ver a una de esas joyas voladoras detenerse frente a uno de esos tubos, meter en él su largo pico y

mover las alas rápidamente y en silencio. Los colibríes o pájaros mosca, son verdaderos helicópteros. Usted no tiene idea del valor de los tiestos de flores en las ventanas, para estimular las relaciones de amistad entre los pájaros y los seres humanos. Nuestros visitantes de los trópicos han perdido el sentido del miedo, aceptándonos como parte de la escena.

La picotería de cedro, de belleza de bronce que brilla en el sol como el metal—el macho tiene una cresta todavía más brillante—es uno de los más lindos pájaros entre todos los que emigran a la isla y regresan cada año. Y para ellos las frutas silvestres del lugar proporcionan abundante comida. Mi única contribución a las necesidades de las picoterías, consiste en proporcionarles material para el nido, necesidad, por cierto, que descubrí por accidente, cuando amarré las ramas de un árbol que interceptaba la vereda del muelle con una sogá, y en cuanto volví la espalda uno de esos pájaros comenzó a destruirla con el pico. Me dí cuenta de cuáles eran sus propósitos y decidí suministrarles dicho material en cantidad, cortando un rollo de sogá de algodón en pedazos de seis pulgadas y amarrándolos a las ramas de un cerezo, de manera que pudieran realizar con facilidad su trabajo. Y el resultado fué sensacional: todas las picoterías de la isla acudieron inmediatamente a buscar materiales para sus nidos. Desde entonces siempre mantenemos el «árbol del amor» bien provisto de esas sogas, mientras dura la estación de la cría. Una vez les ofrecí cuerda verde, pero declinaron el ofrecimiento. Por supuesto, las ardillas también se aprovechan de las cuerdas. Porque no tendré que decirle que todos los animalitos que llegan a la isla son bien venidos, y protegidos por todos los medios.

—¿Ha encontrado nidos de colibrí y picoterías?

—Creuyendo firmemente que los pájaros también tienen derecho a la vida privada, nunca son perturbados lo más mínimo. Ese, sin duda, es el motivo por el que retornan cada año.

Relaté a la señora Maddox la leyenda de que los colibríes, que se dice emigran al Norte anidados en las plumas traseras de los patos salvajes, y por ese mismo procedimiento retornan al Sur en el otoño.

—No conocía la versión—me aseguró—pero no me sorprendería si fuera verdad. El primer par llegó el 15 de mayo. El 14 de ese mismo mes, el año siguiente, por la mañana oímos un tremendo ruido y levantándonos pudimos ver a más de un centenar de patos salvajes volando sobre la isla, a unos cincuenta pies de elevación. Las aves volaban en círculo, como si no supieran qué determinación tomar, y finalmente desaparecieron hacia el Norte. Tal vez no fué más que una coincidencia, pero mientras estábamos tomando el desayuno, dos colibríes aparecieron ante nuestra vista, volando alrededor de la cabaña y buscando los tiestos de las flores.



# MULTIBIOGRAFIA del Antiguo Pueblo INGLES

**L**A historia inglesa, como la de todos los pueblos grandes, tiene ciclos de epopeya, periodos de germinación y desarrollo únicos. Los ingleses crecen, al igual que los franceses, con las artes de la paz y la civilización. Francia o la Gran Bretaña son naciones dedicadas al cultivo de la paz y la cultura humanas, y hacen en este orden de cosas una labor de tal eficacia que casi pudiéramos decir que constituye el acto de contricción suprema en descargo de los pecados que como Estados cometen al servicio de la política.

## CUATRO SIGLOS DE CARACTER INGLES

En su libro «La Gente Inglesa» (Editorial Harcourt, Brace y Co., Nueva York), Wallace Notestein acaba de darnos una descripción de las personalidades auténticas del pueblo inglés desde los tiempos de Elizabeth hasta nuestros días. El subtítulo de la obra «Un libro de personajes» le cuadra muy bien a las materias que contiene; en suma, trece biografías de tipos que dejaron grabados sus atributos en la vida nacional. Tipos oscuros, pero que existieron, aunque parezcan de novelas; y con ellos las tradiciones, las costumbres, las cristalizaciones y cambios sociales de distintas épocas. De modo que se trata de un estudio social y humano del ruralismo inglés en el campo biográfico, como lo hubiera hecho en la actualidad sobre España la pluma tersa y penetrante de Pereda. Notestein es, por lo tanto, el Pereda de la historia inglesa.

Fred Bettesworth, nacido en 1837 y fallecido en 1905, era un obrero que amaba su trabajo. No un artesano, sino un hombre sin oficio que hacía cosas y que pertenecía a la clase más baja del ruralismo inglés. Para él, las herramientas del progreso eran la pala y la azada. En su tosco carácter había la independencia, la sincersidad y la responsabilidad consciente de Lucy Lyttelton, sobrina de la señora Gladstone, esposa de Lord Cavendish azafata de la Reina Victoria. Une a estos dos prototipos el patetismo de la humildad labriega y el idealismo espiritual de las clases privilegiadas del imperio. Lady Cavendish ha vivido inmediatamente antes que Bettesworth, en los dos últimos tercios del siglo XIX.

Para una novela, el autor nos pinta a Lady Hatley, terrateniente puritana y heroína de las guerras civiles a quien los realistas sitiaron en su castillo en el 1643. Mujer decidida, amiga de hacer el bien aunque no se le pidiera, como Alice Thorton, a quien las comodidades no le impidieron revelar las características elevadas de la virtud femenina inglesa del siglo XVII.

En el siglo XVIII, la pulpa del genio inglés es el amor a la libertad y el respeto a los derechos humanos. Ahí está Thomas Coke, llamado Coke de Holkham, experimentador agrícola, caballero del campo y encarnación perfecta del Whig. El Whig es, al surgir en los reinados de Carlos I y II, la futura evolución política del Estado inglés; la oposición al Tory absolutista; el creyente en el parlamentarismo y en las prerrogativas del pueblo.

Por el contrario, Thomas Tyldesley era un jacobita; el «gentleman» católico de Lancashire que murió antes de que sus amigos perdieran las tierras en la revuelta de 1715. Junto a este prototipo aparece Henry Lord Berkeley, de las cortes de Mary Tudor y Eli-

Las características fundamentales de la raza desde hace 400 años.—El ruralismo sólido que sostiene la grandeza del imperio.—Lord North y Jorge Washington frente a frente.—Memorias del Vizconde de Esher, archivero de Jorge V.—Decadencia de las monarquías. Hegemonía de los Estados Unidos en la política internacional.—Un vaticinio sobre Wilson que se cumplió.

zabeth, retirado al campo para purgar las extravagancias de una vida suntuosa y rescatar de los lores rivales sus extensos bienes. A Lord Berkeley lo recibe en su aldea una procesión de nobles a caballo. Como estos caballeros, el «don» campesino del siglo XVII en Lancashire es Nicholas Assheton, de quien el autor dice que es el antecesor inmediato de John Bull.

## EL EXTRAÑO DESTINO DE LORD NORTH

En el siglo XVIII, abandonemos a Notestein para leer la historia de «Lord North» por W. Baring Pemberton (Editorial Longmans, Green y Co., Nueva York). Esta obra es la historia de dos continentes, el europeo que produce a Lord North, Primer Ministro de Inglaterra, y el americano que produce a Jorge Washington, caudillo de la revolución de 1776.

Esta figura del reinado de Jorge III no es el monstruo que creían los rebeldes yanquis. Pemberton hace una revaluación de su carácter, de su carrera y de las circunstancias en que laboraba como estadista, y saca en limpio una atractiva personalidad. Hay que concederle a Macaulay, a Trevelyan y a otros historiadores del partido Whig, que Lord North era un estadista pésimo. Lo extraño es que en una época en que el parlamentarismo inglés contaba con genios de la elocuencia como Pitts y Burke, el poderío de la monarquía estuviera en manos de semejante mediocridad.

Pero a Jorge III le agradaba North y había que dejarlo gobernar. Era un buen hombre, un marido leal, amante de sus hijos y respetuoso de las buenas formas. Ejercía la política como una profesión, para sacar de ella los fondos necesarios y hacerle frente a sus numerosos acreedores. El Rey le pagaba para que hiciera lo que le dictaba su falta de tacto y sagacidad. Al rendirse el general Cornwallis en la batalla de Yorktown, Inglaterra perdía sus colonias norteamericanas y la historia sufría un sacudimiento indicativo de una gran transformación.

En la abadía de Wroxton, en Oxfordshire, se levanta el monumento de mármol erigido a los restos mortales de Lord North. Sobre la lápida, Britania ecguída, con una

lanza en una mano y un escudo en la otra, y a sus pies el león. Muy cerca está el pequeño templo rural, otro de los símbolos de la vida de aquel famoso hombre, nacido para servirle a su Patria, a su Iglesia y a su Rey.

## LAS MEMORIAS DEL VIZCONDE DE ESHER

En un tercer libro recién publicado por la editorial Scribner, «La partida de los capitanes y los Reyes», se ha dado a conocer el abundante material de memorias del Vizconde de Esher. Educado en Eton y en Cambridge, acostumbrado a la Casa de los Comunes y convencido del destino de Jorge V, el Vizconde pudo ser Virrey de la India y recibir otros honores, pero prefirió mantenerse entre bastidores, como el Hombre de Misterio de la Gran Bretaña.

Desde su puesto de Archivero del Rey, ejercía una influencia inalámbrica sobre el imperio, pues era íntimo del soberano y de su familia. Cuando preparó las memorias de la Reina Victoria para publicación, se convirtió en el cinegrafista de confianza de la Casa de Windsor.

Al subir el telón, la Reina Alejandra se pasea por la alcoba en cuyo lecho yace moribundo Eduardo VII, su grande y único amor. Durante media hora, habló Alejandra con el Rey. Poco después ascendía al trono el sencillo Jorge V, con su familia encantadora y la majestuosa Reina María, hermoso ejemplo de virtudes de la estirpe real.

Allí estaba el hoy Duque de Windsor, que siendo Eduardo VIII había de abandonar el trono para casarse con la mujer que amaba. Wally Simpson. Desde chiquillo, el simpático David empezó a revelar su carácter independiente. Cuando se marchó a Francia durante la Guerra Mundial, ya era digno heredero de la Corona. El Vizconde de Esher, que lo admiraba mucho, escribía de él nueve años antes de su abdicación: «El muchacho es un Estuardo, no un Brunswick».

Dramático es el desfile de los acontecimientos que sacuden a Inglaterra en el primer tercio del siglo actual. La crisis constitucional en la Cámara de los Lores divide a la aristocracia y a los políticos de mente estrecha; la revuelta amenaza en los dominios irlandeses. Cuatro años antes de la Guerra Mundial, en 1910, al abdicar en Portugal



Jorge V. de Inglaterra, de quien habla en sus Memorias el Vizconde de Esher

el Rey Manuel, el Vizconde escribe esta fección:

«Las monarquías, me temo, van a malos ratos. Los estados monárquicos de Europa tendrán que unirse. Una guerra entre Inglaterra y Alemania terminaría con la destrucción de ambas monarquías, si no inmediatamente, inevitablemente. El imperio semejante catástrofe le daría a las demócratas republicanas socialistas sería irresistible. Yo agregaría: «Y las razas amarillas aumentarían su poderío».

## ESCENAS DE ALBEDRIO BRITANICO

Esher ha observado a Morley poniendo fe en la conquista del sentimiento germano y a Winston Churchill calificando a Alemania de manía del enemigo a quien no se puede suadir. Discute con Asquith y Harcourt Haldane las relaciones del imperio con Alemania. Ve al taciturno Kitchener convirtiendo una catarata de elocuencia cuando es llamado en audiencia por el Rey, que no puede pronunciar una palabra ni de soslayo. Relata una cena en que Asquith despacha del conde inglés al General French. Describe a Jorge V leyéndole la carta del Zar de Rusia que este soberano le asegura que nunca romperá la paz con una Alemania victoriosa. Foch, Lloyd George, Clemenceau, todas las marionetas de aquel extraordinario episodio de sangre, pasan como sombras por el escenario y desaparecen agobiados por los problemas que se ciernen sobre el continente.

Al aparecer en la escena internacional Estados Unidos, el Vizconde se siente sorprendido y escéptico a la vez. Escribe con admirable ingenuidad: «Nosotros nos comprometimos en el sátrapa de los Estados Unidos pero nunca del Boche alemán. Este destino está reservado a los franceses. El rostro glo-sajón está fresco como la pintura. El bote galo está ya un poco gastado».

No creía en la Liga de las Naciones y bajó como buen Borbón para hacerla fracasar. «Sólo los monjes franciscanos, ascéticos y calzos—decía—pueden atraer a los salvajes para que se sienten sobre sus hombros». Enterado del proyectado viaje de Wilson a la conferencia de Versalles, escribió este correcto vaticinio: «No creo en este Wilson vendrá. Si viene, está liquidado. Sería como si Buda suñera las escaleras del Ministerio de la Guerra vestido de levita».

EL PREMIO NOBEL 1938

# PEARL BUCK,

## ESCRITORA ORIENTAL

POR LUIGI BERTI

Versión española especial para DIARIO

En la literatura de lengua inglesa, desde Kipling nacido en Bombay y cantor del exótico panorama de la India o de los continentes perdidos en las más remotas partes del Imperio, a Lofcadio Hearn que, nacido de padre irlandés y madre griega acabó en el exilio japonés cuando halló la verdadera patria de su espíritu inquieto en el Imperio del Sol Naciente descrito por él en un inolvidable libro, no es raro el caso de escritores que deben su formación y su obra al Oriente o donde se vive una existencia puramente oriental. Aunque Pearl Buck es americana de nacimiento—pero china por adopción, hoy Premio Nobel de Literatura—pertenece a esa clase de escritores. Nacida casualmente en Hillsbor (Virginia) en 1892, hija de un misionero repatriado, vuelto después a China, aprendió primero el chino de la lengua de sus abuelos, y con la lengua, ese enigma casual que hay en su alma. Casada muy joven con un americano, profesor de la Universidad de Nanking, con él aprendió literatura inglesa, dedicándose ya muy tarde a escribir en calidad de profesional. Iniciando sus tareas literarias en 1922, hoy es Pearl Buck un nombre mundial; pero notándose en su producción esa cosa extraña difícil de ocultar a los lectores de lengua inglesa.

Empezó escribiendo en la revista inglesa

de Shanghai «Atlantic» pequeños trabajos que denunciaban, antes que la novelista, el sociólogo; y después, tras la incertidumbre de los primeros pasos apareció el primer libro suyo, verdaderamente personal, «East Wind: West Wind», que la escrupulosidad de la autora obligó a emplear cuatro años en su composición. Estamos ya en 1930; en 1931 se publica la primera edición americana de «La Buena Tierra» (The Good Earth), famoso libro, posteriormente universal debido a la película realizada por Luisa Rainer y Paul Muni. En esta obra está lo que podemos decir toda la experiencia humana de la escritora, que ha sabido penetrar en el lirismo fino de China y ofrecer con ardor una verdad moral y la gravedad de un profundo testimonio.

Y de la delicada feminidad de Pearl Buck, desarmada y destacada siempre en algo inmenso en el pasado, ha brotado una época sólida y de un modo peculiar de frase y de cadencia hechas para encubrir las acciones de los personajes, ante el temor de distraer sus sentimientos, como hacía Henry James. Y hay ahí una verdadera feminidad, un candor vasto e intenso que flota indirectamente en la narración de Pearl Buck, permitiéndole tratar los temas más escabrosos del amor en la familia china de una manera como distante. En este sentido puede decirse que si Buck no fuera una misionera por largos años en el interior del país, no hubiera podido observar esa delicadeza del alma china y la aristocrá-



UN APUNTE DE PEARL BUCK, POR SAINT.



El Rey Gustavo de Suecia, entregando a Pearl Buck el Premio Nobel, cuyo importe asciende a \$37,975.

tica discreción que sólo una ardiente simpatía puede llegar a describir. El universo bárbaro y primitivo son los atormentados y las bíblicas transfiguraciones, la atmósfera severa del Viejo Testamento, el orgullo humano contrastando frente a Dios.

La escritora demuestra una soberbia e incomparable maestría verbal, mezclando deliberadamente los vocablos técnicos, con las frases y la cadencia que denotan más a la inglesa de China que a la americana, animando personajes y panoramas por la fuerza de un realismo visionario que denotan su ascendencia. No obstante, la mejor Buck está en esta simbólica epopeya: en la ingenua fantasía de los espléndidos horizontes que nacen ante la mirada de una mujer civilizada que deviene de pronto bárbara. Los elementos tienen casi un alma humana, pero son esencialmente las mujeres las que muestran al lector en grado de universalidad resumido por la escritora con toda la limpidez de su alma de mujer.

Se piensa en el estoico sufrimiento de O-Lan, en la «Buena Tierra», en la paciente espera de Flor de Cerezo, en el lecho de muerte del viejo Wang Lung, en el «Hijo»; y esa necesidad y economía humana que por propia ansiedad tiene el sentido de un simbólico sufrir que con el deber de la antiretórica trascendencia perfila la ansiedad del artista en la búsqueda de lo minúsculo, logran las situaciones mínimas y los trucos técnicos en el elemental fuego de los valores fundamentales. Y si se debe considerar que en todo el libro no hay más que un personaje, y éste es el autor, y que los restantes no sirven más que como figuras de reflexión, todas las descripciones del ambiente y de las figuras concurrentes en los filamentos de la trama, se ob-

tendrá que las figuras femeninas de Pearl Buck tienen un marcadísimo signo de lo minucioso y justificado y aquella simpatía moral profunda que en la autora no debe ser puesta como sola cuestión de «metier».

Algo más hay que notar.

En cuanto a las páginas de caracteres abocetados y las divagaciones debe tenerse en cuenta que la autora ha huído del viejo menester provocado por tanto siglo de uso inconsiderado de la palabra; en la prosa de Pearl Buck hay que considerar la magia sugestiva del clima con el consiguiente de las impresiones limitrofes, más que en los ornamentos de estilo o de esfuerzo de divulgación.

A «The Good Earth» siguió en 1933 «Sons», y después, «A House Divided», que en 1933 como trilogía fueron recogidos en el volumen que tomó el nombre de «House of Earth». «The First Wife», «Is there a case for foreign Missions», «The Mother», y la traducción de la más famosa novela china «Shui Hu Chuan», son otras obras de Pearl Buck que no han logrado aun la vasta notoriedad ni el aplauso del público. Hoy Pearl Buck está completamente dedicada a su actividad literaria y prosigue escribiendo sobre los problemas chinos en conferencias y polémicas, con gran acopio de argumentos y un conocimiento absoluto. Ya antes (en 1925) había obtenido el Premio Saseenger, por sus magníficos aportes al conocimiento de China.

Temperamento más delicada y receptivo que innovador, Pearl Buck había permanecido ignorada de los escritores; pero bien pronto se descubrió en ella esa potencia de la verdad lúcida y calma, con un surco profundo de lo mágico y hasta alucinado que constituyen la verdadera potencia del auténtico escritor.

# LA BELLEZA NO asegura por si sola EL AMOR Y LA FELICIDAD

**S**IN duda, la apariencia es gran cosa en estos tiempos de institutos de belleza y de páginas de anuncios de cosméticos en los diarios. Pero hay, al mismo tiempo, demasiadas mujeres que confían excesivamente en estas manifestaciones físicas y están convencidas de que han hecho todo lo que pueden para ser atractivas una vez que llevan el color apropiado en sus uñas, el correcto número de crespos apretados en su peinado, y el lip-stick que hace juego con su cutis y su pelo.

No hay error más deplorable que ese, y allí se encuentra la causa de miles de desgracias, tragedias domésticas y divorcios cada año. Porque si hay algo que enfríe y enajene el afecto de un marido, es la idea de que su mujer no sólo está por completo absorbida en sí misma, sino que se preocupa ante todo en ser llamativa para otros hombres que él. Su eterno embellecimiento le cansa, está más que aburrido de todos esos coloretos y de las mil cosas que la embadurnan en la noche para conservar fresca la piel. Le está hablando de que sus negocios andan mal o de que su salud se está quebrantando seriamente en el trabajo pero ella estará arreglándose unos crespos al espejo o mostrando que espera impaciente que él termine de hablarle de esas cosas sin importancia para telefonar a su peluquero. Y una vez en ese camino ya nada la detiene en los excesos de la coquetería.

por Kathleen NORRIS

Demasiadas mujeres están convencidas de que han hecho todo lo que pueden para ser atractivas una vez que llevan el color apropiado en sus uñas, el correcto número de crespos apretados en su peinado, y el lipstick que hace juego con su piel y su pelo.

Todo esto puede ser simplemente divertido pero, ciertamente, no hacen la felicidad ni el éxito de una vida. No hay siquiera lealtad en una unión matrimonial cuando una de las partes lleva una vida separada que se ocupa eternamente de ensortijarse, de ponerse cremas y coloretos y mirarse al espejo. Esto sólo desequilibra todo en el hogar. No hay mujer que pueda emplear cinco horas diarias en aderezarse ni tener tiempo además para reír, caminar, cocinar, cuidar y mimar a sus hijos, dirigir entretenimientos domésticos, leer, lavar, hacer camas y cuidar de flores y plantas.

Esto no quiere decir que no necesitemos todas mucho jabón, y lipstick y polvos y cremas. Sí que lo necesitamos. Mi propio tocador tiene baterías tan formidables como

las de cualquier mujer. Pero no tenemos por qué hacer una religión de nuestra apariencia o considerar a nuestros músculos faciales como dogmas de fe que no pueden ser cambiados o alterados sino por acto de la Sagrada Congregación de la Rota.

Personalmente, a mí me fastidian estas mujeres que la escuchan a una con una mano en el peinado y otra con un espejo. Me han cansado ya en la pantalla y en la vida real. Un poco de desaliño casero combinado con algo de alto espíritu, originalidad, inteligencia y conversación interesante son todavía las cosas que singularizan a una mujer de cualquier grupo. ¿Por qué nuestras jóvenes no se ocupan un poco más de su cultura mental y tratan de olvidarse de su apariencia física

siquiera por cinco minutos continuos? hora al día dedicada a la literatura, arte, servicios sociales prepararían mejor a una mujer para tomar su sitio de respeto en el mundo turbulento. He aquí una carta

«¿Puede usted ayudarme a conseguir un buen marido cuyo interés en mí parezca desvanecido? Tengo cuarenta años, la edad en que la mujer se da cuenta de que sus cantos se eclipsan. Hago lo que puedo para mantenerlos, estoy siempre bien vestida y cuidada en todo y como a Roberto le gusta como él. Pero ahora la inevitable otra ha entrado en nuestra vida y confieso que estoy presa de pánico. He vivido para Roberto; no tenemos hijos; en un momento fué porque no teníamos medios económicos suficientes, después porque habíamos agotado nuestra vida de manera que se hizo cómodo. Ahora lo lamento amargamente, los hijos habrían mantenido las ligaduras del hogar».

Y así continúa describiendo a «la mujer que es una viuda bien reputada en mi ciudad que da buenas utilidades a la firma en la que trabaja Roberto; los cocktails en la tardecita, las misteriosas ausencias nocturnas. «He modificado mis trajes, sigue escribiendo, me persigue de otra manera. Siempre he sido una mujer elegante y atractiva y lo soy ahora, a pesar de mis canas y algunas arrugas. Pero no parece que él me vea ya...»

Exactamente eso; ya no la ve. Si hubiera en ello algo más que perfección física, una gran causa, cierto estado mental, entonces Roberto la vería a usted. Puede que difiera de usted y hasta de usted con usted pero sabría que usted estaba como algo importante. Como están las cosas, sabe muy bien que allí están siempre esos labios bien pintados, esas cejas perfectas en el cabello, esas uñas rojas, esas cosas constituyen lo que a usted le interesa en la vida. Nadie pretende que la mujer vuelva a la época en que con los primeros hilos blancos se vestía de cualquier manera y se metía un gorro de dormir, cuando había manicuras ni institutos de belleza. La perfección en el arreglo femenino es ahora todas las mujeres bonitas a todas las edades. Pero para que la mujer alcance la madurez, es necesario que tenga interés en algo más que eso. Sólo así se hace una versión que rinde frutos magníficos cuando llega la época en que se hace más y más difícil retener la belleza física.



## LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS, LAS JOVENES QUE FATIGA LA FORMACION ENCUENTRAN EN EL QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



# Epistolario de la Familia MOZART

Tres volúmenes de cartas que revelan la personalidad del creador de "Don Giovanni".—Leopoldo Mozart, Wolfgang y María Ana en los escenarios musicales de Europa.—El Emperador de Austria lo nombró compositor de la Corte.—Fue a la Capilla Sixtina, siendo niño, para oír el Miserere de Allegri y en seguida lo escribió de memoria.—Su vida matrimonial y la pobreza en que se desarrolló. Compuso 600 obras, entre ellas 49 Sinfonías Inmortales.

Concepción que el artista Robles hace del niño Mozart con su padre Leopoldo en la Capilla Sixtina, mientras escuchaban el Miserere de Allegri. El autor de «La Noche de Figaro» contaba entonces 14 años de edad.

llegar a comprender en todo su esplendor el genio de aquel insigne artista. Los Mozarts escribían con una claridad meridiana, y Wolfgang empleaba un lenguaje incrustado de modismos pintorescos que en ocasiones se convertía en una encantadora jerga popular.

Con leer las cartas cruzadas entre los miembros de la familia y sus amigos basta para tener una idea biográfica de los personajes. Miss Anderson ha incluido hasta los más insignificantes detalles, y ha omitido las epístolas dudosas, como aquella que se suponía Mozart le había escrito en el 1791 a Lorenzo DaPonte vaticinándole su muerte, y que según los indicios es un documento apócrifo.

Emily Anderson era hasta ahora una figura desconocida en los círculos de la crítica musical inglesa. Ha estudiado en las universidades de Berlín y Marburg. En esta última aula se recibió de doctora en filosofía.

En el 1925 publicó su primera obra, una versión del libro de Benedetto Croce sobre Goethe. Actualmente trabaja en la oficina de

investigaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

Al igual que los demás maestros de arte cultivados en el mundo musical de Austria, Mozart fue una personalidad exclusiva de este mundo. Su padre, Leopoldo Mozart, era director musical del Arzobispo de Salzburgo donde Wolfgang nació en el año 1756. A los tres años de edad, el genio en ciernes estudiaba piano, y más luego violín y órgano. Su hermana María Ana, cinco años mayor que él, era una pianista bastante aprovechada. Después del debut de María en Munich en el 1762, los tres portentos del pentágono salieron a recorrer Europa en una tournée artística que duró varios años.

Donde quiera que apareció el pequeño virtuoso causó una impresión sensacional. En París se hicieron reproducciones de cuatro de sus sonatas para piano y violín. Antes de abandonar la ciudad de Londres, el orgulloso progenitor le regaló al Museo Británico todas las composiciones impresas originales de su hijo. Estando en Roma en el 1770 fue a la Capilla Sixtina a escuchar el famoso «Miserere» de Allegri. Inmediatamente después de oírlo, escribió la partitura de memoria. Contaba entonces 14 años de edad y ya era miembro de la Sociedad Filarmónica de Bolonia, uno de los honores más codiciados en aquella época.

En el 1781 se estableció en Viena y al año

siguiente contrajo matrimonio con Constanza Weber, pianista y cantante. Este paso enfureció a su padre, que acaso pretendía mantenerlo siempre bajo su tutela. Al estrenarse con un éxito extraordinario en Viena la ópera «Don Giovanni», Mozart empezó a abrirse paso rápidamente, pues el Emperador José II lo nombró compositor de la Corte con un sueldo anual de 400 dólares.

MOZART ERA UN ARTISTA LABORIOSO Y POBRE

Si se juzga por el sueldo que le asignó el soberano de Austria, es fácil comprender la vida de pobreza que rodeaba al joven compositor. Mozart trabajaba constantemente en sus obras, y hasta pocas horas antes de morir componía asiduamente partes del «Requiem» que nunca terminó. Seiscientas obras en total dejó este fecundo autor, y sería difícil concebir una variedad más rica en tonos y colores que la que logró con su sistema de instrumentación. De las 49 Sinfonías que compuso, las tres últimas pueden considerarse, sin lugar a dudas, obras perdurables de arte.

Como compositor de óperas casi se debe afirmar que no tuvo en su tiempo, ni ha tenido después, rivales que lo igualaran. «La Noche de Figaro», «Don Giovanni», y «La Flauta Mágica» están a la cabeza en su género. Luego, hizo música de cámara de la más alta calidad, conciertos para piano y violín, y sonatas que todavía figuran en primer término en el repertorio de los más notables virtuosos contemporáneos.

Cuando Sacha Guitry, ese iluminado de las tablas francesas, presentó en Nueva York su interpretación de la personalidad de Mozart, los norteamericanos descubrieron que le habían estado rindiendo durante muchos años el homenaje de admiración que se merecía a una de las cumbres de la humanidad. Con la llegada de José Iturbi a los Estados Unidos, la inmensidad de Mozart se hizo más patente, porque ningún pianista del mundo, en opinión de la crítica, supera al español en la interpretación de esta música, cuya pura melodía es el misterio más bello en la técnica de su arte.

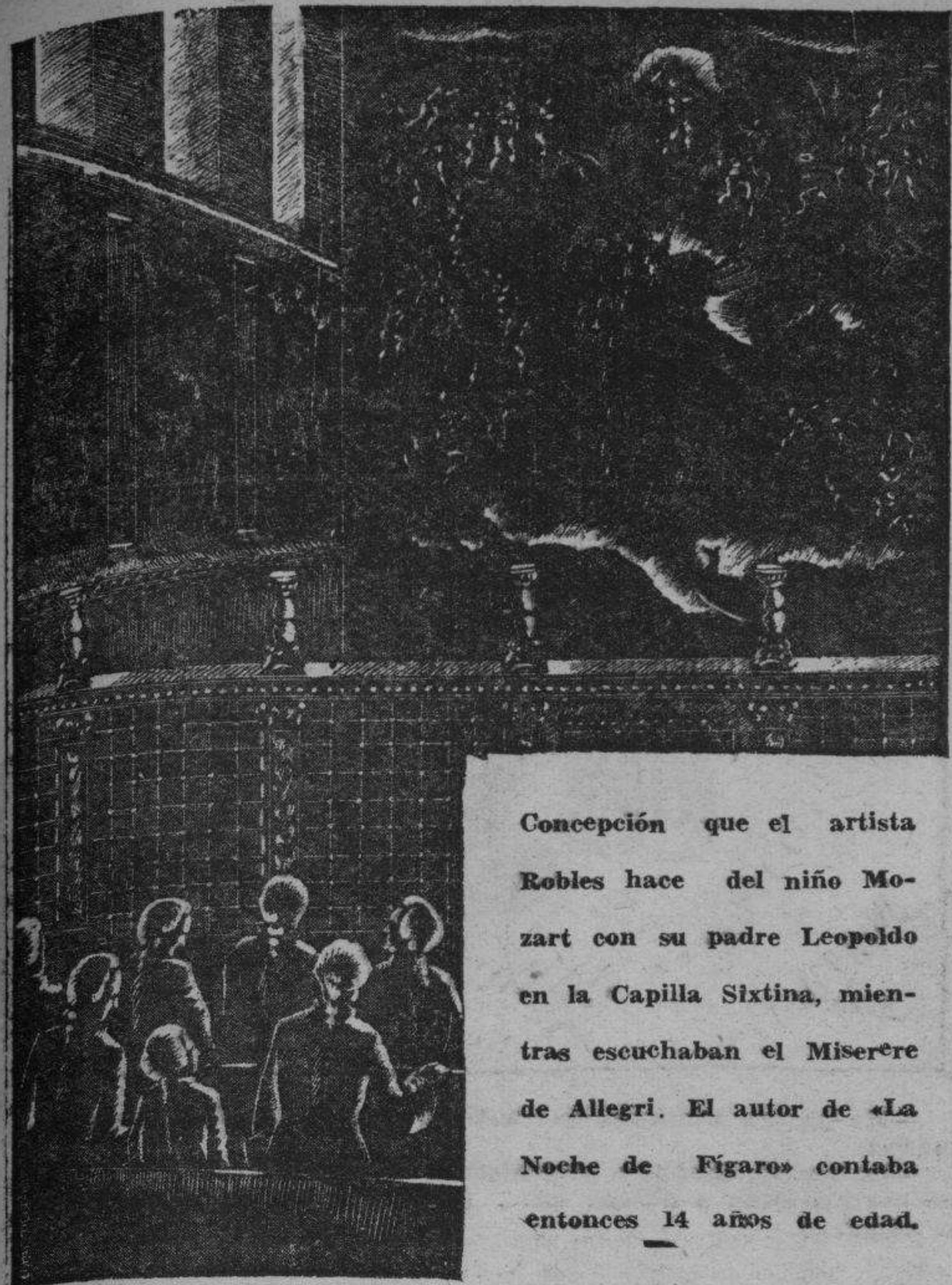
Miss Anderson ha acertado felizmente en la selección de su tema y nos ha dado a conocer a un Mozart que no por más humano ha perdido el aura de sublimidad que siempre evoca en sus cultistas. Satisface saber que aquel genio tenía el corazón donde lo llevamos todos, y que ese órgano misterioso fue tal vez la fuente de muchas de sus inmortales melodías. Las eternas verdades son así: un effluvio, una ráfaga de la divina esencia que late en el sentimiento de los hombres.

## LA TAQUIGRAFIA HACE 2 MIL AÑOS

Los discursos de Cicerón... fueron taquigrafiados!

Noticias recibidas de Grecia aseguran que durante las excavaciones arqueológicas proseguidas al pie del Parnaso fue hallada, hace tiempo, una tablilla cubierta con una extraña escritura que parecía imposible descifrar. Después de metódico estudio de los signos que figuran sobre la tablilla se ha logrado descifrarlos, comprobando que se trata de uno de los más antiguos ejemplares de... taquigrafía. A lo que parece, fue un griego notable el que inventó estos signos para aplicarlos a su propio uso. Parece, sin embargo, que la taquigrafía no estuvo difundida entre los helenos, porque hasta ahora no se han encontrado otras tablillas semejantes. Por el contrario, dice la Agencia Centralearopa que en la antigua Roma se conocía la taquigrafía. En efecto, en el año 65 antes de

Jesucristo, un tal Tirone, liberto y secretario de Cicerón, había inventado un sistema de escritura que permitía transcribir inmediatamente los célebres discursos de su patrón. Gracias a Tirone, los discursos de Cicerón han sido transmitidos íntegramente hasta nuestros días. El mismo liberto era regularmente enviado al Senado para tomar en taquigrafía los discursos de Catón. El sistema de escritura inventado por Tirone halló rápida difusión y fue conocido más tarde precisamente con el nombre de taquigrafía. Muchos romanos aprendieron la taquigrafía y las familias patricias enviaban a sus esclavos a aprenderla en la escuela que Tirone instituyó más tarde. Hasta el siglo XI el único sistema de taquigrafía conocido en Europa fue el de Tirone. Bastante más tarde surgieron en Inglaterra, Francia, España y Suiza nuevos sistemas basados, las más de las veces, en los signos geométricos.—(Centralearopa).



MARCIA Davenport, que ha estudiado a Mozart con devoción y cariño, y escribió una magnífica «Vida» del artista, solía decir que las cualidades humanas de este gran genio musical constituían uno de los aspectos más emocionantes de su personalidad. En él se juntaban el artista y el hombre lleno de vibraciones, ambos animados por un espíritu despojado de afectaciones y eufemismos. Para que la pintura de este prodigioso ser humano sea más completa, una escritora inglesa, Emily Anderson, al cabo de diez años de paciente labor, nos ha dado tres preciosos volúmenes con «Las cartas de Mozart y su familia», que acaba de publicar en Nueva York la editorial The Macmillan Co.

Las misivas han sido ordenadas cronológicamente, vertidas al inglés y acompañadas de una introducción, un índice y numerosas anotaciones, de manera que el lector estudioso puede asomarse a las múltiples facetas de la vida del autor de «La Flauta Mágica» recibir una impresión tersa de las realidades en que se desarrolló. El panorama es vasto y original, pues la compilación comprende toda la correspondencia de la familia Mozart. El padre de Wolfgang emerge del texto como una realidad viviente. Forma parte del texto un apéndice con las cartas que la viuda del músico le escribió a J. A. André Offenbach, quien adquirió todos los manuscritos de Mozart a la muerte de éste. El tipo de referencia, vertido al inglés por el musicólogo británico G. B. Oldman, no solamente revela el cambio de actitud de Constanza Mozart al quedar viuda, sino que aclara muchos puntos oscuros relativos a la autenticidad dudosa de ciertas composiciones, como el «Wiegenlied» y el Concierto en Mi Bemol para violín.

### EL CAMPO DE LA LITERATURA MOZARTIANA

Esta colección epistolar parece destinada a ocupar un sitio prominente en la bibliografía Mozartiana, junto al catálogo de Köchel editado por el doctor Alfred Einstein, y en estas fuentes puede el investigador asiduo encontrar la mejor orientación posible para

# Del BUEN HUMOR

## ::: AJENO :::



### MUY BREVES

#### SOLUCION

La chica mira fascinada a un grupo de muchachos que hacen cabriolas y acrobacias en el parque; le interesa sobre todo un chico que anda erecto sobre sus manos.

—Tú no puedes hacer eso, Lila, le dice su madre alarmada, porque te verían los calzones.

Al día siguiente la chica regresa ufana



Para algunos jóvenes de buen apetito, el momento mejor del «party» es cuando comienzan a repartir los emparedados...

de jugar en el Parque y comunica a su mamá que ella también hizo la prueba de caminar en sus manos.

—Pero no te alarmes mamá, le agrega, no me vieron los calzones porque me los quité antes.—Marianne.

#### SINTETICOS

Un ciudadano de Berlín decidió suicidarse. Bebió tres botellas de gin pero el gin era sintético y no murió. Se colgó de una cuerda, pero la cuerda era sintética, se rompió y no murió. Fastidiado decidió vivir y vivir bien. Se fué a un restaurant y ordenó una comida abundante. La comida era sintética y murió.—Courier.

#### EN FAMILIA

Un campesino está contratando funerales para su mujer con el cura de la aldea.

—Lo más barato sería 50 francos, le dice el sacerdote.

—Pero no tengo tampoco eso.

—Pídale a alguien de su familia, hombre.

—No tengo sino una hermana que se fué a la ciudad y no sirve para el caso; a la pobre no le va bien.

—¿Se perdió?

—No; se entró de monja.

—Cómo puede decir esa blasfemia; su hermana es ahora la esposa del Señor.

—Entonces, padre, hágame el funeral y usted arregle cuentas después con mi cuñado.

—Voilà.

La rapidez en los pies saca al hombre de muchos pantanos en donde lo mete la ligereza de su lengua.



—Me parece, Restituto, que aquí han metido muchas líneas innecesarias.

—Es verdad, Casimiro, pero algunas de ellas nos servirán. Figúrate que nos ayudarán a dibujar un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

No sirve hacer cosas a medias porque frecuentemente es la mitad que no se hace la que cuenta.

o o o

La más voluminosa de las enciclopedias pesa menos que una pequeña bien repleta.

o o o

Nunca se oyó de una mujer y su marido disputando acerca de cuál ama más al otro.

Hay gente que debe su felicidad y su éxito a una voluntad de hierro y otros que la deben a una cara de palo.

Bien puede ser que las mujeres hablan tanto porque los hombres son demasiado corteses para interrumpirlas.

o o o

Siempre hay un motivo oculto en la mano que se extiende para ayudar.

o o o

Cuando llega la mala suerte es cuando el hombre hace el inventario de sus amigos.

o o o

El amor a primera vista no tendría ningún inconveniente si la gente no se casara.

o o o

No olvide que un minuto de callarse evita horas de explicaciones.



El hombre que «siente» la propia tancia, por regla general es solo bastante para sí mismo



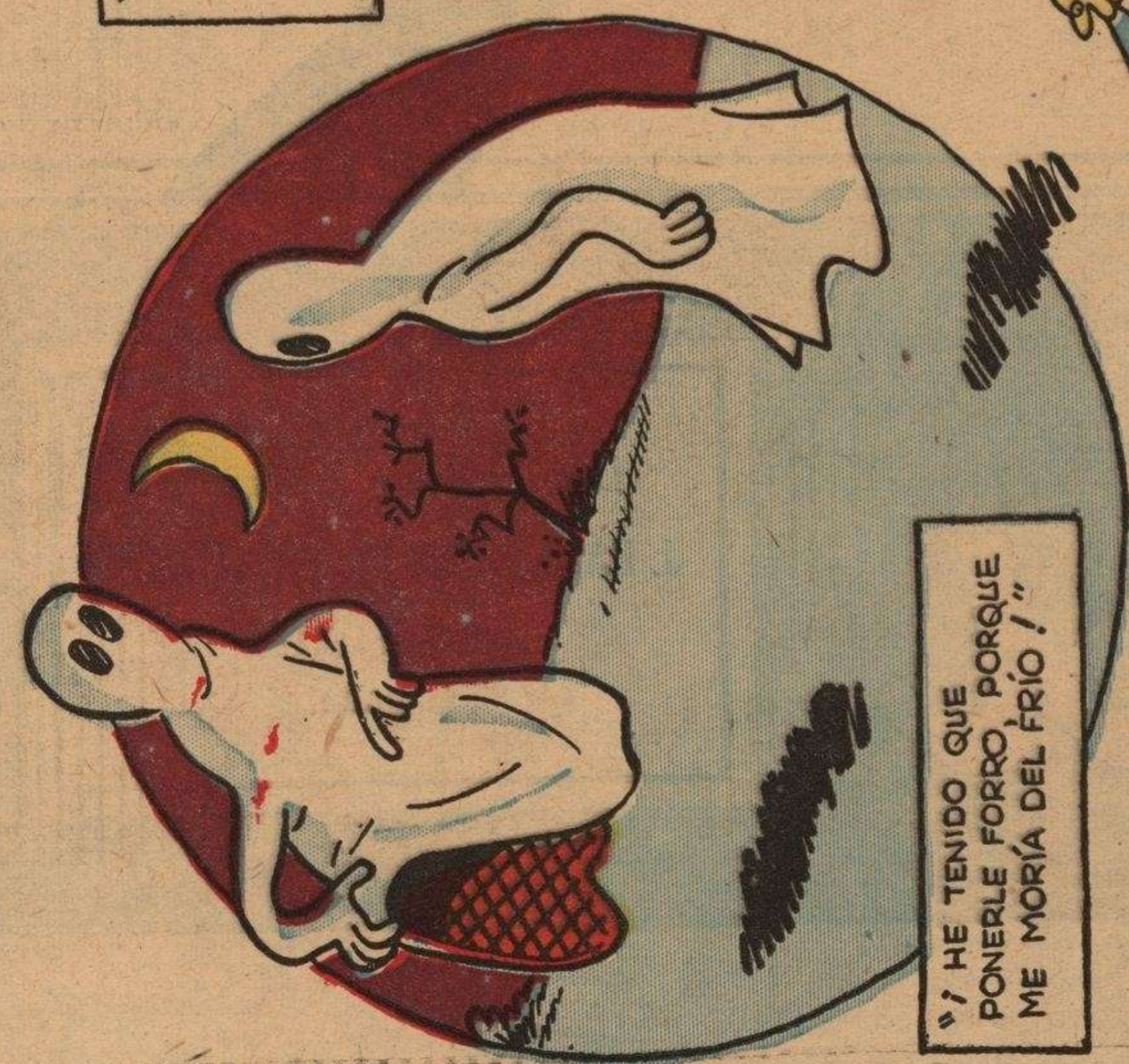
—No se te ocurra irte, Jeremías—le dice un conejito a otro—. Después del baile nos darán un banquete. Entre los platos magníficos que nos tienen preparados, hay uno de... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



El amor es ciego. Por eso ocurren tantos accidentes automovilísticos.



Una lisonja dicha a tiempo, a veces más efectiva que cien tratados por correspondencia.



¡ HE TENIDO QUE PONERLE FORRO, PORQUE ME MORÍA DEL FRÍO !

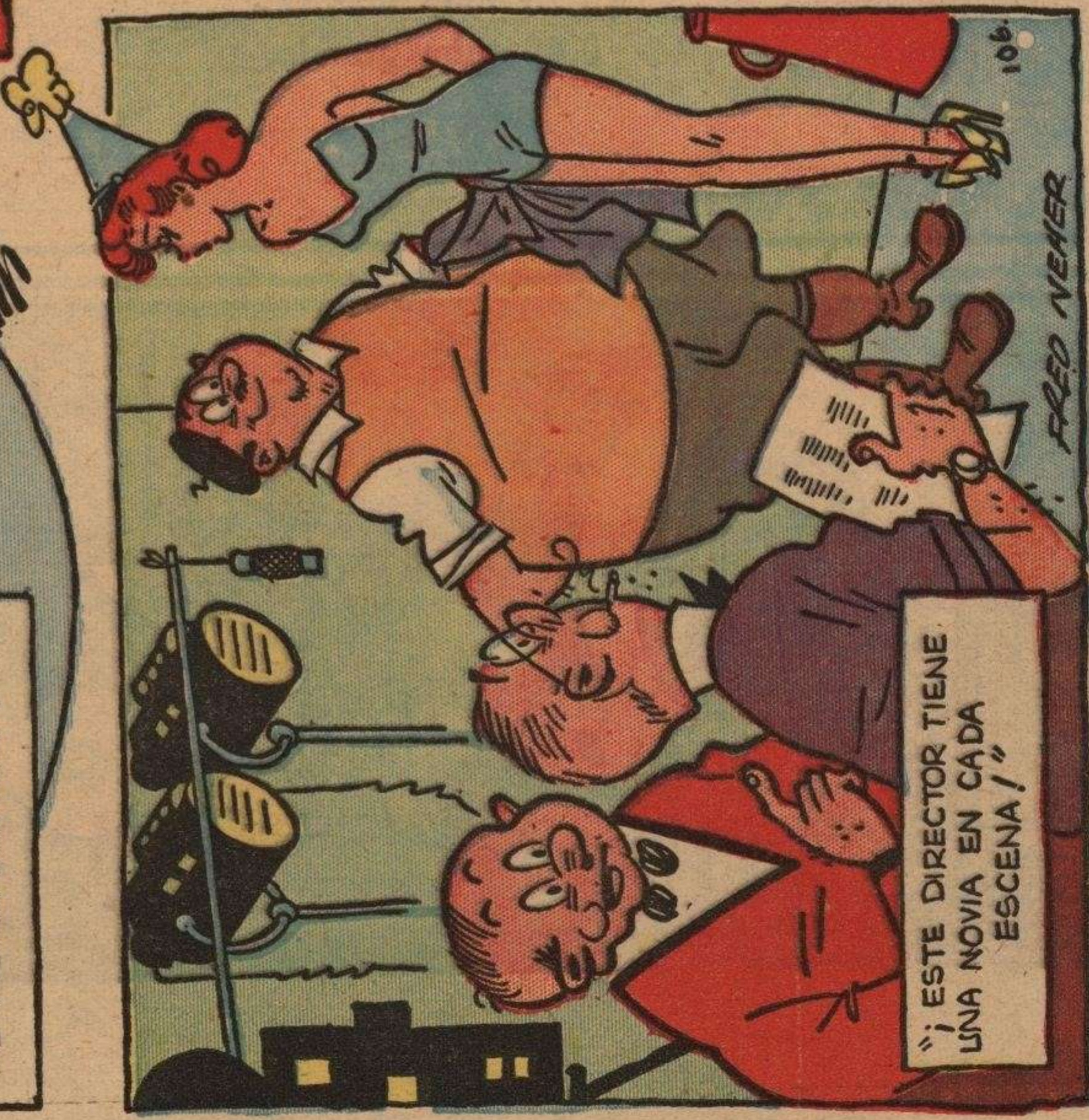


¡ CHICO, ESTO ME SORPRENDE !  
¡ CUANDO ME DIJISTE QUE TENÍAS ALGO EN UNA BOTELLA ESPERABA OTRA COSA MUY DISTINTA !



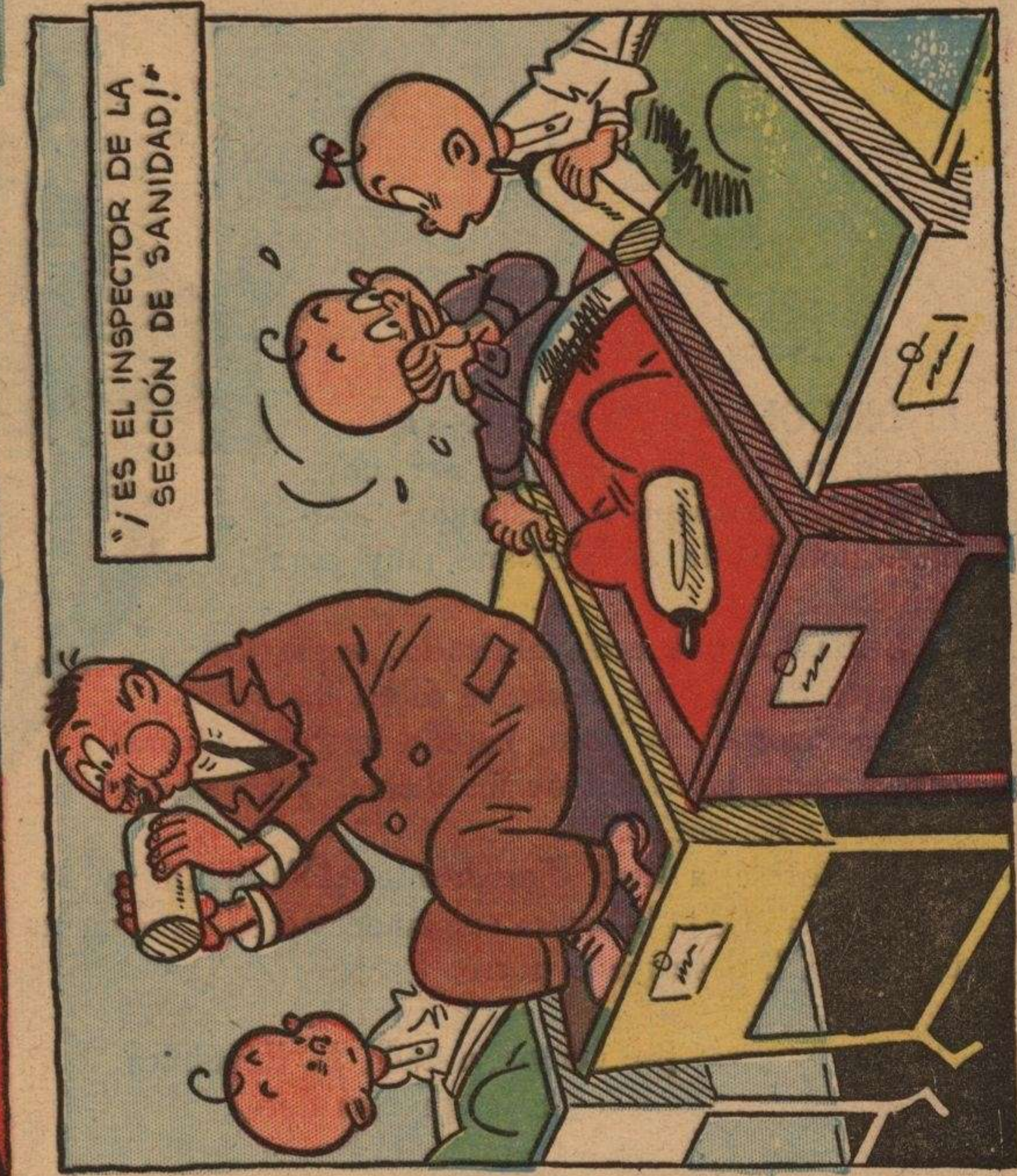
¡ PAPÁ TIENE QUE MARCHARSE DE VACACIONES !  
¡ ESTUVO ESTUDIANDO DOS SEMANAS PARA PASAR MIS EXAMENES !

Perinquilla

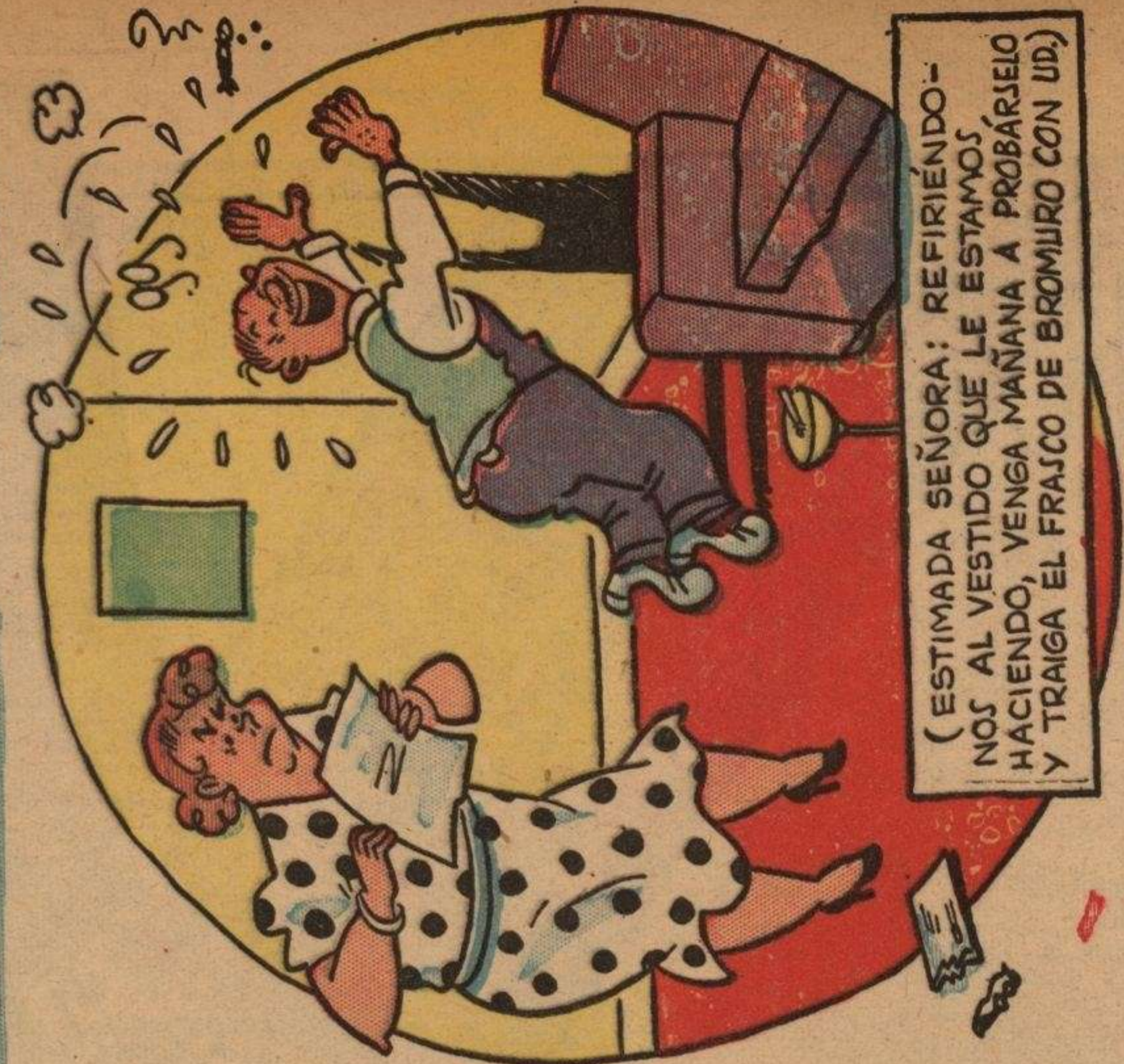


¡ ESTE DIRECTOR TIENE UNA NOVIA EN CADA ESCENA !

FRED NEHER



¡ ES EL INSPECTOR DE LA SECCION DE SANIDAD !



( ESTIMADA SEÑORA: REFIRIENDO-NOS AL VESTIDO QUE LE ESTAMOS HACIENDO, VENGA MAÑANA A PROBARSELO Y TRAIGA EL FRASCO DE BROMIURO CON UD.)



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrese a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

\$0.20 tubo mediano  
0.40 tubo grande.

BRUNET Y HNO

# Dentol

Distribuidores Exclusivos:  
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD  
Apartado 2143  
Habana.